EL CANTO DE LAS CIGARRAS

LERRYNS HERNÁNDEZ

El Canto de las cigarras

Lerryns Hernández

A mi madre.

La optimista creencia de que las cosas existen sólo cuando se habla de ellas, o, lo que es lo mismo, de que no prosperan y acaban por diluirse si la existencia verbal no se les da ni consienten.

Javier Marías

LA ESTACIÓN

Alfonso salió de la oficina con una mueca disfrazada de sonrisa. Luego de tres semanas de intentos fallidos por cobrar su último trabajo de traducción, logró al fin retirar el cheque en el piso quince de una torre cuyo nombre nunca recordaba. La señorita en la recepción lo había atendido minutos antes, fastidiada de li-diar con otro miserable traductor que venía a cobrar sus respectivos cuatro mendrugos por palabra. Alfonso se anunció con su nombre y enseguida la chica le tiró el sobre encima del mostrador de la recepción. Firme aquí, dijo sin mirarlo. Alfonso estampó un garabato y salió sin despedirse. En el ascensor abrió el sobre. Allí estaba el cheque. Pagar deudas, comprar comida y follar. Eso pensó mientras caminaba hacia la estación del metro.

La acera era un caos absoluto. Caminar solo era posible haciendo zigzag, esquivando transeúntes, huecos, mierda de perro callejero, basura y vendedores ambulantes que ofrecían sus productos sobre mantas dispuestas en el suelo. Llegó hasta la boca de la estación del metro y se detuvo para chequear la hora. Eran las seis de la tarde. Empezaba a oscurecer. A menos que tomara un moto-taxi, no lograría llegar al centro comercial para depositar el cheque en el banco.

Al acecho, perfectamente alineados, como si fueran caballos amarrados a las afueras de un bar en el lejano oeste, ahí estaban, esperándolo. Recordó el poco dinero que aún tenía en su cuenta bancaria. Dudó un segundo. Evitó preguntar por el precio del servicio de taxi hasta su casa. Era viernes y el monto seguramente sería impagable. Tampoco llamó a su moto-taxi de confianza. No tenía saldo en su teléfono celular. Se sintió miserable. Tendría que depositar el cheque al día siguiente. Entró a la estación y bajó por la escalera mecánica descompuesta.

El servicio del subterráneo era gratis. La caseta, donde antes se expedían los tickets, era un santuario de basura y objetos abandonados. Las máquinas automáticas para comprar los boletos estaban de adorno. Alguien se había tomado la molestia de pulir sus carcazas. Hizo fila en uno de los únicos dos torniquetes disponibles para acceder a la zona de trenes. Dos policías custodiaban el lugar. Conversaban sin arrancar la vista a sus teléfonos móviles. Solo interrumpían su charla para mirarle el culo a alguna mujer que pasaba y despertaba algo más que su atención.

Alfonso bajó hasta el andén donde cientos de pasajeros esperaban para abordar un tren. El aire acondicionado de la estación no funcionaba. El calor era espantoso. Todo el hedor humano se condensaba a la perfección. Se recostó en la pared para intentar respirar algo de aire no viciado. Cinco metros de hacinamiento humano lo separaban de las vías. Apenas arribaba un tren, las personas se agolpaban en cada puerta. Cuando estas se abrían, una ola empujaba a lo largo y ancho del andén hasta estrellarse con fuerza contra el vagón. Se escuchaban gritos, jadeos y maldiciones mientras pujaban por ingresar al transporte. A través del sistema de parlantes de la estación, una voz femenina y casi sensual repetía: dejar salir es entrar más rápido.

Empezó a empujar. Así estuvo cuarenta y cinco minutos hasta que llegó al borde de la vía. Ir más allá implicaba caer sobre los rieles y morir arrollado. Fue entonces cuando volvió a imaginar a todos los directivos del sistema subterráneo parados sobre la raya amarilla, esa que separa a los vivos de los muertos. Luego algo, o alguien, que los empujaba hacia el abismo, uno tras otro, mientras sonaba inminente el próximo tren.

Le dolía la espalda. Tenía pequeños calambres en las pantorrillas. El tren llegó y, apenas abrió sus puertas, dejó que la marea se encargara de Alfonso, empujándolo dentro del vagón, donde tampoco había aire acondicionado. Una pared de olores, más densa que la anterior, lo recibió. Un timbre anunció que las puertas cerrarían, pero nada pasó. Alfonso intentó meditar. Google le había dicho que enfocarse en su propia respiración era maravilloso para calmar la angustia que en ese momento empezaba a someterlo. Un codo se hincó en su zona intercostal izquierda. Intentó acomodarse para evitar el dolor agudo que aquello le causaba, pero era una tarea humillante; cada ser viviente en ese vagón intentaba exactamente lo mismo: adaptarse a la más brutal incomodidad. Abrió los ojos para darse cuenta de que nadie hablaba. Había un acuerdo tácito de soportar esa vejación en silencio. Sintió náuseas. Era nueva la fetidez que ahora rondaba en el vagón. Iba y venía. ¿Cómo pueden soportar esto todos los días? Somos ganado rumbo al matadero, pensó.

En momentos iniciaremos movimiento, dijo una voz masculina a través de los parlantes del vagón. Las puertas se cerraron. Alfonso escuchó un suspiro general y el tren empezó a moverse. El dolor había desaparecido y ahora solo sentía un hormigueo en la espalda. Tenía las piernas entumecidas. A través de las ventanas observó los rostros de quienes aún quedaban en la estación. Miradas absortas de gente embrutecida por el hedor, el calor, la espera.

Apenas el tren ingresó al túnel, se detuvo con un chirrido metálico, ensordecedor. Todo quedó en total oscuridad. Debido al frenazo, los pasajeros se tambalearon, golpeándose unos a otros. Alfonso se dio cuenta de inmediato que la parada no era usual. Afuera, en el túnel, no permanecían encendidas esas luces verdes, rojas y blancas, de las que se ven pasar raudas cuando el tren está en movimiento. Nada. El calor aumentó de manera exponencial, de igual manera creció el nerviosismo dentro del vagón a medida que transcurrían los minutos.

—Me siento mal, creo que me voy a desmayar.

—Cálmese señora, en cualquier momento esto se mueve.

—Afuera no se ve luz. Llevamos mucho tiempo así. Me falta el aire.

—¿Qué pasará?

—Qué calor, hay que hacer algo.

—Dale al botón de emergencia.

—No suena.

—Dale otra vez. Prueba aquel.

—¿Cuál?

—No se ve nada. ¿Alguien puede ver algo?

—Hay un apagón.

Alfonso escuchó esta última frase y percibió cómo la adrenalina penetraba su torrente sanguíneo. Empezó a hiperventilar. Había un apagón en todo el país. Más del ochenta por ciento de la nación se encontraba a oscuras. Las pantallas de los celulares eran las únicas fuentes de iluminación dentro del vagón. Quienes tenían señal en sus celulares, pudieron revisar los mensajes de texto o chequear el Twitter con las noticias de último minuto. Estaba confirmado: había un apagón en todo el país y no había servicio eléctrico. La gente desesperada intentó abrir las puertas. Algunos golpearon las ventanas, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Una señora se desmayó, luego otra. El vagón era un horno. Alfonso comenzó a perder el sentido cuando el tronar de un disparó lo espabiló. Un hombre con una pistola había propinado un balazo a una de las ventanas. Solo dejó el orificio,

nada más. Molesto, descargó el arma entera y el resto de los pasajeros se encargó de tumbar a patadas el cristal.

La estampida se produjo de inmediato. Los pasajeros empezaron a salir por la ventana recién abierta. Algunos se cortaron con trozos de vidrio atascados en el marco. A nadie le importó. Alfonso esperó que el vagón se vaciara. Tres cuerpos yacían en el suelo. Una vez en el túnel se percató de que, en los otros vagones, los pasajeros habían encontrado diferentes maneras de escapar. Todos caminaban en fila por un estrecho pasillo destinado a las labores de servicio dentro de los túneles. Sacó el celular de un bolsillo en su pantalón y encendió la linterna. La mayoría hacía lo mismo. En pocos minutos llegó hasta el andén del que habían partido hacía ya más de una hora. Fue sencillo seguir a la multitud hasta la superficie.

En la calle crecía la oscuridad y llovía. Allí estaban los moto-taxistas, con sus ponchos naranjas, dispuestos a llevar a cualquiera que pudiera pagar la tarifa especial de emergencia. Los miró con odio. La calle era un inmenso río de gente. No había distinción entre vehículos y personas. Cualquier espacio disponible era bueno para transitar. Alfonso se unió al inmenso éxodo de cabezas gachas, camino al hogar.

Calculó que llegaría a su casa en unas cuatro horas. Dobló el sobre con el cheque y lo guardó dentro de su ropa interior para que no se mojara. Ojalá el sudor no lo dañe, pensó. Caminó junto a la muchedumbre. Las luces de los vehículos le permitían ver a su alrededor. Personas se resguardaban del aguacero en los zaguanes de los edificios, bajo las salientes de los comercios o las paradas de transporte, o debajo de algún árbol frondoso. El resto caminaba, empapado, sin detenerse, preocupado por la hora y por los hampones.

Alfonso conocía muy bien el viaje de regreso. Lo había hecho en algunas oportunidades cuando el dinero no le alcanzaba para el transporte, o cuando le daba por conocer los secretos de la ciudad. Caminaba a un ritmo más rápido que el resto. Evitaba los charcos de agua muy grandes, pues solían ocultar alcantarillas sin tapa o huecos profundos, de esos que las alcaldías habían hecho para reparar algún desperfecto y que luego habían dejado así, a cielo abierto. Ahora, llenos de agua y escombros, funcionaban cual trampas mortales. En la vía se topó con varios caminantes de piernas rotas o esguinces severos producidos por estas fauces encubiertas y fatales. Todos marchaban desde el este de la ciudad; lugar de corpora-ciones, instituciones financieras y condominios de lujo; rumbo al oeste, donde se concentraba la mayor cantidad de población en urbanizaciones y

barrios caóticos. Para llegar a su casa debía cruzar el casco central de la ciudad. Allí estaban los edificios gubernamentales, rodeados de innumerables puestos de venta callejeros, hediondos y miserables, con indigentes pidiendo limosna, mostrando sus llagas y malformaciones corporales. Había mujeres indígenas sentadas en el suelo, con tres o cuatros infantes mocosos esperando un amago de bondad. Niños sin hogar jugaban en plena calle, entre las fuerzas policiales que velaban por el Congreso de la República, el Palacio de Gobierno y los ministerios. Varias barricadas impedían el paso hacia dichas instituciones, pero el resto de las calles circundantes ofrecían a cambio su espectáculo de pobreza y hambre.

Alfonso llegó al centro de la ciudad. La oscuridad era el telón perfecto para los robos. Los funcionarios policiales, ante el apagón repentino, habían preferido cuidar a sus jefes bajo el pretexto de un posible golpe de estado, desamparando a los peatones, sin importarles que fueran atracados por bandas de criminales en moto. Alfonso se escabulló por una calle lateral y logró escapar del asalto masivo. Jadeando, tomó la avenida que lo llevaría a la zona donde vivía. A medida que se alejaba más y más del centro de la ciudad, menos gente había en la calle. En los edificios todo era negro y silencio. Casi a medianoche llegó al conjunto residencial. Completamente a ciegas afrontó su último desafío aeróbico y subió los once pisos hasta su apartamento. Exhausto y a punto de sufrir hipotermia, abrió la reja y luego la puerta de su casa. Entró y fue directo hasta su cuarto, se tendió sobre su cama y se quedó dormido.

Desperté con la desagradable sensación de no saber dónde me hallaba. Tras un par de minutos caí en cuenta de que estaba en mi habitación. Me había quedado dormido completamente vestido. Entonces recordé la pesadilla de la noche anterior. Coño. Me incorporé y busqué el sobre donde había guardado el cheque. Allí estaba, adherido a la piel de mi vientre. Lo abrí con la esperanza de que estuviera intacto. Por suerte solo se había arrugado un poco. El monto y la firma autorizada seguían en perfectas condiciones. Me levanté y accioné varias veces el interruptor de la luz. Nada. Obviamente seguíamos sin electricidad. Y sin agua. Aunque esto último en sí no era un problema. En la zona donde vivo el gobierno bombea agua solo una vez por semana. Así que aún tenía reservas. Me desnudé, fui a la cocina. Dado que la estufa es de gas directo, pude calentar el agua para bañarme y colarme un café. Los baldes habían estado esperándome, rebosantes de agua. Mi querida, vieja y fiel nevera se había descongelado. La bandeja inferior no aguantaba más y se desbordaba. Me siento como una mierda cada vez que la veo en esas condiciones. Los picos de tensión constantes y ahora estos apagones, son cosas muy fuertes para ella y me duele en el alma verla sufrir así. Tal vez era hora de cambiarla. Apenas hirvió el agua, primero fue el café. Me senté en un taburete que tengo en la cocina y en silencio me dediqué a sorber y no pensar. Los baldes cuchicheaban entre ellos. ¡Necios! Supongo que hablaban sobre mi llegada anoche. Qué importa, siempre era lo mismo. Casi todos comparten espacio con algunas botellas de cinco litros detrás de la secadora inservible que aún no me atrevo a botar. Cada vez que tienen la oportunidad sueltan chismes y teorías conspirativas sobre la hora de mi llegada, o la cara de culo que tengo en las mañanas, o lo flaco que me tiene la situación actual, o el por qué no traigo invitados ni visitas al apartamento. Nunca respondo, es una pérdida de tiempo. Solo General Electric me comprende y por eso la cuido, la respeto. Tras sorber un poco más de café, tomé otra olla y puse a hervir el agua destinada al baño. Me sentía arruinado físicamente. Debería hacer yoga. Hace unos días, Google me comentó que los asanas bien ejecutados y con paciencia, podrían incluso retardar el envejecimiento y mejorar la salud. ¿Qué hora es? ¿Tan temprano y ya cantan las cigarras?

Cuando era de noche y no había luz, mi papá buscaba las velas y mi mamá los fósforos que guardaba en una gaveta, en la peinadora

de su habitación. Yo me emocionaba porque en vez de ver televisión, jugaríamos los tres en la mesa del comedor. Me encantaba cómo nos iluminaban las velas. Mi papá se ponía a hacer sombras con sus manos en una de las paredes.

—¿Qué es esto?

—Un perro.

—¿Y esto?

—Un pájaro.

—Ajá, ¿Y este?

—No sé papá, no sé.

—¡Un caballo!

—¿Cómo va ser eso un caballo? —reclamaba mamá mientras mi viejo soltaba una carcajada que hacía tem-blar la llama de las velas.

Sentados los tres en la mesa, jugábamos ludo, bingo, dominó y baraja española. Yo no quería que volvie-ra la luz. Anhelaba quedarnos así para siempre, juntos. Después me iba a dormir en la habitación oscura, apenas iluminada por una velita colocada en el mueble donde yacían mis juguetes, los siete enanos y mis canicas.

—La bendición mamá, la bendición papá.

—Dios me lo bendiga.

Entonces me quedaba despierto pensando en castillos antiguos, iluminados por cirios, absorto, mirando el pabilo arder mientras se derretía la cera, aguardando que el sueño me venciera, como un pajarito en su nido, uno que pronto abriría los ojos, sobresaltado ante los gritos de los vecinos:

—¡Llegó la luz!

—¡Llegó la luz!

—¡Llegó la luz!

Cuando por fin el agua hirvió, llevé la olla hasta el baño con mucho cuidado para no derramar ni una gota. En la ducha me

esperaba el cubo dedicado al aseo personal. Azul y más grande que los de la cocina, este balde siempre ha sido una maravilla. Sus asas de plástico son ergonómicas, perfectas para un buen agarre. Fiel y dispuesto, así fue como recibió el agua caliente sin chistar. En su enorme boca hundí otro pequeño envase, uno que en el pasado había contenido margarina sin sal. Me eché el agua encima y comencé a bañarme. Normalmente este proceso lo hago con cierta premura, sin entretenerme en detalles cosméticos. Pero no había luz. Los negocios y centros comerciales seguramente estarían cerrados, así que no tenía motivos para apurarme. Pensé en masturbarme y desistí. Quería estar bien cargado, por si la luz llegaba. Entonces saldría a depositar el cheque, llamaría a Patricia o a Laura y me encontraría con cualquiera de las dos en el hotel de costumbre. Por lo que veía, sin embargo, el día sería solo para mí. Ningún mensaje de las putas esas, ni de algún cliente impertinente, tampoco de ningún cabrón con alguna deuda por cobrar. Cero música en el maldito barrio que está detrás de mi edificio. Aislado e incomunicado. Ojalá no vuelva la luz, jamás.

Para Alfonso no había un día más aburrido que el domingo. Abría los ojos después del mediodía, con el cuerpo adolorido a causa del colchón vencido en el que dormía. Se quedaba en la cama largo rato, mirando el techo, aguantando las ganas de orinar hasta que resultara insufrible. Entonces se levantaba camino al único baño que había en su pequeño apartamento. Orinaba sin subir el asiento del inodoro pues siempre le ha parecido una costumbre de maricas. Como nunca había agua, dejaba eso así hasta que el olor fuera insoportable. Solo entonces iba hasta la cocina por un cubo lleno de agua que vertería dentro del retrete para dejarlo más o menos limpio. Cepillarse los dientes era otro de los rituales que odiaba. Le sangraban las encías, pero no tenía más remedio que hacerlo. Usaba el cepillo de dientes hasta sentir las cerdas blandas, luego lo cambiaba. Tenía como quince cepillos de dientes, varios dentro de la pequeña despensa con puerta de espejo que estaba sobre el lavabo y otros colocados entre el grifo y la pared. Debajo del lavamanos había una botella de agua de cinco litros que usaba, junto a un pequeño vaso de plástico, para enjuagarse la boca, lavarse la cara y las manos. Había restos de pasta dental petrificada en toda la porcelana. Para Alfonso, el baño es un lugar en el que se ha de permanecer el menor tiempo posible. Es donde los seres humanos cagan y mean, necesidades que él considera los errores más patentes de la creación.

Al salir del baño ya se escuchaba la música proveniente del barrio que estaba en la montaña, detrás del edificio. La ventana de su cuarto y el balcón daban hacia dicho sector. La montaña había sido un lugar de hermosos árboles donde vivían multitudes de aves. Tras la invasión que taló y terraceó casi toda la colina, se convirtió en el hogar de incontables familias que vivían en ranchos hechos de tablas y láminas de zinc. Sin servicio de aguas limpias, ni cloacas, las aguas servidas eran re-cogidas por tubos de plástico, conectados en una maraña cuyas terminaciones daban a una quebrada natural que pasaba justo al lado del edificio, perfumando con su olor putrefacto todas las residencias que hacían vida en la falda del cerro. Del alumbrado público se robaban la luz para sus casas. Cada poste tenía en su parte superior un nido de cables como si fuese el capullo de una oruga gigante. Desde allí emergían los cables hasta cada rancho, formando un tendido eléctrico improvisado con palos de madera donde se enredaban las cometas de los niños que, descalzos y

famélicos, jugaban en el tierrero empinado y ocre.

Alfonso detestaba ese y cada uno de los barrios que se habían establecido en su totalidad en los cerros de la ciudad. Tenía un plan para desalojarlos. Primero, sobrevolaría con helicópteros lanzando panfletos que invitaban a los habitantes a abandonar sus ranchos en un lapso de tres semanas, sin hacer referencia a castigo alguno si decidían permanecer en sus casas. Vencido el plazo, lanzaría bombas de napalm, incinerando todo para luego reforestarlo con árboles frutales.

Saboreaba su plan de desalojo, de pie en el balcón con un calzoncillo blanco de liga vencida, mientras intentaba discernir de cuál casa venía la música que tanto odiaba. Cuando sentía hambre, se debatía entre cocinar en casa o salir a la venta de pollo en brasa de la esquina. En la nevera no había nada, salvo agua y unos granos descongelados y descompuestos por culpa del apagón. Si bien el suministro eléctrico se iba restableciendo por zonas, donde él vivía aún no regresaba la luz. En el barrio sí, la música que sonaba y que tanto detestaba, dejaba en claro que ya tenían electricidad.

No pudo más con la acidez estomacal. Decidió bajar hasta el restaurante y pedir medio pollo y un refresco, fiado. Ojalá esté abierto, pensó. El portugués, dueño del establecimiento, sabía que Alfonso era un tipo de palabra y pagaba sus deudas, así que no tendría problemas. Se puso la primera franela que halló en el closet de su cuarto, la única bermuda que tenía y que sólo usaba los fines de semana, y se calzó los zapatos de goma que le había regalado Laura en su último cumpleaños. Bajó por las escaleras, totalmente a oscuras, tanteando el lugar donde debía estar el pasamanos. Por suerte, en algún piso un vecino tenía la puerta de su apartamento abierta y un poco de luz bañaba las escaleras. Llegó hasta la planta baja, salió del edificio. La calle estaba cubierta de fango. Cuando llueve, el agua arrastra tierra desde el cerro y encuentra su destino en las calles, formando depósitos de barro que luego de secarse producen una polvareda amarilla y tóxica. Desde lejos pudo ver que el restaurante tenía luz y empezó a salivar pensando en el delicioso sabor del pollo en brasa del portugués.

—Coño, Joao, tú sí tienes suerte, no joda —dijo Alfonso apenas llegó al mostrador.

—Alguna hay que ganarle a este gobierno —respondió el portugués, un tipo de unos setenta años, fornido y siempre bien arreglado. Le encantaban las camisas con cuadros, de manga larga,

que luego se remangaba dejando ver unos brazos velludos, forrados con los tatuajes más feos que había visto en su vida. Parecían hechos con tinta de bolígrafo y con el pasar de los años daban la impresión de ser manchas cancerígenas.

—Mira, portu, fíame medio pollo y un refresco que ando corto. Yo cobraré un dinero la semana que viene.

—Con gusto —respondió el portugués y luego le gritó al ayudante que tenía en la barra. Un tipo enjuto, tímido y con un delantal que ya había perdido el color original debajo de innumerables capas de grasa y sucio.

—¡Mira José, saca y pica medio pollo para Alfonso y le das un refresco de medio litro!

—¿Y ese olor, portu? —preguntó Alfonso. —No se puede estar en esta vaina.

El portugués había comprado una planta eléctrica que, además de brindar luz, plagaba con su olor a gasolina todo el restaurante. Imposible comer allí. El tufo le producía un dolor agudo en la boca del estómago. Alfonso tomó su almuerzo y se despidió del portugués con un apretón de manos.

En el corto trayecto de regreso se cruzó con varías personas, vecinos que llevaban sus baldes y cubos para recoger agua en un chorro ubicado a unas tres cuadras. Sintió pena por ellos. Se preguntó si no tendrían reservas en sus casas, o si serían tan idiotas como para consumirlas sin control. Le indignaba verlos caminar, algunos charlando o revisando sus teléfonos celulares, como si nada estuviera pasando. ¿Acaso toda esta mierda es normal? ¿Qué carajo estarán pensando estos imbéciles? Estaba harto. Cuando llegó al edificio todavía no había servicio eléctrico. El hilo de esperanza que le quedaba se desvaneció con la puntada que le producía la acidez. Maldijo su suerte. No quiso subir las escaleras. Se sentó en la acera enfrente del edificio, abrió el envase de plástico y decidió comerse el medio pollo con las manos, pensando en que tal vez esa era la forma correcta, sin cubiertos. Eructaba cada vez que bebía del refresco. Recordó lo que Google le había dicho una noche, mientras traducía un artículo para un cliente sociólogo y buscaba información sobre el hombre del paleolítico: los primeros homínidos no usaban utensilios.

Qué bueno es el pollo del portu. Ese tipo le tiene el truco a ese pollo en brasa. El jugo que le echa encima me produce un placer igual al que siento cuando eyaculo sobre las tetas de Laura. Ella y Patricia deben estar locas con todo este asunto del apagón. Imposible comer en la pollera. El portu debería poner la planta que compró en otro sitio. Es un buen tipo, pero coño, pon esa vaina afuera, no sé, pregúntale a Google. Estoy seguro de que ahí está la respuesta para tener luz sin asfixiar a los clientes. Pero, ¿qué va a saber ese viejo? Lleva como treinta años acá y todavía tiene el acento que trajo de su país. Treinta años haciendo pollo en brasa, treinta años atendiendo al público y todavía habla con ese acento de mierda. Realmente no le importa. Si lo entienden, para él es suficiente. Nadie le reclamó nunca, nadie le dijo que hablara como nosotros. Claro, esa maldita costumbre de caer bien y no molestar. Pobrecito el portu, hay que dejarlo así, todos lo entienden y él nos entiende a nosotros. ¡Hipócritas! ¿Y si fuese al revés? Si llegara yo a su país nadie me entendería. Me dejarían completamente a solas, execrado por no hablar como ellos. Me tratarían como un extraterrestre, un alienígena recién caído del cielo al que se debe joder como tal. Hay que hacerle la vida imposible al emigrante mal hablado. Pero acá, no. Nosotros somos buenos. Buenos idiotas es lo que somos. Coño. El marico de José no me puso servilletas. Siempre es la misma vaina. Ese tipo debe haber recibido una alimentación deficiente de niño. Se equivoca en cosas tan obvias como darte el azúcar para el café. Otro imbécil nacional. Criado en el hambre y la estupidez. Es increíble la cantidad de personas que entran y salen del edificio un domingo. Hay muchos a los que jamás he visto en mi vida. Me miran extrañados. ¿Acaso tengo el aspecto de un recogelatas? Me ven comer el pollo con las manos y creen que soy un indigente. Alguien a quien se debe vigilar. Algunos salen y caminan, alejándose del edificio, pero voltean a ver si sigo aquí. La paranoia se ha instalado en cada uno de ellos. Todo el que no sea como tú resulta inmediatamente sospechoso. Te puede secuestrar para luego pedir rescate o llevarte hasta un cajero automático y quitarte el miserable dinero que no te alcanza ni para hacer el mercado. No se dan cuenta de que todos somos unos esclavos, haciendo colas interminables para cargar dos cubos de agua y llevarlos hasta la casa, subiendo a oscuras por las escaleras con un dolor de espalda horroroso y el espíritu de rodillas, hincado, esperando alguna respuesta divina que nunca llegará. Lo que sí llega son las cuentas de la luz, del condominio, del

gas, del teléfono, y el insomnio, las taquicardias, las jaquecas, y las nalgadas a los carajitos inquietos y las cachetadas a la mujeres impertinentes, y el soborno al oficial de turno, y la angustia, incrustada en el plexo solar, que solo se quita bebiendo cerveza o embruteciéndote frente al televisor, viendo el partido de fútbol o el reality show de las tipas embutidas de botox. Me duelen las nalgas de tanto estar sentado en esta vaina. Voy a esperar a ver si pasa la tipa que está bien buena, con su cara de culo. Tiene las tetas operadas. Yo las veo sin ningún tipo de pudor. Ella ni se inmuta. Cada vez que me la encuentro en el ascensor, no me saluda, no dice nada. Se siente superior y saca el pecho para que el escote se haga más prominente. Está segura, controlando la situación. Ella sabe que la desean y cree que eso le da poder. Debe tener a todos los hombres de su trabajo babeándose. Yo solo le miro el escote. Imagino mi pene encajado entre sus dos tetas. Ella baja la mirada, enfocándose en su teléfono celular. Yo sigo hipnotizado con sus pezones hasta que el ascensor se abre y ella sale, taconeando con fuerza, levantando el culo, que seguramente también es operado.

Voy a esperar un rato más. No sé dónde botar los desperdicios del almuerzo. Lo mejor será dejar los huesos de pollo tirados acá en la acera, a ver si alguna mascota se los come y se muere. Un perro menos cagando en la calle. Si subo ahora, seguro me darán nauseas por el esfuerzo y terminaré vomitando. Maldita sea que no llega la luz. Ahí va la señora del piso cinco. La vi salir y ahora la veo entrar. Su estoicismo es envidiable. Debe tener, por lo menos, setenta años. Lleva una bolsa de pan. A esa edad, entiendo que exista cierta resignación que precede a la muerte, pero nosotros, los adultos y los jóvenes, nos calamos este suplicio en silencio. Voy a subir. No puedo seguir aquí, mirando este desfile de ignorantes. Tengo que ir poco a poco. Hay bastante tráfico en las escaleras. Gente que saluda. No logro distinguir a nadie. Solo escucho mi corazón latir más rápido y los resoplidos de mi respiración. Si la tetona pasó por mi lado, jamás lo sabré. Hay escalones salpicados con agua. La gente carga sus baldes y deja eso así. Que lo limpie la conserje. Malditos, ¿qué se creen? Debo andar con cuidado para no resbalar. Estar a oscuras es una maldición. Voy tanteando las paredes, el pasamanos, pendiente de no pasar de largo mi piso. Qué vida tan dura la de los ciegos. Lo terrible es que todos somos igual de invidentes ante esta pesadilla. Ya estoy en mi piso. Voy a descansar un poco acá, antes de entrar a mi casa.

Mierda, llegó la luz.

Alfonso llamó a su moto-taxi de confianza. Era lunes y quería llegar lo antes posible al banco para depositar su cheque. No estaba dispuesto a compartir un autobús arruinado y herrumbroso con personas hediondas a perfume barato. Suficiente tenía con escuchar la música de sus vecinos del cerro, como para soportarla también en el colectivo, cuyo chofer probablemente vivía en alguno de esos barrios que tanto odiaba.

Se levantó temprano. Calentó el agua para el café y para ducharse. Decidió que compraría otra nevera. La vieja General Electric había dejado de funcionar. Sentado en el banco de la cocina recordó cómo le había servido de fiel confidente por años. Ella sabía escucharlo, en silencio. Por supuesto que también opinaba, pero siempre aportando algo valioso a la vida de Alfonso; algún menú que modificara su dieta alta en carbohidratos, el recordatorio de las legumbres que hacían falta para la semana, la felicitación al tomarse su vaso de agua en ayunas, excelente para una buena digestión.

Estaba de luto, pero sabía que podía manejarlo. GE llevaba tiempo fallando. Sabía que el momento inexorable de la despedida se acercaba. La idea de otra nevera ya rondaba su mente. Esa mañana los cubos mantuvieron cierto decoro ante el duelo del dueño de la casa. Alfonso los miró, se terminó de tomar la taza de café y telefoneó a TodoMoto.

TodoMoto se llamaba en realidad Gustavo. Él mismo se había puesto ese sobrenombre porque se creía el tipo más competente a la hora de conseguir cualquier cosa en la ciudad. Alfonso lo conoció una tarde en que necesitaba llegar de manera expedita a una reunión. Al salir de la estación del metro se encontró con un tráfico infernal. El transporte público que lo llevaría hasta el punto de reunión tardaría demasiado en llegar, así que prefirió un mototaxi. El tipo al que le correspondía hacer el servicio era Gustavo. Un hombre de mediana estatura y algo pasado de peso. Usaba un chaleco de pescador de una talla menor, unos lentes oscuros que le cubrían medio rostro, pantalón negro y unas botas de seguridad que le quedaban grandes. Tenía la cabeza enorme y el casco que usaba apenas cubría su fontanela. La riñonera en su cinto a duras penas lograba represar la mole de su existencia.

TodoMoto encendió su motocicleta e invitó a Alfonso a montarse. Dado que el asiento de la moto había sido diseñado para llevar a dos personas de tamaño normal, Alfonso tuvo que afincar medio culo sobre la parrilla de metal. Pensó en suspender la misión. Tenía que llegar a la reunión, así que prefirió tragarse el vómito de

insultos que nacían en su estómago y le subían por el esófago. En el camino, Gustavo empezó a hablar.

Tranquilo amigo que yo voy sin apuros. Hay que andar con cuidado en la pista. Hay mucho loco en la calle. Es la primera vez que lo veo a usted, allí en la parada. Si quiere lo puedo venir a buscar. No tengo problema. Yo le dejo mi número celular. Yo estoy activo a cualquier hora, en cualquier momento. Me llamo Gustavo, mucho gusto. Todo el mundo me conoce como TodoMoto. Yo fundé esa línea de mototaxis. Empecé yo solo, con un amigo. Y luego se fueron agregando otros compañeros. ¿Qué por qué me dicen así? Ah, bueno, es que yo consigo lo que usted necesite. ¿Comida? Todo lo que usted requiera, y por bultos. ¿Medicinas? La que usted necesite. Usted sabe cómo están las cosas. Este país está muy jodido y hay que estar todo el tiempo activo y resolviendo. ¿Repuestos? Para carros y motos. ¿Electrodomésticos? Nuevos o usados. Usted simplemente me llama y me dice lo que requiere y TodoMoto lo consigue. ¿Trámites con el gobierno? Todos. Soy pura seriedad. Pregunte en la parada y compruebe usted mismo mis referencias. Soy padre de familia. Tengo dos hijos, varones, estudian en la educación media. ¿Por qué soy mototaxi? Bueno, yo tengo tres motos. Dos las tengo alquiladas para que unos tipos las manejen y me den lo mío. Uno se equivoca en la vida. Te juntas con la mujer equivocada. Te buscas a la gente equivocada. Yo me equivoqué y pagué. Pero aprendí. Hubo un tiempo en que le di duro al blanco y me costó salir. Pero yo estoy limpio desde hace tres años, cinco meses y quince días. Me separé de la loca con la que vivía . Tengo mis dos hijos y mis motos. ¿Es por aquí?

Desde ese día, Alfonso usa los servicios de TodoMoto. Lo vino a buscar al edificio para ir a depositar el cheque en el banco. Durante el tiempo que tienen conociéndose, la situación de la ciudad se ha vuelto más caótica. La mayoría de los semáforos de la ciudad ya no funcionan. En las intersecciones de avenidas y calles los transeúntes se juegan la vida intentando cruzar de una acera a la otra, mientras los vehículos se enfrascan en combates inútiles. Las tapas de las alcantarillas desaparecieron y conducir implica aprender de memoria la ubicación de los huecos en el asfalto. Tener coche deviene, por ende, una verdadera pesadilla. De ahí que las motos sean la solución y TodoMoto la salvación.

Gustavo llevó a Alfonso hasta el banco, pero el que hizo la diligencia fue él. Conoce a una de las cajeras de esa agencia bancaria, así que entró al banco como si fuese el dueño. Había solo dos cajeras operando ese día y las filas de personas que esperaban ser atendidas salían del banco hacia la calle. Bajo la mirada de escrutinio de los clientes, Gustavo fue directo hasta su amiga. La saludó con un gesto amable y, luego de pedir excusas a una señora que estaba de pie frente

a la ventanilla, le pasó el cheque. En ese momento se escuchó el murmullo de varios clientes, molestos ante aquel atropello. Gustavo sabía bien cómo actuar en esos casos:

—Vengo más tarde, mi amor. Gracias —dijo, lanzando una mirada a todos los presentes en la fila. En su rostro podían leerse claramente los años que había pasado en la cárcel. No había más que hacer. Esa expresión seca la conocían todos, porque a todos los habían atracado alguna vez. La mirada que no mira. La manera de hablar. La postura al caminar. Los motorizados son una raza de temer y TodoMoto sabía usar el miedo que infundía la riñonera en la cintura y el casco guindando en el codo. Salió del banco y se encontró con Alfonso, quien lo esperaba en una esquina tomándose un café.

—¿Listo?

—Como siempre. ¿Te llevo a tu casa y me pagas luego?

—No. Quiero comprar una nevera nueva ¿Qué sabes de esas que está vendiendo el gobierno?

—Tengo al tipo que te la puede conseguir y a un precio increíble. Diecisiete pulgadas. Gris, doble puerta, un refrigerador espacioso. Una belleza.

—No se diga más —exclamó Alfonso, un tanto excitado. —La quiero.

TodoMoto me llevó hasta la oficina principal de correos. Me dijo, mientras íbamos por la autopista, que el tipo que vende las neveras tiene una oficina allí. En el camino me devané la cabeza tratando de entender cómo es que una persona vende neveras en una oficina postal. Preferí no preguntar los detalles. Me quedé en silencio hasta llegar al sitio. Un edificio y un galpón enorme. Para entrar al estacionamiento era necesario identificarse ante unos vigilantes que estaban dentro de una garita de seguridad, sin puerta, con un boquete abierto en lugar de una ventana. Gustavo se detuvo y saludó a los dos vigilantes sudados que intentaban no morir dentro del cuartucho. Se conocían. Intercambiaron algunas palabras, levantaron la barra y pudimos entrar. Era un estacionamiento con unos cincuenta puestos, la gran mayoría ocupados por vehículos del correo, desvalijados. Vi tres perros que hacían vida allí. Uno de ellos nos recibió en la puerta de vidrio que daba acceso a las oficinas postales. Empezó a ladrar mientras nos acercábamos. Me preparé para caerle a patadas y dejarlo medio muerto. Un hombre salió por la puerta de vidrio. Mandó a callar al animal, espantándolo con un rolo que semejaba un bate de béisbol.

—Hola, Gustavo. ¿Qué haces por aquí? Este perro me tiene harto.

—Víctor, vine a hablar con Camacho. ¿Está en su oficina, verdad?

Nunca he entendido la costumbre pueblerina de llamarse por el apellido. Que se use cuando uno es un muchacho en la escuela lo puedo entender. Pero, llamarse así cuando eres ya un tipo con pelos en las bolas, eso es de maricos, o de militares.

El tipo de la puerta nos dejó pasar luego de responderle a Gustavo que Camacho estaba en su oficina, advirtiéndole que le mandara primero un mensaje de texto, no vaya a ser que estuviera cogiéndose a una de las empleadas. Algo que por lo visto era normal.

Entramos en el hall principal. En medio de aquella sala enorme yacía un escritorio en el cual Víctor se sentaba a envejecer, despacio. Había un papel pegado con cinta adhesiva en la pared. Con una caligrafía de un niño de cinco años, alguien había escrito que el correo se encontraba en mantenimiento y que no estaba prestando servicio hasta nuevo aviso. En ese momento comprendí la soledad de aquellas instalaciones y el motivo por el cual no me llegaba, desde hace meses, recibo alguno por los servicios de teléfono, de luz.

Esperamos unos minutos sentados en unas sillas anaranjadas de plástico. Había dos puertas en el hall, a cada lado del escritorio. Una

tenía un cartel que decía: sólo personal autorizado. Por ahí apareció Camacho. Medía como dos metros. Era tan obeso que debió ladearse un poco cuando pasó por la puerta. Sudaba. Se acercó a nosotros arreglándose el pantalón, la cremallera y la camisa con el logo de la oficina de correos estampado en el bolsillo, a la altura de su corazón grasoso y pre-infartado.

—Gustavo, si no es así, no te veo, hijo de puta —hablaba con un tono de voz de locutor mediocre. Intentaba, a toda costa, quedar como el tipo que se la sabe todas, excepto en temas de salud. Lo odié desde el mismo momento en que lo vi.

Se saludaron con un abrazo y me di cuenta de que a Gustavo le intimidaba aquella masa amorfa de grasa y huesos. TodoMoto me presentó. El tipo me miró como si yo fuese de una raza distinta, de otro mundo.

—Él quiere comprar una nevera, Camacho. La última vez que hablamos me dijiste que tenías unas bien buenas. Por eso lo traje. Tú sabes, una mano lava la otra, y dos lavan la cara.

¿Qué le pasa a TodoMoto?, pensé. El tipo duro que conocía se había escondido detrás del chalequito de pescador. Ahora era como un perrito meneando la cola frente a su amo.

—Claro, vamos a verlas. Síganme.

Camacho iba adelante y yo junto a Gustavo, atrás. Víctor nos vio pasar con una expresión de envidia apoteósica. Sentí lástima. Entramos por la misma puerta de la que había salido Camacho. Allí nos recibió un pasillo enorme. A mano derecha había una pared azul con varias puertas y a mano izquierda, una pared de vidrio por donde se podía ver un galpón inmenso, en donde alguna vez se recibieron cartas, paquetes, bultos y cualquier cosa destinada a una oficina de correos. Ahí estaban las máquinas que clasificaban las cartas, los paquetes, solo que ahora eran un amasijo de hierros oxidados, arrumados hacia el fondo del galpón para dar espacio a cientos de electrodomésticos. Pude leer en las cajas: nevera, lavadora, secadora, tv, microondas, cocina, aire acondicionado. Caminamos hasta el final del pasillo y entramos al galpón.

—Dile al amigo tuyo que vaya a revisar y luego nos diga cuál es la nevera que quiere —dijo Camacho a TodoMoto.

Por alguna razón el gordo idiota no se dirigía a mí. Supongo que yo le producía el mismo asco que él me generaba. Estábamos a mano. Calculé que le restaban unos meses de vida. El tipo seguía sudando como un puerco. Jadeaba cuando hablaba y probablemente tendría la tensión tan alta que sus ojos podrían saltar de sus cuencas en cualquier momento. No tuve ningún reparo en desearle la muerte. La humanidad no perdería nada si el miserable de Camacho fallecía. No esperé a que Gustavo me diera el recado. Enseguida me metí en el

laberinto infinito de cajas para buscar mi nevera.

En el galpón había mucha actividad. Algunos empleados descargaban más electrodomésticos de varios contenedores, otros despachaban a los compradores que habían llegado en sus vehículos. Ese traspaso constante de productos no podía verse desde el estacionamiento por donde habíamos llegado Gustavo y yo. Esta era una entrada lateral, oculta a los transeúntes regulares, ideal para los negocios que allí se hacían.

Caminé durante un rato por los angostos pasillos que formaban las cajas. Me dejé llevar esperando encontrar la nevera perfecta para mí. Había de todos los tamaños. Yo simplemente leía las etiquetas de las cajas con la descripción exacta de cada producto. Nada como esto se podía conseguir en la ciudad. En las tiendas por departamento los anaqueles estaban vacíos. La selva de productos en la que yo ahora me encontraba era sencillamente imposible más allá del galpón.

Creo que me perdí dentro del laberinto con olor a plástico y cartón. Fue entonces cuando la vi. A pesar de ser una caja como cualquier otra, había algo en ella que me sedujo. Supongo que la descripción llamó mi atención: Haier, refrigerador-congelador, capacidad de 551 litros, 19.4 pies, descongelación automática, 582 kWh/año. Era un poco más alta que yo. Ahí estaba, esperando por mí. Me acerqué, coloqué mi cabeza junto a la caja y le hablé bajito para que los empleados no me escucharan.

—Haier, ¿me oyes? —fue casi un susurro. No quería asustarla. Qué se yo cuánto tiempo llevaba metida allí, en la absoluta oscuridad, en la perfecta soledad de su caja.

—Sí, acá estoy —respondió con una voz que me resultó ideal y juvenil.

—Me llamo Alfonso. Voy a llevarte a mi casa. Solo debes esperar unas horas más.

—Maravilloso. Será un placer enfriar para ti.

Yo estaba visiblemente emocionado. Tuve que contener las lágrimas. Me calmé para llamar al energúmeno de Camacho. El gordo mandó a varios ayudantes hasta donde yo estaba. Cargaron la nevera con una carretilla y la llevaron hasta el lugar de despacho. Yo iba al lado de ellos, cuidando de que no maltrataran a Haier.

—¿Cómo vas a pagar? —preguntó Camacho al verme llegar con los ayudantes.

—Transferencia bancaria. ¿Te sirve? —hice la pregunta mirándolo a los ojos, retándolo. Si hubiese tenido un arma en ese momento la habría descargado en sus cien kilos de tejido adiposo.

—Está bien. Gustavo, dale los datos al amigo tuyo para que me haga la transferencia. En este papelito está el monto. Incluye el transporte. Confío en este sujeto porque tú lo trajiste. Solo te comento

una última cosa: que no se repita.

Eso último lo dijo entre dientes. Resollando se alejó de nosotros, supongo que rumbo a su oficina. Los ayudantes me pidieron la dirección de mi casa para llevarme la nevera en el transcurso de lo que quedaba del día.

TodoMoto y yo tuvimos que preguntar para encontrar la manera de llegar al estacionamiento donde habíamos dejado la moto. Nos percatamos de que le habían robado el retrovisor izquierdo. No había nada que hacer. Gustavo maldijo un millón de veces. Llamó cabrón a Víctor, el idiota de la recepción. Lo acompañé con una buena lista de insultos. Preferí no comentarle sobre su comportamiento sumiso frente a Camacho. Me dio pena hundirlo más en su frustración.

Gustavo encendió su motocicleta y nos fuimos a mi casa.

Alfonso esperaba ansioso la llegada de su nueva nevera. Acudiendo al precario servicio de internet que tenía en casa, ya le había pagado desde su laptop a TodoMoto y a Camacho, Se sintió tentado a esperar en la planta baja, al frente del edificio. Mientras aguardaba aprovechó el tiempo. Arrastró a su querida GE fuera de la cocina, dejándola en una esquina de su balcón, junto al bidón enorme que servía como reserva de agua para emergencias. Los cubos lo interpelaron con preguntas hostiles. Las botellas de cinco litros, algunas de ellas vacías, rieron a carcajadas ante aquel atípico espectáculo: Alfonso limpiando.

Sonó el intercomunicador. Alfonso contestó. Hizo un esfuerzo enorme para que el coro impertinente de la cocina no se percatara de su evidente excitación.

—Voy bajando.

Frente al edificio se hallaba estacionada una pick up blanca. El chofer permaneció en la camioneta. Dos muchachos ya habían bajado a Haier y la tenían montada sobre una carretilla para subirla hasta el apartamento. Alfonso los saludó y los guió hasta el ascensor. Trató de hacerlo lo más rápido posible para evitar que los vecinos se enteraran. Por desgracia, en la planta baja se había reunido la junta de condominio abordando el tema urgente de la falta de agua para los próximos días. Alfonso llamó al ascensor. La reunión se llevaba a cabo en el salón de fiestas. El salón tenía visión directa a la puerta del ascensor en la planta baja, donde Alfonso esperaba muy inquieto. Todos los presentes lo vieron dándole al botón, una y otra vez. Sintió sus miradas puestas en la caja marrón y no quiso voltear. Fijó su vista en la pequeña pantalla que indicaba el piso por donde venía el elevador.

Ocho.

La reunión de condominio entró en un receso.

—¿En qué piso es? —preguntó uno de los muchachos.

Alfonso no contestó.

Siete, seis.

Pudo escuchar una voz femenina que murmuraba.

—Es una nevera, ¿verdad?

Cinco, cuatro, tres.

Continuó martirizando el botón, como si cada golpe acelerara el descenso del ascensor.

—Sí. Es una de esas que da el gobierno —dijo una voz masculina que Alfonso no logró identificar.

Dos, uno.

Apenas abrió sus puertas, del ascensor emergió la vecina con un escote enorme, una minifalda cortísima y unos tacones que le hacían ver tan alta como la caja de la nevera. Los muchachos hicieron un poco de espacio para que la mujer pasara. Tuvieron que meter la nevera sin la carretilla. No cabía en el diminuto ascensor. ¿Quién coño habrá diseñado esta mierda?, pensó Alfonso mientras apretaba el cuerpo en una esquina de la cabina y despedía a los dos muchachos que se iban sin cobrar propina. Al llegar a su piso hizo lo mejor que pudo para sacar la inmensa caja. Abrió la puerta y a empujones la metió en su apartamento.

—Ya estamos en casa. Disculpa el ajetreo —dijo Alfonso a Haier, acaso esperando que estuviera de buen humor.

Buscó un cuchillo en la cocina y empezó a abrir la caja. Todo el proceso duró una hora. Allí estaba, en medio de la sala, su nevera nueva. Afuera, las cigarras cantaban, fuerte y claro. Eran las cinco de la tarde.

Recordó la navidad en que recibió unos patines magníficos. Se levantó antes que sus padres y sigilosamente fue hasta el árbol de navidad. Era de plástico. Eso no le importaba. Era el árbol de navidad más hermoso del mundo. Debajo yacían varios regalos. Había uno con su nombre. Su corazón latía con más fuerza. Temblando, tomó el paquete envuelto en un papel de regalo estampado con bastoncitos verdes y guirnaldas blancas y rojas. Era una caja grande, pesada. Aún no amanecía. Las luces titilantes del árbol se reflejaban en sus ojos llenos de lágrimas y estos, a su vez, brillaban en todas las bolas de vidrio colgadas en cada rama del pino de plástico más bello que jamás nadie había visto. Con sus pequeñas manos empezó a rasgar el papel de regalo. La luz del alba empezaba a colarse por las ventanas. Sin hacer ruido removió casi toda la envoltura hasta encontrarse con la caja de los patines de metal que tanto añoraba. No pudo contener el llanto. Sollozando intentó abrir la caja, pero no pudo. En su infinita emoción no se percató de que sus padres estaban de pie, observándolo. ¿Desde hace cuánto tiempo? No importaba. El niño se puso de pie. Corrió a abrazar a sus padres. La luz del sol lo bañó por completo. Con una emoción en el pecho que no sabía cómo describir, en silencio agradeció a su mamá, a su papá, a Dios, al niño Jesús, a papá Noel, a Santa Claus, a la Navidad.

Ahora, Alfonso no sabía a quién darle las gracias. Su propia oscuridad ennegrecía cualquier emoción cercana a la felicidad. Aquel recuerdo era perfecto, pero aun en presencia de Haier, se le escurría en la penumbra del apartamento.

Empujó la nevera hasta el lugar que le correspondía en la cocina. Hubo vítores, aplausos, felicitaciones por parte de los cubos. Las botellas sintieron celos ante la nueva recién llegada. Alfonso la

enchufó. Se sentó en su taburete a esperar. Pasaron unos minutos. Abrió la puerta de la nevera. Pudo sentir el frío. Luego abrió la puerta del refrigerador. Un bostezo gélido le dio la bienvenida.

Impoluta, virgen. Haier estaba lista.

Lista para él.

Tengo que aclararte que he realizado un esfuerzo enorme para traerte hasta aquí. No solo desde el punto de vista monetario, sino también desde lo emocional. Yo acabo de perder a alguien que seguramente viste allá afuera, en la sala de mi casa. Ella estuvo conmigo muchos años, sirviéndome, como debe hacerlo alguien en tu posición. No quiero generar ningún tipo de angustia, ni que te predispongas, pero resistir será todo un reto para ti.

Como te decía, deberás soportar mis cambios de humor y las variaciones de voltaje en la red eléctrica. Yo te cuido con un protector de corriente. No te preocupes. Poco a poco y con paciencia irás perfeccionando el arte de aguantar. Acá todos lo hacemos. Tu día a día será resistir y enfriar. Es un entrenamiento duro, pero te hará fuerte. Aprenderás a tolerar mis gritos, o cuando tire tu puerta o las patadas que, muy de vez en cuando, daré a esos cubos que ves allí.

Por cierto, te los presento. Ellos son mis baldes y mis botellas. Son un grupo bastante disociado. Si bien los ves ahora calladitos y con el agua quieta en su interior, los cubos son en realidad impertinentes. Las botellas son más decentes, aunque deben mirarte con recelo. Ya irás aprendiendo que, no importa cuan bien te portes, también te pueden responder mal. Así que no les prestes atención. Escucha, comparte, ríe y nada más.

Sí, por quien debes preocuparte es por mí. Sobre todo cuando al hablar conmigo sientas minúsculos cambios tonales en mi voz y pequeñas diferencias en mi respiración. Solo así sabrás darme aquello que necesito. También puedes permanecer callada. GE lo hacía cuando la realidad me superaba y me hallaba ensimismado, sentado en este taburete, tomándome una taza de café. Si permaneces atenta y dispuesta, te iré instruyendo sobre las cosas que usualmente ocurren en estos días. Conserva tu temperatura. Enfría como dios manda. Congela tal y como lo dictan las leyes de la termodinámica.

Claro que conozco los procedimientos para tu mantenimiento. No soporto que me recuerden las cosas. Cuando lo hagas, ten la certeza de que se trata de algo importante o sufrirás las consecuencias. No suelo ser violento. Conozco otros métodos. Podría descongelarte, o simplemente no hablarte por días. Puedo ser tan frío como tú. Haz lo tuyo, yo haré lo mío.

Sé que llevamos mucho tiempo hablando. Insisto, no me gustan las sorpresas. Por eso te comento estas banalidades que harán nuestra convivencia más llevadera. Fíjate que, durante este tiempo, dos pequeños bajones de luz te golpearon y tú, resistiendo. Eso me hace muy feliz.

¿GE? Ella era especial. Su sistema era sencillo. El tuyo es más complejo y no pretendo gastar un solo segundo de mi existencia en tratar de comprenderlo. La vida antes era más simple. A mi mamá le encantaba ir al Mercado y yo fascinado de llevar el carrito, lleno de legumbres y frutas. El olor era maravilloso. Ahora todo está empaquetado y el automercado huele a pabellón quirúrgico o en su defecto, no huele a nada porque no hay nada.

Nada. Por la secadora que está aquí en la cocina, no te preocupes. Está muerta. Por los dos televisores tampoco debes sentir ningún tipo de estrés. Uno enciende y tiene buena imagen, sin embargo, tiene dañadas las bocinas de sonido. El otro, posee un excelente sonido, sin embargo, el tubo catódico no sirve. De esta manera, uno me da algo y el otro lo complementa. El microondas funciona, aunque habla poco. Si bien la estufa es medio maniática, te irás acostumbrando a su negligencia con el gas. Serán tu compañía cuando yo no esté.

Esta es tu casa. Bienvenida, Haier. Ya es tarde y voy a dormir. Por ahora, enfría. Del resto me encargo yo. Hasta mañana.

Han pasado varios días y aún no hay servicio de agua en el edificio donde vive Alfonso. Las reservas se han ido agotando. Solo queda la mitad del inmenso bidón que tiene en la sala. Los cubos están secos, al igual que las botellas de cinco litros. Alfonso ha ido postergando la humillante tarea de salir a buscar agua, pero la situación está llegando al nivel de emergencia. El bidón posee dos marcas. Una de color negro, justo por la mitad. Cuando el nivel llega ahí, es momento de ir a buscar agua en cualquier lugar cercano. Más abajo, hay una marca de color rojo que indica el nivel de emergencia. Alfonso ha estado en el nivel de emergencia en varias oportunidades. Conoce perfectamente los ataques de pánico que le produce quedarse sin agua. Tan solo pensar en el retrete repleto de heces le genera arcadas y un dolor en el pecho semejante a un bloque de cemento instalado de golpe en su esternón. Por eso, cuando el nivel alcanza la marca negra, se arma de una infinita paciencia y busca los botellones que usa para cargar agua. Son sendos recipientes que guarda acostados sobre los gabinetes de la cocina.

Así, con ambos botellones entre brazos, fue por sus respectivas tapas en alguna gaveta y se despidió de Haier, no sin antes escuchar un chiste de algún cubo refiriéndose al temor de Alfonso de ducharse con el agua fría de la nevera. Salió escuchando las risas estridentes de sus amigos.

En el ascensor se topó con un vecino. Alfonso evita establecer contacto visual con ellos. Prefiere mirar al suelo, procurando una actitud distante. El vecino pasó por alto la estratagema e inició una conversación trivial sobre la falta de agua. El tipo también llevaba un recipiente. Alfonso hizo un esfuerzo hercúleo por escucharlo.

—¿Cómo está vecino? Qué broma con el agua, ¿verdad?

Alfonso detesta el uso de la palabra vecino. Él no es ningún vecino. Un vecino habla con sus iguales, conversa, es jovial con todos en la comunidad. Él no saluda a nadie, él no intercambia palabras, ni siquiera mira a los ojos. Él es un fantasma de carne y hueso. Un desconocido. El tipo raro del piso once. Un ermitaño. Un asesino que guarda cadáveres en su apartamento. Y porque no se le ha visto con ninguna mujer, nunca, de seguro, marico. Un violador en potencia. Un loco que habla en las noches.

Vecino es sinónimo de chisme, pensaba Alfonso. Por ende mantenía una distancia prudencial con cada ser humano que vivía en el edificio. La distancia exacta que otorga el silencio. Esta vez, sin embargo, habló:

—¿Cómo crees que estoy? Estoy sin agua. Al igual que tú. Y por lo que veo, vamos a buscarla en el chorro de siempre.

Habló despacio, haciendo pausas exageradas para evitar oír de nuevo la voz de aquel sujeto.

—Es muy raro, vecino.

Alfonso lo miró fijamente. Intentó con todas sus fuerzas que se percatara de cuán fácil sería matarlo en cualquier momento, golpeándolo con su pipote. El tipo, a pesar de haber visto a Alfonso a los ojos, prosiguió:

—Hoy es viernes y ayer debieron poner agua. Seguro que algo pasó. Ay Dios, tener que aguantar esto, ¿hasta cuándo? ¿Verdad, vecino?

Alfonso respiraba como un toro de lidia en el centro del ruedo. Conforme se abrió el ascensor salió pateando el recipiente que el tipo había colocado en el suelo de la cabina. El balde rodó y dio tumbos contra el piso hasta detenerse cerca de los buzones de correo, justo donde nunca llegan los recibos. El tipo, asombrado, fue a buscar su envase murmurando algo mientras Alfonso avanzaba lo más rápido posible para evadir sus comentarios.

Afuera, la calle estaba inmunda. Los árboles soltaban sus hojas en una especie de otoño falso, mentiroso. Las hojas se confundían con el pantano seco y la polvareda amarillenta y el calor sofocante y las bolsas de basura abiertas por los perros callejeros y los mendigos hambrientos.

Caminó unas dos cuadras hasta llegar a una prefectura cerrada desde hace meses, donde había un tubo con una llave de mariposa. Por alguna razón, en ese tubo fluía un hilo famélico de agua. En la fila que se formó a partir del tubo la gente lanzaba teorías sobre el asunto. Opinaban, compartían explicaciones. No salía agua por los grifos de sus casas, pero ahí sí. El enigma era denigrante.

Alfonso llegó y se colocó en la fila. Llenar cada envase duraba una eternidad. Un señor con una pimpina se ubicó detrás de él. Después llegó una señora con una botella de ocho litros. Más tarde, un gordo con una olla. Así creció la fila a tal punto que Alfonso no logró precisar su final. Para controlar la ansiedad se preguntó cuántos de los que estaban allí habrían follado en las últimas veinticuatro horas. Estaba seguro de que la pimpina no lo había hecho en años, la botella de ocho litros, mucho menos. Dudó de la olla, porque lo veía con una actitud casi optimista.

Somos unos perdedores, pensó. Pero, solo él sabía que lo era. En eso radicaba la diferencia entre él y el resto de la humanidad. Todos inertes en la fila, al igual que en cada una de las otras colas que vivían a diario. Para comprar comida, para pagar el recibo de la luz, para tomar el transporte. El hilo de agua le generaba un desasosiego

insoportable. Sentía lástima de sí mismo y, más aún, por el resto de las personas que esperaban su turno.

Llenó por fin sus dos botellones y caminó de regreso a su casa. Un botellón en cada mano. Quince litros en cada brazo. Se sentía como un esclavo en una mina de África central. Google le había contado de los suplicios a los que eran sometidos esos pobres seres en las minas, bajo el sol inclemente, con el ébola acechándolos. Alfonso no podía hacer el viaje en un solo empeño. Se detenía cada cierto tiempo para descansar. En esos momentos podía escuchar a las personas en la fila, dándose ánimo, aterrados ante la idea de que el chorrito falleciera y se quedaran sin cargar agua.

En una de las paradas, faltando menos de una cuadra para su casa, escuchó el canto de una cigarra. Luego se le unió otra, luego otra. De repente eran muchas. Su canto era estentóreo, maravilloso. Alfonso se encontró rodeado por sus amigos de infancia. La risa de aquellos niños se mezclaba con su propia risa y con el canto de las cigarras sobre sus cabezas. Jugaban en el piso de tierra de un parque sin columpios. Las canicas volaban, golpeaban a sus compañeras. Alfonso se arrastraba como un reptil para apuntar mejor. Sus amigos trataban de amedrentarlo con gritos, hacían muecas para que fallara el tiro. Pero fracasaron. Perfecto fue el lance y dio en el blanco, en la canica de su mejor amigo, Rafael Tomás. Contrariado, el perdedor le entregó sus canicas ante las felicitaciones del resto de la pandilla. Jugaron una y otra vez hasta que cada uno se transformó en un cuerpo cubierto de polvo. Solo entonces Alfonso reconoció el silbido de su padre, dejó de jugar, salió del parquecito y atravesó una jardinera llena de cayenas y trinitarias floreadas. En esa jardinera, entre el edificio y el parquecito, Alfonso jugaba a las escondidas. Ahí besó por primera vez a una mujer que era una niña, su amiga Lisbeth. También había un chorro en donde llenaban los cubos los residentes del edificio y donde lo esperaba su padre, con dos baldes y un pequeño envase para él. Hacía calor a pesar de que el cielo anunciaba la llegada de la noche con un atardecer ocre que le producía al niño una melancolía inexplicable. Las cigarras cantaban más fuerte, despidiendo al sol que se ocultaba detrás del edificio. Alfonso y su padre llenaron los baldes. Se fueron hasta el apartamento donde su madre lo aguardaba con un pan dulce y el cuarto de baño listo para quitarle la mugre de la jornada. Las cigarras poco a poco se fueron callando hasta que la oscuridad las sorprendió y el cornetazo del transporte público sacó a Alfonso de su recuerdo y lo trajo de regreso a la realidad.

Apuró el paso, con dolor en los hombros, para de una vez por todas llegar a su apartamento. Vació el contenido de los dos recipientes en el bidón. Sabía que le esperaban, por lo menos, dos

viajes más, eso si acaso quería aguantar un par de días.

Tengo que aguantar, pensó.

Tengo que aguantar, dijo, en un susurro, con los dientes apretados.

Tengo que aguantar, dijo en voz alta, mientras caminaba, alrededor del bidón, como un perro que busca inútilmente morderse la cola.

¡Tengo que aguantar! Gritó con todas sus fuerzas hasta que se quedó sin aire y mareado cayó al suelo. Permaneció allí, abrazado a sus dos botellones, mientras su mente se vaciaba en el eco interminable de aquella frase repetida en cada célula de su cuerpo cansado.

Tengo que aguantar.

Me dolían los brazos, la espalda, las piernas, sobre todo las pantorrillas y la planta de los pies. Después de la miserable búsqueda de agua, mi cuerpo completo anhelaba unos masajes. Durante días he recibido mensajes de texto de Laura y Patricia, pero no he querido verlas. Me he dedicado a responderles frases intrascendentes ante sus pedidos para encontrarnos. Laura es la más insistente. Está casada, tiene dos hijos. Desde el apagón no ha parado de escribirme diariamente preguntando cómo estoy. Se puso muy intensa, así que decidí coordinar un encuentro con ella en el motel de siempre.

Llamé a TodoMoto para que me llevara hasta el matadero. Un motel de poca monta que, sin embargo, llenaba perfectamente mis exigencias. Oculto a la mirada de curiosos, quedaba en una calle por donde transitaban pocas personas y vehículos. Tenía una sola entrada. Ahí eran recibidos los huéspedes en una recepción con un vidrio negro que no permitía ver hacia dentro. La persona que atendía lo hacía a través de una gaveta de seguridad, como las que se encuentran en los bancos. Allí uno lanzaba el dinero y la identificación de cada uno de los huéspedes. De la misma manera te devolvían los documentos junto con la llave de la habitación. Yo coordiné con Laura para vernos a una cuadra del motel. TodoMoto me dejó en una esquina después de preguntarme con quién me iba a ver, que si la chica cogía bien. Quería saber el precio de la habitación para traer a su mujer de turno.

Laura llegó antes. Me gustan las mujeres tetonas. Ella las tenía apretadas dentro de un sostén de encajes y encima una blusa, con un escote descarado. Tenía puesto un jean que le hacía ver el culo más grande de lo que en verdad era. Yo odio esas prendas de vestir femeninas que engañan y te invitan a creer que la dama está divina, cuando en realidad es un efecto visual, una mentira inútil, porque la verdad llena de celulitis quedará al descubierto en pocos minutos. Llevaba puesta unas zapatillas de goma, un poco de maquillaje que no ocultaba unas ojeras recientes. En su hombro izquierdo, una cartera fea y enorme.

TodoMoto me dejó y se despidió. Saludé a Laura con un beso ligero en sus labios, ella se lanzó a abrazarme.

—Eres un hijo de puta, Alfonso. ¿Cómo te pierdes así? —dijo a mi oído. Yo sabía que me diría algo. El asunto era descubrir en qué momento lo haría.

Caminamos hasta la recepción. Debimos esperar a que atendieran a un vehículo. Llegó nuestro turno. El precio de la habitación había subido. Estos cabrones, no solo me atendían a través

de un vidrio negro, sino que además subían el precio mientras en la habitación colocaban jabones más pequeños y toallas encogidas de tanto sumergirlas en cloro y desinfectante.

Subimos por una pequeña escalera hacia el segundo piso. Escuchamos gemidos de placer. Estaba claro que venían de uno o más televisores, pues eran interrumpidos por frases en inglés. Oh, yes. Fuck me, please, fuck me. Encontramos nuestra habitación. Olía profundamente a desinfectante. El piso estaba húmedo. Probablemente la mucama no lo había secado bien luego de su faena de limpieza.

Como yo siempre tomo el lado izquierdo de la cama, me apresuré antes de que Laura pudiera decidir. Ella se tomó su tiempo. Encontró su lado, se sentó al borde del mismo, quieta, como intentando acostumbrarse al olor de la habitación y al sonido del aire acondicionado que yo había encendido apenas entré. Pasaron unos minutos que aproveché para desnudarme por completo, sin quitarme las medias. Ella se despojó de la blusa, luego fue el sostén. Sus maravillosos senos naturales quedaron en libertad. Eran enormes. Sus areolas parecían dos soles marrones con un par de pezones que, de solo verlos, me invitaban a ser un bebé.

Normalmente me acerco para que me haga sexo oral, pero esta vez le dije que me hiciera un masaje. Ella terminó de desnudarse y se sentó a mi lado. Me acosté boca abajo. Con ambas manos empezó a masajearme. También comenzó a hablar. De fondo, sonaba un ambiente musical mezclado con gemidos y las palabras en inglés. ¿Cuánta gente vendrá a coger a estas horas de la mañana en este motel? Oh, oh, fuck me hard, baby, hard.

—Ya no sé qué hacer con Manuel, Alfonso. Tú sabes que él es un patán, pero últimamente se ha convertido en una completa cagada. Yo siempre lo atiendo, en la casa todo está perfecto, no falta nada. Soy la esposa que cualquiera quisiera tener. Pero él llega, me ignora. Le cuento sobre los niños, sus tareas y lo bien que les va en el colegio, pero él sólo responde con un ajá, pegado al celular. Yo he pensado en revisarlo cuando llega medio borracho los viernes en la noche, pero no me atrevo. Se monta sobre mí, hediondo a cerveza, ron, cigarrillo. Me coge en minutos. No soporto el sabor de su paladar. Cada día está más gordo. Siento que me asfixio. Lo que quiero es salir corriendo, escapar de su aliento.

Me calaba el monólogo de Laura por la magnífica visión que tendría después del masaje, con sus tetas bailando y su rostro de placer mientras me cabalgaba. Fuck, yeah. Yes, yes, yes.

—Ajá.

—Yo estoy segura de que tiene otra. Lo he conversado con mi hermana. Ella me dice que lo deje. Que me vaya a la casa de mi mamá

con los dos niños. ¿Pero cómo hago, Alfonso? ¿Y de dónde voy a sacar la plata para el colegio, la comida? Tú has visto lo caro que está todo, mi amor. Claro que lo he pensado. Prefiero aguantar. Gracias a Dios no me lo hace tan seguido como antes. Últimamente tiene una obsesión con mi culo. Quiere hacérmelo por ahí. Pero no puede. No se le para, Alfonso. Entonces me dice que se lo chupe. Termina balbuciendo incongruencias hasta que se queda dormido. Parece una morsa de esas que aparecen en los programas de animales, ¿sabes? Y me da por ponerme a llorar, calladita, no vaya a ser que se despierte. Entonces pienso en ti, amor.

¿Cómo puede ser tan necia? Con esas tetas podría tener mil hombres y sacarles todo el dinero que quisiera. Pero ella cree en la tontería del amor.

—Voy a voltearme para que termines el masaje, mami.

—No me digas mami, Alfonso. Te lo he dicho tantas veces. ¿Me estás escuchando verdad?

—Ajá.

Sí, papi, así. Fuck me. Toma, toma, toma. Dame más duro, papi. Yes, yes, yes. Las voces en inglés empezaban a confundirse con jadeos en nuestro idioma. Me pareció que una cama golpeaba la pared que daba a nuestra habitación.

—El esposo de una de mis amigas, una que tiene a su niño estudiando con mi hijo mayor, tiene rato escribiéndome, Alfonso. Cada vez que lo hace me pongo muy nerviosa. Pienso en el patán de Manuel. Me manda fotos de su pene, desde el baño de la oficina en donde trabaja. Yo las borro enseguida. Me da terror que Manuel las descubra. El tipo es insistente. Incluso me envía mensajes cuando estoy en las reuniones del colegio, o cuando hay alguna exposición de los muchachos e invitan a los padres y representantes. Yo sé que me está mirando. Y su esposa como una tonta a su lado. Somos tan tontas. Su marido intenta montarle los cachos y yo estoy acá siendo una puta. Porque eso es lo que soy, Alfonso. Una puta acostándose contigo en este hotel hediondo a lejía mientras mi marido seguro está encima de la puta de su amante. Mi amiga es una puta tonta, con un marido tan patán como Manuel.

Coño. Llegamos a donde nunca quiero llegar. El llanto de Laura me fastidia. Es tan aburrida. Su historia mil veces repetida. Tener que sacarla de esa situación me genera la misma acidez estomacal que me produce la falta de agua.

—Ajá.

El golpeteo de la cama en el cuarto de al lado se hizo más intenso. Alguien rogó que no le dieran tan duro. Oh, baby, make me cum.

Abracé a Laura sin decir palabra. Recordé entonces por qué la

veo solo lo necesario. Masajeo su sexo con mis dedos. Es tan puta. Ella se fue calmando. Fui a sus tetas para chuparlas. Sus sollozos fueron poco a poco evolucionando a pequeños gemidos, luego a jadeos profundos. Mis dedos entraron en su sexo. Era claro que le gustaba. Yo no era el idiota de su marido. Yo no era el esposo de su amiga. Yo no era nada. Es tan maravilloso no ser nada de nadie. Solo un cuerpo dando, recibiendo placer.

Anda, móntate Laura y cabálgame mientras disfruto de la escena perfecta. No me había dado cuenta de que había espejos en el techo. Tenía tiempo sin venir a este matadero. Ahora entiendo por qué subieron el precio al rato de cuatro horas.

Laura se fajó como nunca. Yo creo que estaba descargando toda su frustración. Me dolió la cintura por sus brincos. Al terminar me apresuré para ir al baño. Ella suele ponerse romántica, así que aproveché el momento de éxtasis, luego de su orgasmo, para dejarla y darme una ducha, a solas.

En el baño del motel siempre me atacan dos temores. Uno, que no haya agua. En este caso, había. El segundo temor es que no haya agua caliente. Bañarme con agua fría me hace recordar los chistes de los cubos y la acidez estomacal suele aparecer. Por suerte había agua caliente. Me duché. Tenía meses sin sentir el agua caer sobre mi cabeza, sin darme un baño normal, sin pensar que en cualquier momento podrían cortar el servicio y terminaría con una segunda piel de jabón. Le dejé el baño a Laura.

Mientras ella se duchaba revisé mi celular. Había un mensaje de Patricia y uno del asilo en donde tengo a mi madre. Llamé a TodoMoto para que me viniera a buscar. Luego le dije a Laura que había recibido un mensaje urgente y tenía que irme de inmediato. Ella apenas salía de la ducha.

—¿No me vas a esperar, Alfonso?

Claro que no. No escuchaste lo que acabo de decir.

—Ajá.

—De verdad no sé por qué te busco, no sé por qué insisto para vernos.

Yo me hice la misma pregunta, solo que no la respondí. Sus tetas valían el hastío que me producía.

Cuando salí me encontré con la pareja que follaba en la habitación de al lado. Uno estaba uniformado, de policía. El otro era un negro transformista, con una falda cortísima, tacones inmensos y unas tetas operadas, tan falsas como su sonrisa.

Alfonso prefirió esperar a que le mandaran otro mensaje de texto desde el asilo en donde se encontraba su madre. Dos días después le escribieron rogando que se acercara al ancianato, no solo para ponerse al día con unas cuotas que debía, sino también para que trajera las raciones de comida para su madre.

El asilo quedaba bastante retirado del edificio en donde Alfonso vivía, así que llamó a TodoMoto para que lo llevara. Tuvo que aguardar toda la mañana porque Gustavo tenía algunos problemas con su moto. El repuesto que necesitaba no aparecía en ninguna parte. En la espera, Alfonso se dedicó a conversar con Haier sobre un posible trabajo, aún por confirmar, traduciendo algunos documentos para unos clientes que pensaban irse del país. No tenía certificación de traductor, pero había logrado adulterar una que le permitía firmar y colocar el sello de traductor colegiado. Si bien le había costado mucho dinero en su momento, gracias a la falsificación sus ingresos aumentaron. Haier lo escuchaba atenta y él, emocionado, le comentaba que, con el nuevo trabajo, podría incluso montar un tanque de agua en la cocina y así aumentar sus reservas mermadas por la crisis del servicio. No quiso comentarle sobre su encuentro con Laura. En cambio, los cubos lo atosigaron con preguntas sin respuesta. Alfonso los ignoró con descaro y ellos, ante el gesto de rechazo, decidieron que tomarían represalias.

Gustavo logró resolver el problema con su moto y pasó buscando a Alfonso al mediodía. Al llegar al ancianato, Alfonso le pidió que viniera a buscarlo en dos horas.

El asilo era una casa vieja de dos pisos con un pequeño patio en la parte frontal. Ahí los viejos llevaban sol durante el día. Un muro, como de dos metros, impedía mirar desde la calle hacia el interior del asilo. Una puerta de metal azul servía de entrada. Permanecía abierta y un señor como de ochenta años la custodiaba, mirando hacia la calle como un preso mira su libertad a través de los barrotes. Alfonso lo flanqueó e ingresó al patio sin decir palabra. Ahí estaban varios de los residentes. El calor del mediodía golpeaba con fuerza la piel, convertida en cuero, de varios ancianos que, sentados en unas sillas de plástico, mataban el tiempo sin hacer otra cosa que respirar. Escuchó música pero no logró descubrir de dónde provenía. Cruzó el patio, llegó hasta la puerta principal de la casa y entró. Se halló frente a la sala y el comedor, convertidos ahora en una especie de salón de usos múltiples. Había dos mesas de plástico con cuatro sillas cada una. Sobre las mesas había revistas, algunos libros y juegos de cartas. La

música brotaba de una radio que estaba en una de las mesas. Dos señoras escuchaban y una tercera leía. Al final del salón estaba la cocina, pero antes había una pequeña habitación que cumplía funciones de oficina. Adentro esperaba la señora Magaly, directora de la institución y autora de los mensajes de texto que había recibido. Tenía cincuenta años, era delgada, pero no tanto como sus pacientes. Usaba una bata de laboratorio de color azul, desteñida. Sus lentes de pasta debían pesar doscientas toneladas. Estaba sentada revisando unos papeles cuando Alfonso entró.

—Buenas.

—Buenas tardes, señor Alfonso. Por fin se dignó a visitarnos.

—¿Cuánto es el monto de la deuda?

—Vamos poco a poco, señor Alfonso. Es importante que usted sepa que la condición de nuestra institución es muy difícil. El gobierno nacional nos ha reducido la partida presupuestaria y ahora nos encontramos haciendo ajustes y adaptándonos a esta nueva situación.

—¿Cómo está mi madre y cuánto es el monto de la deuda?

—Entienda que hemos reducido el personal y ahora solo tenemos una cocinera que también atiende a nuestros huéspedes y cumple funciones de mucama.

—¿De dónde viene ese olor tan desagradable?

—Usted comprenderá que también padecemos los problemas con los servicios básicos.

—Dígame el monto que debo cancelar.

—Las dos empleadas que teníamos tuvimos que despedirlas. Las pobres chicas se robaban la comida de nuestros huéspedes. Estaban pasando un mal momento y preferimos prescindir de sus servicios. Por eso ahora pedimos la colaboración de los familiares y allegados, para que juntos y en comunidad…

—Voy a ver a mi madre.

—Ya le doy el monto, señor Alfonso.

Salió y subió por una pequeña escalera hacia el segundo piso. La escalera estaba al final del salón, junto a la cocina. Arriba había seis cuartos y dos baños. El olor a mierda era más intenso en la planta superior. Ninguna habitación tenía puerta. El penúltimo cuarto era el de su madre. Alfonsina estaba sentada en una silla de madera, frente a la ventana de la habitación. Había tres pequeñas camas. Una era de ella, las otras dos habían sido ocupadas por otras ancianas que, en ese momento, se encontraban en algún otro lugar del asilo.

Alfonsina tenía setenta y nueve años. Semejaba un fantasma. Llevaba puesta una bata que ocultaba un cuerpo tan enclenque como las patas de la silla desde la cual, sentada y en silencio, miraba pasar un aburrido desfile de nubes.

Alfonso tomó una silla que estaba junto al único armario de la

habitación. Se sentó al lado de su madre. Los dos miraban, a través de la ventana, al infinito.

—Mamá.

—Dios te bendiga, mi amor.

—Estoy aguantando.

—No te preocupes. Juntos saldremos de esto.

—Cada vez que vengo es lo mismo.

—Es lo mismo cada vez que alguien sale a la calle.

—Lo sé.

—Solo que esta vez nos tocó a nosotros, hijo mío.

—Sí.

—Es una desgracia.

—Es una humillación. Todos ustedes en esta pocilga.

—Todos nosotros pasando por este dolor.

—Me duele verte así.

—No llores, mi niñito.

—Hay que hacer algo.

—No hay nada que se pueda hacer. Ya lo comprenderás.

—Primero, voy a pagar la deuda.

—Aquí nadie paga, mi corazoncito.

—Luego voy a comprar tu comida.

—Hay cosas que no se pueden comprar.

Una nube ocultó al sol. La penumbra invadió la habitación.

—Qué olor tan desagradable.

—Así huelen los velatorios.

—Mierda.

—Sahumerios.

—No soporto este lugar.

—Tendrás que soportar ser el hombre de la casa, mi muchachito.

—Creo que lo mejor es desaparecer.

—Así es la muerte, Alfonso, hijo mío. Te sorprende sin avisar.

—A veces, cuando veo un mensaje de Magaly, pienso que es tu hora.

—Es la hora de salir y enterrarlo.

La luz del sol volvió a iluminar la habitación.

—Qué calor, estoy sudando.

—Un cementerio seco, gris, polvoriento.

—Debo irme.

—Se nos fue, Alfonso, se nos fue.

—Nos están quitando todo, mamá.

—Nos quitaron todo, hijo mío.

Alfonsina cerró los ojos y empezó a llorar. Él se puso de pie e intentó calmarla. Tenía miedo de abrazarla y quebrar sus huesos.

Tomó su cabeza con cuidado infinito. Empezó a acariciar el poco cabello blanco de la anciana. Recordó la canción que ella le cantaba cuando era niño y una pesadilla lo despertaba aterrado. Entonces, la llamaba desde su cuarto, sudando, temblando de miedo.

—Palomita blanca…— Alfonso empezó a cantar. Su voz tenía un solo tono, similar al de las contestadoras de los bancos. Un mantra cansado, soso, como el sonido de las cigarras que, a lo lejos, celebraban el calor sofocante.

—...ya pasó mi niño, aquí estoy…

Alfonso se acurrucó mientras su madre, sentada en la cama, lo fue calmando con cada caricia, con cada frase de la canción perfecta, recitada por la voz perfecta.

—...copetico azul…

Por más que cerrara los ojos, el miedo seguía ahí, esperándolo, agazapado detrás de los párpados, listo para someterlo. No obstante, su madre también estaba ahí. Con sus manos le recorría la cabellera, desde la frente hasta la nuca, una y otra vez, como olas del mar. Cada caricia le acercaba una porción de calma, de sosiego, hasta vencer el miedo.

—...llévame en tus alas…

El sueño volvió, inundándolo de paz. Se dejó llevar por la sensación de seguridad que lo embargaba. Su madre continuó hasta asegurarse de que su hijo dormía. Entonces lo arropó nuevamente y con un beso en la frente le dio la bendición, acercándose para escuchar la respiración acompasada de su amado hijo.

—...a ver a Jesús.

No podía creer que aun recordara esa canción. Por fin Alfonsina se había quedado dormida. Cargó el cuerpo de la viejita y la llevó hasta su cama. Pudo reconocerla porque las sábanas que usaba habían sido las suyas, años atrás. Allí la dejó, no sin antes revisar si todavía respiraba. No la besó.

La señora Magaly lo estaba esperando en el salón de usos múltiples. Hablaba con la empleada que se disponía a limpiar esa zona de la casa. Alfonso las interrumpió.

—¿Ya tiene el monto?

—Sí, señor Alfonso. Se lo mandé en un mensaje de texto. Le presento a Victoria. Ella es la empleada que le comenté. Cocina, limpia, y muchas cosas más.

—Espero que no seas una maldita ladrona.

—Señor Alfonso, por favor.

—Eso lo veremos.

Salió de la casa. En el patio estaban los ancianos exactamente en la misma posición. Nada había cambiado. El viejo seguía en la puerta azul, petrificado. Parecían maniquíes esperando la muerte.

¿Cómo es posible que Alfonso me deje en este motel de mala muerte? Ya no tiene ningún reparo en abandonarme después de cogerme como a una puta. Lo único que le faltó fue dejarme el pago en la mesa de noche. Ni siquiera se molestó en despedirse. Sonó la puerta de la habitación y cuando salí del baño, ya no estaba. Vestirse aquí es triste, aunque intento hacerlo con la mayor dignidad posible. Procuro mirarme al espejo y aunque me digo los mejores halagos, lo que veo no me agrada.

Estoy gorda.

Alfonso no me dice nada. Tengo el culo enorme y las tetas también. Menos mal que le fascinan, si no Dios sabe qué sería de mi autoestima. ¿Es que estoy tan necesitada de piropos que el simple hecho de que Alfonso adore mis tetas ya es más que suficiente para mí? Me conformo con tan poco. Tengo que comprarme ropa interior nueva. Pero, ¿para qué? ¿Para quién? No será para el estúpido de mi marido. Jamás se ha dado cuenta de eso, ni de nada. Nunca se ha fijado si estoy gorda, o flaca, o si tengo ropa interior nueva. Es tan bruto. No entiendo cómo pude haberme casado con alguien tan insensible. ¿Qué le vi a ese tipo? Me hago esa pregunta cada vez que lo tengo encima, jadeando. Este pantalón me queda algo ajustado. Con razón el motorizado de Alfonso me miró cuando se iba. Todos los hombres son iguales. Te miran el culo y se les para. Solo quieren meterlo por ahí. Alfonso es un tipo muy raro. No me lo pide. Jamás lo ha hecho. Probablemente le da asco. Es tan particular que prefiere los caminos tradicionales. Misionero. En cambio, a mi marido, el sexo anal se le ha convertido en una obsesión. Es insoportable.

Tengo que maquillarme.

La iluminación de estas habitaciones es pésima para maquillarse. Tengo que ir al baño porque allí es mejor la luz. Tengo cara de estar bien cogida. ¿Cómo se oculta eso? Alfonso termina, se da una ducha y en cinco minutos está listo. Me deja en esta mierda sola y ni siquiera está pensando si la gente sospechará que viene de cogerse a una mujer casada y con hijos. Nadie sospecha de los hombres. Ellos van por la vida sin pensar en eso. En cambio yo estoy acá, con esta cara de puta, pintándome los labios y poniéndome el rímel para luego ir al colegio por mi hijos. El bruto de mi marido ni me manda un mensaje, ni me llama. Nada. Está en su mundo. Alfonso está en su mundo. ¿Cuál es mi mundo? Seguro reviso el celular y tengo algún mensaje del otro tipo. También está en su mundo. No le importa que su esposa me conozca, que su hijo estudie con mi hijo. Nada. No le importa. A nadie le importa. Solo a mí. Por eso me maquillo. Es lo que

hacemos todas, nos escondemos detrás del maquillaje. Bajo las cejas pintadas, dentro de estos pantalones que rompen mi cuerpo en dos, montada en estos tacones que traje en mi cartera, guardo todo lo que necesito, incluso las zapatillas de goma que usé para venirme y que pronto cambiaré para, con diez centímetros de más, buscar a mis hijos. Debo aparentar que vengo de mi casa, bien vestida y arreglada, igual a todas las que vamos por nuestros infantes, hartas ya de atenderlos, de las tareas, de la labores de hogar. Hartas ya de nuestros maridos y de que nos monten los cachos sin compasión, mientras nosotras, nosotras queremos ser como ellos, pero no lo hacemos.

Tengo el cabello hecho un desastre.

Me lo recojo atrás y listo. Ahora debo salir. Sola. Como la puta que ya hizo su trabajo y sale a hacer otro servicio. Vale Alfonso, ¿por qué me haces esto? Al salir observo a ambos lados de la calle para ver si no hay nadie que me reconozca y vaya con el chisme al grupo de amigas del colegio: vi a Laura saliendo de un motel. Tan solo pensarlo me da terror. Ahora toca volver a caminar hasta el metro y soportar la vejación de ese lugar. No tengo dinero ni para tomar el taxi. Claro, me acuesto con Alfonso por pura necesidad. No tengo con quién hablar. Reconócelo, Laura. Alfonso te escucha y cuando te da por llorar te abraza y te consuela. Y no me molesta. Soy yo la que le escribo. Él me respeta. Respeta que estoy casada. No como el otro, que me manda esas fotos mostrándome su verga, diciéndome todo lo que me quiere hacer. Llego al colegio y veo a mis hijos. Me piden para comprar helados. Me hablan de sus tareas. Me martirizan con sus exigencias. Que los ayude con sus bolsos, que están cansados, que tienen hambre, que quieren ir al cine. Otra vez el metro, pero con los dos niños. Me reclaman. Saben que es una odisea espantosa. Cuando llegamos a casa el ascensor está dañado. Tiene meses dañado, años dañado. A subir por las escaleras, otra vez. A preparar el almuerzo mientras ellos salen disparados a ver televisión, otra vez.

No hay agua.

Es verdad que me duché en el hotel, pero todo se perdió en la hediondez del vagón. No quiero ver el celular. No quiero cocinar. No quiero ver la televisión. Quiero desaparecer por el sifón del lavaplatos. Ellos comen desaforados. Los observo y me pregunto si cuando crezcan serán como su padre. Intento que no me importe. De verdad lo intento. Soy incapaz de ser como ellos. Maldita sea la vida que me hizo mujer. Me voy a acostar. Prefiero dormir toda la tarde. Aislarme y no pensar que debo fregar todo con un cubo y luego calentar el agua para que mis hijos se bañen. Esperar a que llegue mi marido, hediondo y hambriento. Dormir para siempre y despertar siendo otra. Una mujer distinta, indiferente a todo. Una mala madre, una mala esposa, una mala amiga. No debí casarme. No debí hacer millones de

cosas. Pero me perdí, me hice un laberinto y ya no puedo escapar. ¿Cuando me acuesto con Alfonso soy otra persona? No soy la misma Laura que todos ven. Me dejo meter los dedos y cabalgo con fuerza. Soy distinta. No soy la misma que soporta el aliento asqueroso de mi esposo. Soy dos. Y debo ser las dos para sobrevivir. Para soportar todo esto debo ser las dos. Sobrevivir es ser una más. Una más a la que se traga el aliento de otro. Otra con los dedos bien adentro. La que nadie ve. La que no se acuerda si hoy ponen el agua. ¿Alfonso habrá llegado bien a su casa? ¿Será que le escribimos? Mejor no. No vaya a pensar que soy un fastidio, o que voy a reclamarle porque me dejó sola. Mejor esperar. Un día o dos, mejor. Le escribiré para saber qué era eso urgente que debía hacer. Seguro tiene que ver con su mamá. Qué tonta soy. Como si él se preocupara por ti, Laura. Ahí está. Otro mensaje del esposo de mi amiga. Otra foto. Toca borrarla antes de que mi esposo la vea. Ya son las ocho de la noche. Hora de luchar para que los niños se duerman.

Llegó el agua.

Mientras tanto, él sigue en el cuarto, frente al televisor. El agua llegó, hay que llenar todo otra vez. También debo cumplir con mi rol de esposa. Soportar su aliento. Ponerme de espaldas. Dejar que lo intente.

Jadea. Maldice hasta que se duerme.

Quiero llorar, pero llorar dos veces en un mismo día es patético. Dos no somos suficientes. Voy al baño y veo mi celular. Otra foto del tipo. ¿Qué estará haciendo mi amiga? Seguro está recogiendo agua, igual que yo, igual que todas en esta ciudad. Voy a decirle para vernos mañana. Me dice que sí. Por primera vez voy a ser tan insensible como él, como mi esposo, como Alfonso. Le doy la dirección del mismo hotel al que fui hoy. Dice que sí. Que lo conoce. Es un hijo de puta. Le digo que el servicio tiene un precio. Él pregunta, como si fuese parte de un juego morboso, cuál es el precio. Le doy el monto. Se tarda en responder. ¿Tú cobras? Claro. Eres una puta, entonces. Y tú un cabrón. Mañana nos vemos. Mañana nos vemos.

Salí del asilo esperando encontrarme con TodoMoto en la acera, pero me di cuenta de que faltaban quince minutos para la hora acordada. Sentí que había estado siglos dentro del asilo. Decidí ir a comprar la comida para mi madre en un automercado a tres cuadras del ancianato. El sitio estaba surtido con lo esencial y eso fue lo que compré. Carbohidratos para mantener la energía en el minúsculo cuerpo de mi vieja y algo de proteínas. Sobre estas últimas tenía mis dudas. Podrían representar una tentación para Victoria, pero tenía que asumir el riesgo. Regresé al asilo y me encontré con Gustavo. Le dije que me esperara mientras yo entregaba las provisiones. El viejo de la puerta seguía sin moverse. Fui directo hasta la cocina. Ahí estaba Victoria con la bruja de Magaly. La oportunidad era perfecta para matar dos pájaros de un solo tiro.

—Acá está la comida para Alfonsina. Si me llego enterar de que se perdió, de que se la robaron, o de cualquier otra irregularidad, vendré a quemar todo este lugar y les haré un favor a todos estos viejos moribundos.

Me di la vuelta sin esperar respuesta de ambas mujeres. No quería estar un segundo más en aquel sitio tan denigrante. El viejo de la entrada seguía inmóvil. Me causaba una molestia infinita verlo allí, como el portero inútil de un establecimiento que nadie visita. Era patético. Se me ocurrió empujarlo hacia el patio del asilo y cerrarle la puerta en la cara. Eso fue lo que hice. El viejo trastabilló. Cerré la puerta. Me percaté de que tenía una pequeña ventana, de esas que se abren hacia adentro para ver quién toca el timbre. Me monté en la moto de Gustavo y pude ver al viejo abrir la pequeña ventanilla, sacar el brazo y hacerme una higa con su dedo flaco y arrugado. El viejo está vivo, pensé. TodoMoto soltó una carcajada y encendió la moto.

Cuando llegué al apartamento vi que habían colocado varios trapos en el piso, al ras de la puerta. Los trapos estaban empapados. Mi casa se había inundado. ¿Cómo pasó esto?¿No es el jueves cuando ponen el agua? ¿Por qué se había inundado mi casa? Pensé en los cubos. Esos mal nacidos se vengaron. Seguro habían preparado el complot con las hipócritas botellas de cinco litros. La combinación fatal: envidia y celos. Una conspiración para medir sus fuerzas y comprobar si aún soy el hijo de puta de siempre o por fin me había debilitado con la presencia de Haier. Lo cierto es que he estado esperando esta revolución desde hace mucho tiempo. Una asonada que vienen fraguando desde que murió GE y se precipitó con la llegada de mi nueva y hermosa nevera. Luego me encargaría de ellos.

Abrí la puerta sin quitar los trapos que servían de represa y

entré al apartamento. El agua cubría toda la pequeña sala, el comedor. Caminé hasta la cocina. El mismo espectáculo. Miré hacia el cuarto. El apartamento tenía una leve inclinación que impidió al agua llegar hasta mi habitación. Un cubo yacía justo encima del desaguadero que está en la cocina. El agua no había encontrado por dónde drenarse. Mis sospechas habían sido confirmadas.

Me fui a la habitación para cambiarme y empezar la miserable tarea de sacar el agua de mi hogar. Descalzo, con un haragán, comencé en la cocina para confirmar que el desaguadero no estaba tapado.

Mientras sacaba el agua, inspeccioné debajo del fregadero. Una de sus tuberías goteaba. Maldije a la junta de condominio y le deseé una muerte dolorosa a cada uno de sus integrantes. Poner el agua sin avisar es de una profunda maldad. Decidí que nunca más pagaría las cuotas del condominio.

No sé cuánto tiempo tardé retirando todo el agua. Apenas oscurecía cuando sonaron los disparos en el barrio detrás del edificio. Yo estaba en la sala terminando de secar el piso cuando comenzó el tiroteo. Eran ráfagas de ametralladora intercaladas con detonaciones aisladas. A mí ya no me afectan. Esas escaramuzas son comunes en muchos barrios de la ciudad. Más bien, me hace feliz. De esa manera mueren algunos hampones, borrachos, drogadictos y otras alimañas que viven en esos guetos.

De pie en el balcón, celebré cada ráfaga que escuché. Era como asistir a un partido de algún deporte, de esos que mueven masas. Estaba oscuro. Podía ver los fogonazos saliendo de cada arma. Un show maravilloso. Algunos residentes apagaban las luces de sus apartamentos y los escuché gritar, asustados, muertos de miedo, seguramente tirados en el piso o escondidos detrás de algún mueble. Yo no. Yo les gritaba a los del cerro, desde mi balcón, animándolos a que se mataran.

—¡Dale! ¡Fuego, fuego!

—¡Lo van a matar, vecino! ¡Métase en su casa!

¡Cobardes! ¿Le temen a la muerte cuando ya están muertos? Muertos de miedo, muertos de hambre, muertos de tanta desidia, de vivir como bestias, brutos de esperar los quince minutos de felicidad que da llenar los cubos, idiotizados, esperando el día jueves, instante de la redención, para resucitar como gente medianamente civilizada, de esa que se queda mirando cómo el agua sale por el grifo en sus casas, celebrando con gritos, corriendo de un lado a otro, llenando cada envase, orando para que dure una hora más, diez minutos más, cinco minutos más antes de que el hilo de agua desaparezca y solo salga el ronquido del aire que se va apagando hasta golpear el silencio.

No me importa.

Permanecí en el balcón, contemplando cómo se mataban en el barrio hasta que los disparos aminoraron. Supuse que se quedaban sin balas. No son eternas. No se recargan como en los juegos de video, donde aparecen municiones en alguna esquina para que la masacre continúe. No. Todo terminó. Las luces de los apartamentos se encendieron. El barrio volvió a la normalidad después de la refriega. Un mal nacido puso música y me pregunté por qué no lo habían asesinado de una vez por todas. Llegó la policía en sus vehículos negros, con sus uniformes negros, cubriendo sus caras con sus pasamontañas negros, con sus armamentos negros. Ahora eran ellos quienes disparaban. Ahora sería el turno de los ranchos de quedar a oscuras. Escuché los gritos que venían del cerro y otra vez me deleité con la luz de los fogonazos y el sonido seco de los percutores haciendo su trabajo.

No me importa.

Permanecí sentado en el piso, junto a GE y a mi enorme bidón, hasta que la segunda ola terminó y se encendieron las luces de colores de las patrullas. El espectáculo había terminado. Yo estaba exhausto. Como pude, me levanté. Fui a mi cuarto para dormir.

Acostado sobre la cama traté de imaginar el número de víctimas. Al día siguiente comprobaría si mis cálculos eran correctos. Una reseña en la prensa local aparecería con un titular escandaloso, en mayúsculas, como siempre.

No me importa.

La música volvió a sonar y me quedé dormido.

LA CANDELA

Estaba acostado, con la boca entreabierta, cuando una gota golpeó su paladar. Luego otra. Su lengua empezó a moverse, tanteando el líquido desconocido que caía del techo con precisión. Era agua, sí. Pero tenía un sabor distinto, exacto al olor que despide la tierra mojada tras la lluvia. Cada gota caía dentro de su boca y rodaba por su garganta directo hacia su estómago. Cuando este se colmó, hasta no soportar ni una gota más, el agua empezó a chorrear por la comisura de sus labios, pasando por su mentón y su cuello hasta llegar a la cama. El goteo, desde el techo, se convirtió en un hilo de agua. Los grifos de la casa comenzaron a toser. Se ahogaban y expulsaban un esputo que salpicaba hacia todas partes. La ducha también escupía. La tos general se convirtió en un chillido fijo y estridente, seguido de un chorro de agua semejante en potencia al de un camión de bomberos. Comenzó una bacanal sin control. Cientos de litros por segundo inundaron el apartamento. El tanque del inodoro estalló por la presión del agua mientras las paredes cedían, poco a poco, dejando al descubierto las tuberías que temblaban y se retorcían como un ofidio que engulle a su presa. El nivel del agua crecía con una rapidez demoledora, alcanzando en pocos minutos la altura de la cama en donde empezó a flotar con su almohada y las sábanas que usaba para arroparse. Los grifos se habían hecho más grandes, sus bocas eran más anchas. La regadera de la ducha era un dragón chino que bramaba y cabeceaba. En poco tiempo, la cama empezó a flotar junto a la mesa de noche. El agua ya alcanzaba más de un metro de altura dentro del apartamento. No tenía escapatoria. Las ventanas eran herméticas y no permitían que el líquido fluyera hacia el exterior, como en una pecera. El nivel llegó hasta el techo. Trenzas de zapatos se ondulaban cual parásitos. Los cubos, las botellas de cinco litros, el bidón, danzaban como medusas plásticas en un acuario. Él, en posición fetal, permanecía ingrávido, esperando el alumbramiento. Un gorgoteo ensordecedor le hizo abrir los ojos. Se vio en completa oscuridad. No podía hablar y sintió miedo. Intentó moverse y entonces se dio cuenta de que estaba en un espacio distinto, sin peso. El tiempo transcurría en otro orden. Una luz repentina lo encandiló y sintió que una corriente poderosa lo halaba hacia ella. Escuchó los gritos de una mujer que pujaba con fuerza. La marea desconocida se intensificaba con cada grito. Percibió el dolor de la mujer mientras un chorro lo expulsaba a la superficie. Ahora respiraba y flotaba en un infinito mar ocre, rodeado por millones de baldes que, de todos los tamaños y formas, flotaban a su lado. Desplazarse entre tantos bidones y pipotes era una tarea complicada. No bastaba con plagar cada rincón del mar,

los recipientes de plástico lo insultaban y le proferían las ofensas más hirientes posibles. Poco a poco logró llegar hasta la orilla y tocó tierra firme. Vio un par de zapatos nuevos, sin trenzas, le dio miedo agarrarlos. Adornados con medallas y condecoraciones, una comitiva de cubos lo esperaba para escoltar su camino hacia el Rey Tanque, un cilindro metálico del tamaño de una montaña, rodeado por todos y cada uno de sus súbditos. Se sintió diminuto frente a aquel gigante. Se miró las manos y se dio cuenta de que ahora eran pequeñas. Igual había pasado con sus brazos y sus pies. Su cuerpo era el de un niño a los diez años. El juicio estaba por comenzar. El niño intentó correr, como cuando un perro lo asustaba ladrando a través de las rejas de una casa. Pero no podía. Estaba petrificado. El juicio comenzó. El niño vio gran parte de su vida proyectada en la superficie del Rey Tanque. Durante cada escena, los súbditos abucheaban al protagonista de la película. El niño escapándose de clase, tareas sin terminar, un vuelto que no entregó a sus padres luego de comprar pan en la esquina de su casa, un secreto que no guardó, una pelea con su amigo Rafael, luego vomitando porque odiaba las remolachas, masturbándose sin poder eyacular montado en un árbol para que no lo vieran, ojeando las revistas de adultos de su papá ocultas en la cuarta gaveta del closet y, por último, el gran final: mamá llorando en la sala de la casa y él, incapaz de comprender la situación; vecinos que rodean a su madre, la consuelan y él, perdido, con sus pantaloncitos cortos, tratando de asimilar el caos de gente que entra y sale de la casa; dos policías que se llevan a su madre y él, recibiendo las palmaditas en la espalda que le da su vecino. Los cubos abuchean con más fuerza. El niño grita. Yo no entendía nada. No comprendía lo que pasaba. Era solo un niño. Era solo un niño. ¿Qué podía hacer? Los cubos responden: venganza, venganza, venganza.

Apenas abrió de nuevo los ojos se encontró empapado de sudor. Tenía la boca seca y jadeaba. Eran las seis y media de la mañana. Lo despertó el timbre del teléfono que anunciaba la llegada de varios mensajes a su bandeja de entrada.

¿Cómo estás Alfonso?

Era Laura. No quiso seguir leyendo. Pasó al siguiente mensaje mientras su respiración se calmaba y las pulsaciones de su corazón volvían a la normalidad.

¿Cuándo nos vemos?

También Patricia le había escrito. Le contestó.

El último mensaje era sobre el trabajo de las traducciones. Tenían varios días esperando por su respuesta.

Hemos aceptado su presupuesto. Por favor revise su correo electrónico.

Se sentó en el borde de la cama y usó las manos para

restregarse con fuerza la cara mientras pensaba si podría existir alguna forma, alguna manera, de vengarse.

Decidí contactar a las personas que habían aceptado el presupuesto para las traducciones. Me levanté y, sin pasar por la rutina denigrante de cepillarme los dientes con el envase de margarina, fui directo hasta la pequeña mesa que tengo en el comedor. Allí descansaba mi laptop, esperando para abrir sus fauces. Aún estaba oscuro y hacía un poco de frío. Le di al interruptor de la luz de la sala y nada pasó. Maldije al bombillo por haberse quemado.

Caminé hasta la cocina. El piso estaba helado y me causaba una sensación de desasosiego terrible. La luz de la cocina tampoco encendió. No era culpa del bombillo, había ocurrido un apagón.

Entonces fui hasta la puerta de mi casa, la abrí. En el área compartida por los cuatro apartamentos del piso había luz.

Así que el problema era yo.

Maldito sea el gobierno y todos y cada uno de sus empleados. Me habían cortado el servicio de electricidad. Tener que salir a pagar para que me restablecieran el servicio me provocó la acidez estomacal de turno. No quise tomar café, ni hablar un rato con Haeir. Permanecí de pie, al lado de GE, intentando trazar un plan para resolver, lo antes posible, la situación. Llamé a TodoMoto. Estaba ocupado haciendo un servicio fuera de la ciudad y regresaría al finalizar el día. ¡Qué cagada! Tendría que vestirme, salir, desayunar donde el portu y tomar el transporte público hasta la oficina de joder al cliente de la compañía estatal de electricidad..

Me vestí lo más rápido que pude y salí del apartamento. El dolor en la boca del estómago se agudizaba. El ascensor se abrió y allí estaba la mujer de maravillosas tetas junto a un tipo que jamás había visto. Entré sin saludar, como siempre. La puerta se cerró y el elevador empezó su descenso. Me coloqué en una esquina mientras la pareja se mantenía en el vértice opuesto, al lado de los botones. Ella miraba su celular, él intentaba hablarle al oído e insistía en agarrarle la mano. El ascensor se detuvo y se abrió en el piso tres, vacío. Alguien, cansado de esperar, había decidido bajar por las escaleras. Las puertas volvieron a cerrarse y pude escuchar los susurros del tipo:

—¿Qué te pasa, mami?

Tal vez en un intento por calmarse, ella cerró los ojos, pero no le dio resultado. Con un movimiento brusco, giró la cabeza hacia él y le dijo, apretando los dientes:

—No vuelvas a decirme mami, nunca más.

La puerta del ascensor se abrió en la planta baja. Me disponía a salir cuando la mujer empujó a su acompañante fuera del elevador.

—¿Qué te pasa, loca? —dijo el hombre, absolutamente

sorprendido por el giro de los acontecimientos. Parecía una escena de una mala telenovela en el horario Premium de las nueve de la noche. Entonces ocurrió lo imposible.

—Alfonso —sabía mi nombre—, ¿me puedes acompañar a mi casa, que olvidé mover un balde de agua? Es muy pesado.

Eso dijo mientras sostenía la puerta del ascensor con toda la intención de que el tipo escuchara, esperando mi respuesta.

—Claro —contesté.

Soltó la puerta y esta se cerró sin dar tiempo al hombre para que reaccionara. Pudimos escuchar cómo sus gritos, insultándola, se iban apagando mientras el elevador se alejaba.

—Gracias.

—De nada.

Era muy difícil no mirarle las tetas. La acidez estomacal había desaparecido.

—Ese tipo me tiene completamente harta.

—Se nota.

—Disculpa, tal vez estabas apurado y te estoy retrasando con todo este espectáculo.

—No te preocupes.

Pensé si podría sacarle por lo menos el desayuno.

—En verdad, gracias.

Parecía honesta, aunque yo nunca le creo nada a las mujeres, menos aún con las tetas operadas.

El ascensor se abrió en el piso diecisiete.

—Bueno, otra vez, gracias. Me llamo Yolanda —dijo, estirando su mano derecha, protocolar.

—Alfonso —dije, tomando su mano con la mía —, pero eso ya lo sabías.

La miré a los ojos, luego volví a sus tetas divinas, solté su mano y apreté el botón que decía PB.

Me pude haber quedado más tiempo disfrutando de su escote y de sus labios recién pintados, pero tenía demasiada hambre y resolver lo de la luz me martilleaba el cerebro e inhibía el morbo.

Durante el descenso me preparé para una golpiza con el tipo, quien probablemente estaría esperando abajo para brindarme la oportunidad maravillosa de reventar mis nudillos sobre su rostro enrojecido por la sorpresa. Me desilusionó no encontrarlo en la planta baja, ni en las afueras del edificio.

Caminé hasta el restaurante del portugués.

—¿Lo de siempre?

—Sí, portu.

La calle empezaba a palpitar con fuerza. En el restaurante, varias personas desayunaban en la barra. Había un televisor

empotrado en la pared y la gente miraba y escuchaba el noticiero matutino. Una mujer, vestida como si fuese a una boda, narraba las noticias.

—Un enfrentamiento entre bandas, con la posterior participación de las fuerzas del orden público, dejó como saldo el lamentable fallecimiento de quince personas. Los hechos ocurrieron en horas de la noche en la zona oeste de la ciudad. Entre las víctimas se encuentran dos menores de edad.

Esta vez casi acierto. Había calculado catorce personas. De contar a los dos menores como un solo adulto, entonces habría triunfado en mi pronóstico. Me tomé el café con cierto aire de satisfacción. Le pagué al portu, no solo ese desayuno, sino todo lo que le debía desde el día del maldito apagón. Me fui hasta la parada para esperar el transporte público.

Odio las mañanas. Todos están bien vestidos y tienen ese aspecto de empleados dispuestos a darlo todo en sus respectivos cargos, cuando en realidad aborrecen sus trabajos de la misma manera que yo los odio a ellos. Pantalones planchados, camisas monocromáticas con cuellos duros y ajustados, corbatas, zapatos intentando verse limpios, faldas cortas con algún hilo queriendo escapar, tacones desgastados, maquillajes manchados con el polvo amarillento de las calles, cabellos mojados, viandas con los almuerzos fríos y la mirada de todos puesta en el horizonte, allá, al final de la avenida, por donde vienen los autobuses repletos de gente.

En la parada se había establecido una fila para montarse. Pero, muchos de los que allí esperaban no buscaban sus posiciones en la fila, simplemente se mantenían alertas como una manada de hienas, acechando, esperando que llegara el siguiente autobús para entonces abalanzarse con violencia y montarse en la unidad de transporte. Yo era uno de esos. A veces, me colocaba unos metros antes de la parada en sí, de tal manera que, conforme el colectivo empezaba a detenerse, yo me lanzaba hacia la puerta aún en movimiento. Una vez arriba, nadie podría bajarme de allí. Me aferraba con todas mis fuerzas a las agarraderas oxidadas rezando por que no fueran a desprenderse mientras me sostenían a mí y a varios que hacían lo mismo que yo.

Esperé que pasaran dos autobuses para estudiar a los competidores. Hay unidades que tienen solo una puerta, pero también las hay con dos, una de ellas en la parte trasera. Ese era mi objetivo. Ya el sol empezaba a causar estragos. El sudor dañaba los maquillajes y hacía transpirar las axilas. Pude ver a los lejos cómo se acercaba un autobús con puerta trasera. Corrí hacia la unidad que se encontraba a unos doscientos metros de la parada. Otros siguieron mi ejemplo, pero ya era tarde para ellos. Yo había tomado la delantera. A unos cien metros de la parada había visto un hueco enorme en el asfalto, lo que

obligaría al autobús a bajar la velocidad y casi detenerse. Ese era mi as bajo la manga. Me monté por la puerta trasera mientras el autobús dio un brinco al caer en el hoyo inmenso. La unidad estaba completamente abarrotada de pasajeros. Usando los codos logré escabullirme hasta el segundo escalón, el que suele llevar al pasillo central del transporte. Un tipo que estaba a mi lado gritó:

—¡Cierra la puerta, chofer! ¡Ya no cabe nadie más!

La puerta se cerró dejando fuera a varios que intentaban ingresar a la unidad. El autobús no se detuvo en la parada. Unas personas nos vieron pasar, en silencio. Otros miraron hacia el piso, no sé si resignados o buscando alguna piedra para lanzarla y romper las ventanas del autobús.

Poco importaba al chofer que fuésemos apretados, casi al borde de la asfixia, sudando como judíos en los vagones de los trenes rumbo a Auschwitz. Tampoco le preocupaba que estuviéramos atormentados con la música que salía por unas bocinas empotradas a lo largo del autobús. Era inconcebible para mí ver a algunos de los pasajeros tararear las canciones, disfrutando del estruendo de esas melodías nauseabundas. El desgraciado aceleraba y frenaba y todos nos golpeábamos unos a otros, resistiendo los efectos de las leyes de la física, esas que el muy ignorante obviamente desconocía.

Luego de unos cuarenta minutos de pesadilla, llegamos al centro de la ciudad; un hervidero de gente, puestos callejeros y olores indescifrables. La acera que alguna vez había sido gris, ahora tenía una costra inmunda y grasosa. Me bajé sin pagarle al mal nacido.

No recordaba en dónde estaba la oficina de la compañía de electricidad. Le pregunté a un tipo que vendía cientos de objetos inservibles dispuestos sobre una manta tan sucia como la acera.

Clavos, tornillos, pilas, partes de electrodomésticos, libros, revistas, zapatos y un sin fin de objetos que, si bien pudieran estar en cualquier vertedero de basura de la ciudad, yacían ahí, listos para ser vendidos.

Caminé algunas cuadras, llegué a las oficinas. Afuera, un cartel enorme recibía a los visitantes: Iluminando Vidas.

El sitio estaba repleto de personas. Apenas pasé la puerta de entrada, un hombre se me acercó y me preguntó sobre el motivo de mi visita.

—Vengo a pagar, porque me cortaron la luz.

—Tome este papelito y espere su turno.

El papel era un cuadrado diminuto, de unos cinco centímetros. Por un lado se podía ver que era de una hoja reciclada. Por el otro estaba escrito un número: 321. En el sitio había unas veinte taquillas. Las sillas para sentarse a esperar estaban ocupadas. Permanecí de pie. Un timbre anunciaba el número a ser atendido apenas este aparecía en

tres pantallas ubicadas de forma tal que pudiera ser visto por todos los idiotas allí presentes. El timbre sonó y vi la pantalla: 125. Tenía exactamente ciento noventa y seis personas por delante.

La acidez estomacal volvió.

¿Sentirán lo mismo que yo? Me di cuenta de que todos estaban ausentes, dejando que el tiempo pasara. Cuando el timbre repicaba, al unísono miraban hacia las pantallas y luego hacia sus trozos de papel, de regreso a su estado catatónico previo. Absolutamente pavloviano.

Permanecer allí era una tortura. Salí de la oficina y busqué dónde sentarme sin alejarme mucho, atento a mi turno. A dos cuadras estaba la plaza central; un cuadrado perfecto, con jardines descuidados, rodeados de pequeñas rejas oxidadas y algunos bancos dispuestos en los pasillos que conducían hacia su epicentro, ocupado por la estatua de un prócer cuyo caballo parecía querer saltar del pedestal y huir galopando de aquel horror.

Unos niños jugaban con canicas y trompos en unos de los jardines, convertido ahora en un campo yermo con algunos arbustos moribundos. Las cigarras empezaron a cantar.

Mi trompo tenía tres colores. Eran tres franjas horizontales, una blanca, una azul y una roja. Papá me lo regaló cuando cumplí ochos años. Casi siempre, cuando la noche se acercaba, yo miraba cómo se encendían los postes de luz y sabía que él estaba por llegar. Entonces pasaba por el parque, me encontraba jugando con mi amigos y me sorprendía diciendo mi nombre, engolando la voz como si fuese otra persona. Pero, yo sabía que era él. Dejaba lo que estaba haciendo y corría a su encuentro para abrazarlo con fuerza ante la mirada de envidia de toda la pandilla.

Sigue jugando, me decía, te llamo en un rato.

Yo regresaba al parque, bajo el canto y la orina de las cigarras.

Un buen día escuché la puerta y su voz que me llamaba.

—¡Alfonso!

—Voy papá.

Salí de mi cuarto. Papá esperaba mi salida con su mano derecha extendida.

—Feliz cumpleaños, hijo.

Me entregó un pequeño paquete, envuelto en papel de regalo. Lo tomé y lo abrí de inmediato. Era una caja, sin pistas que me revelaran su contenido. Mi mamá nos miraba desde la cocina, ya se podía percibir el aroma de la cena. Dentro de la caja estaba el trompo y un cordel de un poco más de un metro de largo.

Aquella noche me fue imposible dormir en paz. Para poder mirarlo desde la cama, dejé mi trompo sobre el estante, donde estaban colocados mis juguetes y algunos libros. La emoción ante la posibilidad de usarlo al día siguiente era tan fuerte que me desperté

varias veces durante la noche.

Llegó la mañana y no esperé el desayuno. Salí de la casa a comprar el periódico para mi papá y le pedí un pequeño pedazo de papel de lija al zapatero, quien tenía un puesto de trabajo a una cuadra de la casa. Regresé con el periódico y me dediqué a quitarle las barras de colores al trompo. Sabía que si me veían llegar con el juguete aún pintado, mis amigos me echarían broma hasta el hartazgo. Ya nos habíamos burlado de Pepe la vez que llegó con su trompo tricolor. Terminé mi trabajo y, cuando me disponía a salir, escuché a mi papá llamar desde su recámara.

—¿Le cambiaste la punta?

—No, papá. No sé hacerlo.

—Vamos a ello.

Sentarme con él, en la sala de la casa y con su caja de herramientas, era algo sublime. Sin camisa, mostrando una barriga protuberante, con un alicate y quirúrgica destreza, le extrajo la punta al trompo. Luego, buscó en su caja un tornillo que tuviese el mismo grosor, le cortó la cabeza y lo atornilló en el juguete. Ahora sí que estaba listo para la lucha.

—Cuídalo y revienta muchos trompos.

Salí de la casa con lágrimas en los ojos, sintiéndome preparado para cualquier combate en el parque. Estuve toda la mañana lanzándolo, una y otra vez, hasta que la punta por fin se volvió una seda que no me maltrataba al subirlo en la palma de mi mano. Poco a poco fueron llegando mis amigos. Todos me felicitaron.

—¿Cómo lo lanzas tú? —preguntó Rafael Tomás.

—Con la punta para arriba —dije y el guaral repicó como un látigo y el trompo zumbó levantando el polvo del campo de batalla.

Uno de los trompos cayó cerca de mis pies. Vi al niño que se acercaba, con pena, a buscarlo. El trompo todavía giró unas pocas vueltas, luego se tambaleó y se detuvo. Lo tomé y pude sentir que era de plástico. No de madera, como los hacían antes, como el mío.

¿Dónde estará mi trompo? ¿Estará girando en algún terreno baldío? Ahora todos los hacen de plástico. ¡Qué porquería! Estuve a punto de lanzarlo al medio de la calle para ver cómo se destrozaba en cientos de pedazos. Lo volví a dejar en el piso y me fui otra vez a la oficina de la compañía de electricidad. Ojalá no haya perdido mi turno.

Algunos gallos cantaban cuando sonó la alarma del celular de TodoMoto. Eran las cinco de la mañana. Dormía en una cama King con sus dos hijos. La casa era de un solo ambiente. La puerta principal era de latón reforzado con unas cabillas que la atravesaban formando un cuadro cubista. Un rectángulo, dividido por una cortina, representaba el espacio disponible para su vida en familia. De un lado de la cortina, junto a la puerta principal, una pequeña cocina funcionaba con una bombona de gas. Había un fregadero con escurridor y, más allá, la nevera. En la pared de enfrente descansaban un sofá y una pequeña mesa que servía de comedor y de escritorio. Tres sillas y nada más. Del otro lado de la cortina estaba la habitación. Había una cama, un armario, dos mesitas de noche y, en una de las paredes, montado sobre una base, el televisor con servicio satelital. En frente de la cama había una pequeña puerta que conducía al baño. Poseía una diminuta ducha, un lavamanos y un inodoro. La habitación estaba plagada con baldes de agua. Para lavar la ropa, TodoMoto debía salir de su casa y encontrarse con un pequeño porche enrejado. A mano derecha una escalera llevaba al segundo piso. Ahí esperaba una habitación exactamente igual a la de él. Luego estaba el tercer piso, una platabanda con techo de zinc. Ahí había una lavadora que compartía con su vecino del piso dos, una batea y una maraña de alambres que servían para guindar la ropa al sol. También estaban las antenas del servicio satelital de televisión. Desde la platabanda se divisaban todos los techos de las casas del barrio. En cada techo, una, dos, hasta tres antenas. Grises, montadas en tubos y plataformas, apuntando hacia un mismo punto en el espacio. Desde ahí venía el entretenimiento y la diversión.

Despertar a sus hijos era una rutina que le complacía. Aprovechaba la ocasión para abrazarlos, besarlos, hacerle cosquillas al menor y al mayor, jalarlo por los pies para que abriera los ojos. Cuando ya estaban despiertos y rezongando, se iba a la cocina a prepararles el desayuno que llevarían al colegio. Tenían que estar listos en una hora, de lo contrario, no llegarían a la escuela a tiempo. Entonces empezaban los llamados de atención.

—¡Apúrense, que se hace tarde!

Más de una vez, se sintió como una doña arengando a sus hijos para que se cepillaran los dientes y se pusieran el uniforme. Cuando todo estaba listo, los corría del baño y se daba una ducha con el agua helada que había en un pipote debajo del lavamanos. Lo dejaba listo la noche anterior para no tener que hacerlo en la madrugada. En el cerro, a esas horas de la mañana, hacía frío. Darse un baño era un

acto heroico. Sus hijos se morían de la risa al escucharlo gritar y quejarse cuando, con una pequeña jarra, se lanzaba agua fría en el cuerpo. Temblando emergía del baño y se vestía lo más rápido que podía para salir a la calle.

En el porche de la casa guardaba su moto. Estaba completamente enrejado, por ende, era poco probable que la robaran. La puerta tenía doble candado. Gustavo encendía la moto y la dejaba calentando unos minutos mientras terminaba de ordenar la casa. Entre los tres tendían la cama, fregaban los trastos sucios usando unas vasijas en el fregadero y, como siempre, cerraban la llave del gas. Demasiadas casas se habían quemado por culpa de una bombona defectuosa y una chispa impertinente.

Trancar la puerta de latón con doble llave y un candado anticizalla, sacar la moto a la calle y asegurar la reja del porche eran las últimas actividades en la rutina de la mañana.

Casi montado sobre el tanque de la moto iba su hijo menor. Luego Gustavo y, detrás de él, sobre la parrilla, su hijo mayor.

—Bueno, muchachos, ¿estamos listos?

—Sí, papá —contestaban en coro sus hijos.

A esa hora, de las casas salían mujeres, hombres, estudiantes uniformados, trabajadores, motos, bicicletas. Como un enjambre de hormigas, emergían de sus madrigueras y tomaban la calle para bajar a la ciudad. A esa altura del cerro, la vía tenía el ancho exacto para que pasaran dos vehículos muy apretados. Son pocos los que tienen un coche en el barrio. Solo pasaba el transporte público que consistía en unas pickups donde se montaban los pasajeros, tanto en la cabina como en la parte trasera, que si bien había sido diseñada para llevar carga, ahora soportaba el peso de personas que, sentadas y de cuclillas, se sostenían como podían para no caer antes de llegar a las faldas del cerro.

La vía serpenteaba. En el trayecto, Gustavo y sus dos hijos podían observar a ambos lados de la calle una pequeña muestra de lo que serían los titulares del día. Una persona baleada en el sector cuatro. Más abajo, un accidente de un motorizado con una mujer herida; fractura de tibia y peroné. Una pick-up estacionada a un lado luego de que el conductor fuera atracado por el azote de la zona. Unos borrachos cayéndose a golpes y, a pocos metros, una mujer, llorando, sentada en la acera. Su hijo yacía en la morgue. Había sido abaleado por la policía. Recién recibía la noticia.

TodoMoto conducía con pericia pero sin caer en excesos. Esquivando huecos, transeúntes, vendedores y otras motos, llegaron a la avenida principal, donde nace el barrio que, como una enredadera, había conquistado toda la montaña. La anarquía reinaba en todo su esplendor. Muchas líneas de autobuses tenían sus paradas allí, en el

perímetro de los cerros. Con sus equipos de sonido encendidos a todo volumen, esperaban a que los pasajeros colmasen las unidades antes de salir. Las colas para abordar eran enormes. Los puestos de comida callejera proliferaban y el olor a aceite y frituras era nauseabundo. Cloacas que venían de la montaña desembocaban en aquella zona. Había lagunas y charcos de aguas negras que los peatones saltaban como si fuesen gacelas en la sabana africana. Muy cerca, la estación del metro abría su boca esperando a los valientes que quisieran adentrarse bajo tierra, sin aire acondicionado, gratis.

Gustavo se abrió paso en el caos hasta llegar al colegio. Eran las siete menos diez de la mañana. Con un beso se despidió de sus muchachos y les dejó el dinero para que, al salir de clase, pudieran volver a casa, solos, acompañándose el uno al otro, haciéndose poco a poco más hombres con cada regreso.

Gustavo miró su celular y pudo chequear la agenda del día. Recibió una llamada de Alfonso solicitando un servicio, pero tuvo que rechazarlo. Ya tenía varías diligencias pautadas y una de ellas implicaba escoltar a un militar que debía hacer unos negocios en un ciudad cercana, a una media hora de camino.

Tomó la ruta hasta una comandancia del ejército donde esperaba el coronel Pinto. En un pequeño café logró al fin desayunar. Guardó su moto, se puso el uniforme de escolta, enfundó una Glock 9mm y tomó la moto de alta cilindrada asignada para el trabajo.

A Pinto lo conoció en la cárcel. Hubo un tiempo en que a TodoMoto le gustaba la cocaína y traficar con ella. Cayó preso en una redada que hubo en la casa en donde cocinaban el crack y embolsaba la cocaína mezclada con harina. Algún enemigo del barrio le dio el dato a la policía y estos, tumbando puertas y repartiendo cachazos, entraron en la casa una mañana justo cuando Gustavo gruñía follándose a una negra flaca, mujer de un malandro que lideraba una pequeña banda de traficantes en un barrio cercano. Debió pagar caro el precio de ignorar aquel detalle. Lo agarraron a él y a los cuatro que lo acompañaban en la operación. A la negra la dejaron libre luego de que los oficiales le hicieran un gang bang en la jefatura.

Dos años pasó en la cárcel esperando a que le imputaran los cargos y comenzara el juicio. Tuvo que batirse a puñaladas con varios y hacerse amigo de uno de los líderes del pabellón donde se encontraba. En ese pabellón conoció a Guillermito, el hijo mala conducta de Pinto. Estaba allí por la misma razón que él. Tráfico de estupefacientes. Solo que Guillermito tenía un papá militar y nadie podía tocarlo.

Una noche se armó un motín en la cárcel. Fue una batalla campal entre dos pabellones. Las fuerzas policiales intentaron sofocar la rebelión pero resultó imposible. Gustavo tomó a Guillermo quien,

orinándose en los pantalones, no sabía qué hacer, desorientado entre los zumbidos de las balas y los gritos de los reclusos. Como pudieron se escondieron en unos de los baños que, luego de unas cuantas horas, se convirtió en un búnker. El ejército tuvo que intervenir. Los muertos fueron muchos. Cuando hicieron el recuento de los internos, más de ciento cincuenta reclusos habían fallecido. Estaban amontonados en el patio del centro penitenciario, muchos de ellos desmembrados y degollados tras la pelea a machetazos entre los dos pabellones.

Pinto logró sacar a su hijo, luego de pagar una suma considerable para sobornar al sistema judicial. Guillermito le pagó el favor a Gustavo sacándolo de la cárcel, si bien no lo salvó del régimen de visita a los tribunales, cada quince días, durante un año. Desde entonces, Gustavo le hace trabajos a Pinto.

Poco después de comprarse la moto, conoció a la madre de sus hijos. Nunca se casó con ella. Vivían juntos en la misma casa en donde hoy viven sus muchachos. Después de que salió embarazada del segundo hijo, comenzó un proceso de deterioro indetenible. Bebía cada vez que podía y empezó a buscar amigos en el barrio. A Gustavo le crecía un instinto horrendo en su interior. El olor a muerte de aquel patio en la cárcel lo perseguía en las noches cuando pensaba en su mujer. Ella sólo había esperado a que el niño menor estuviera en edad escolar, en ese momento dejó la casa y Gustavo jamás la volvió a ver. Agradecido siguió con su vida y con la carga de sus dos muchachos, haciendo lo necesario para sobrevivir. Gracias al Coronel Pinto empezó a entrar en contacto con mucha gente conectada con varios negocios en la ciudad. Desde repuestos automotores, hasta medicamentos. Desde comida hasta electrodomésticos. Desde bombonas de gas hasta agua potable. Los militares manejaban absolutamente todo en el país y Gustavo era amigo de un coronel. Fue así que se dio a conocer como TodoMoto.

Pinto llegó un poco retrasado. No llevaba uniforme militar, por el contrario, iba vestido de civil, con lentes oscuros y un maletín de visitador médico. Sin saludar, se montó en el puesto trasero de una camioneta blindada y el viaje comenzó.

Tuve que esperar otros veinte minutos para que mi número saliera en pantalla. Me tocó la taquilla quince. Ahí me encontré con un tipo de baja estatura hablando con la mujer destinada a atenderme. El monigote necesitaba doblar el cuello para que la boca le quedara a la altura de la pequeña abertura en la ventanilla de la taquilla. La chica, sentada en su puesto de trabajo, se reía de las idioteces que el tipo le decía, entre tanto, yo intentaba calmar la ira que empezaba a nacer en mis entrañas. Me acerqué hasta el tipo y le clavé, en varias oportunidades, mi dedo índice en su espalda amorfa y repugnante. Debí haberle causado un dolor agudo porque se separó de la ventanilla arqueándose, como si le hubiese puesto dos banderillas en el lomo. Al voltear se dio cuenta de que yo lo superaba en estatura y pudo observar mi deseo genuino de propinarle una estocada mortal.

—Muévete, sabandija.

Lo dije suficientemente bajo como para que el resto de los presentes no se diera cuenta, pero con suficiente energía contenida como para que mi ultimátum se cumpliera de inmediato.

—Disculpe, señor. Te llamo luego, amor —dijo y pasó a mi lado como un perro aterrorizado, sin mirarme. Por fin pude hablar con la torpe empleada pública.

—Estoy sin luz. Quiero saber qué coño pasa.

—Le agradezco que modere su lenguaje, señor.

Intentaba cumplir con su patético rol, luchando por ser servicial dentro de sus dos metros cuadrados de vida.

—No me agradezcas nada. Haz tu miserable trabajo y dime qué le pasa a mi cuenta de luz para entonces poder irme de este lugar detestable.

—Por favor…

Le impedí terminar la frase. Me causaba un sopor horrendo ver su cara, pero su esfuerzo inmenso por ser amable me proveía de todo el combustible que necesitaba para vejarla.

—Sí, mi número de identificación. Escucha bien. No voy a repetirlo.

La mujer prestaba atención mientras su compañera, que ahora estaba desocupada, intentó decirle algo. La detuve enseguida golpeando con fuerza el mostrador con la palma de mi mano derecha.

—Tú no te metas y atiende al viejo ese que acaba de llegar.

—Su saldo es positivo, señor Alfonso. Debe ser un error en el sistema. Hay varios usuarios con el mismo problema en su sector y…

Volví a golpear el mostrador. Subí el tono de voz. La mujer estaba a punto de llorar.

—¿Y cuándo me restablecen el maldito servicio?

—Lo más pronto posible…

Le di otro golpe al mostrador antes de irme. Quería ver cómo saltaría del susto y cómo mirarían hacia su taquilla sus compañeras y el supervisor que probablemente estaría escondido en algún lugar fumándose un cigarrillo y el idiota que me dio el papelito y todos los clientes absortos en la pantalla con los números y los dos vigilantes uniformados embrutecidos por estar tanto tiempo de pie soportando el dolor corporal que dan el sueño y el hambre.

Salí del lugar algo mareado. Se acercaba la hora del mediodía y regresar a mi casa no era posible. Para qué, si no hay luz. Entonces recordé que Patricia me había escrito durante los últimos días. La llamé. Me atendió y lo primero que hizo fue reclamar por haberme desaparecido durante tanto tiempo. No le presté atención. Simplemente le di la razón para que dejara la necedad y cuando se tomó un respiro para seguir lanzando reclamos inútiles, aproveché para decirle que iba a su casa y que tuviera el almuerzo listo.

Tomé el metro. Soporté el trayecto de cuatro estaciones rodeado de miserables malolientes y un desgraciado que, mostrando una fractura con clavos en su canilla derecha, pedía limosna restregándonos en la cara un récipe médico que probablemente era falso.

Patricia vivía en un conjunto residencial que podría catalogarse de clase media alta. Ella jamás hubiese podido comprar el apartamento donde vivía sola desde hace unos tres años. Tuvo, sin embargo, la fortuna de conocer a un coronel y de cogerlo como Dios manda. El militar no solo le pagó el apartamento, también lo amobló, lo decoró, le puso un tanque de agua en uno de los baños para que nunca sufriera los problemas del racionamiento, le instaló una pequeña planta eléctrica para solventar el asunto de los apagones y hasta un carro le compró. El tipo estaba absolutamente subyugado por los encantos de Patricia. Yo la conocía desde hace muchísimo tiempo. Yo sé quién realmente es.

Toqué el intercomunicador para que bajara a abrirme. Tenía puesto unos pantalones muy cortos, de bluyín. Le encantan desde la época en que limpiaba oficinas y casas, recién llegada del interior del país. Estaba descalza y tenía puesta una camisa verde con el logo de la fuerza armada en la que servía su coronel.

—Estabas perdido, Alfonso. ¿No me extrañaste?

—Realmente no.

—El mundo se puede estar cayendo a pedazos, al borde de la extinción y tú siempre eres el mismo antipático y pesado.

—¿Está el almuerzo listo?

Entramos al ascensor. En lo que cerró sus puertas me acerqué y

con fuerza la besé. Le apreté el culo con mis dos manos. Ella respondió a mi beso y luego de unos instantes me separó, empujándome.

—No seas bestia.

—Bestia es el coronel. ¿Todavía te golpea?

La puerta del ascensor se abrió. El olor del guisado que estaba haciendo en su apartamento me conmovió hasta los huesos.

—Pasa.

—Tus labios y ese olor me arreglaron el día.

—Déjame terminar y almorzamos.

Me quité los zapatos y me senté en un sofá enorme que ocupaba casi toda la sala. El apartamento tenía lo necesario. Una mesa de comedor para cuatro con una base de caoba y un vidrio como de dos centímetros de espesor. Algunos cuadros con motivos intrascendentes y una pequeña mesa frente al sofá con un florero vacío. Me acosté y desde ahí pude ver a Patricia trabajando en la cocina, separada de la sala-comedor por una isla. En la isla también se podía comer, pues tenía tres taburetes altos, como si fuese la barra de un bar. Al otro lado de la isla estaba la cocina donde Patricia terminaba de servir los platos para el almuerzo.

—¿Dónde prefieres comer?

—Sabes que me gusta la isla.

—Está bien.

El guisado estaba tan delicioso como el cuerpo de Patricia. Creo que había engordado un poco. Se veía más voluptuosa que de costumbre. Tal vez eran mis ganas de cogerme a esa hembra.

—¿Desde cuándo no ves al milico?

—Viene hoy.

—¿Y no me dices nada? ¿Tú quieres que nos encuentre aquí y nos mate a balazos?

—Cobarde.

—Precavido, que es muy distinto. ¿Hasta qué hora me puedo quedar?

—No te preocupes. Está fuera de la ciudad, cerrando un negocio.

—Entonces tenemos tiempo.

—Él me avisa en lo que venga de regreso.

—Él sabe que le montas los cuernos. Tú resistes, como todos, su impotencia… y los golpes.

—Tiene tiempo sin hacerlo.

—Yo también.

—¿Cómo está tu mamá? ¿Y el trabajo?

—¿Tienes café?

—Voy a preparar un poco.

De espalda, el culo de Patricia supera cualquier imaginario

masculino.

—Estás más gorda.

—Creo que sí. Él no quiere que salga a trabajar.

—Claro, el temor lo martiriza. Todos los militares de este país temen. Temen que los saquen del poder. Temen perder sus privilegios. Temen que los linchen y los cuelguen como a Mussolini.

—Yo también tengo miedo.

Me tomé el café en silencio.

TodoMoto conducía en la parte frontal de la pequeña comitiva conformada por dos motos al frente, luego la camioneta blindada y, más atrás, dos motos adicionales. Iba parando el tráfico para que la camioneta pasara sin detenerse por semáforos y cruces de vías. Tras salir de la ciudad, el convoy corrió a toda velocidad por la autopista que los llevó hasta unos galpones vigilados por funcionarios armados, pero sin ningún tipo de uniforme, ni insignia. Un enorme portón eléctrico se abrió apenas llegó Gustavo. La camioneta entró, seguida por las dos motocicletas, de último pasó TodoMoto. El sitio estaba cercado por una reja electrificada y vigilado por cámaras de seguridad. Pinto salió de la camioneta con su maletín de visitador médico y caminó hasta una pequeña puerta que servía de entrada al galpón principal. Allí lo recibió otro hombre, se saludaron con un abrazo y desaparecieron dentro de la instalación. En la puerta quedó un tipo con un pasamontañas negro haciendo guardia.

Gustavo se bajó de la moto y habló con uno de los motorizados que venían en la caravana.

—¿Sabes qué está pasando aquí?

—Cada dos meses viene a este lugar. ¿Es tu primera vez?

—Sí.

—Negocios.

—¿Pero qué hay adentro?

—Es mejor no saber. Es lo que siempre nos dice mi coronel.

TodoMoto quería saber más y se acercó hasta la camioneta. El chofer, recostado en la puerta del piloto, fumaba un cigarrillo.

—¿Me das uno?

—Claro.

—Allá dentro seguro hay una flota de carros para los militares.

El chofer lo miró.

—Son muy grandes estos galpones, ¿verdad?

—Sí.

El chofer lanzó la colilla que pasó por encima de la cabeza de Gustavo

—Kilos y kilos de vehículos blancos, listos para que rueden por todo el país.

En ese momento, Pinto apareció por la puerta pequeña del galpón. Profiriendo un chasquido con los dedos de su mano derecha le indicó a su equipo que era tiempo de marcharse. Ahora traía una pequeña maleta de viaje. Tenía una de las ruedas dañada y era difícil desplazarse sobre el granzón en donde estaba aparcada la camioneta.

Pinto maldecía mientras arrastraba la maleta cuando tropezó y

esta cayó al piso, abriéndose y desparramando su contenido a la vista de todos. TodoMoto corrió para ayudar al coronel a guardar las panelas blancas, envueltas en un plástico transparente e identificado con algunos números y porcentajes. Pinto y Gustavo estaban de cuclillas, uno frente al otro. El militar lo miró y susurró algo que solo TodoMoto pudo escuchar.

Gustavo rápidamente guardó todo dentro de la maleta, cuidando de que quedara perfectamente bien cerrada y, cargándola como si fuese un cadáver, la llevó hasta la camioneta.

Pinto le gritó a los encargados de abrir el portón de acceso.

—¡Abran esa mierda!

Todos se montaron en sus vehículos y salieron raudos del lugar.

Dentro de la camioneta, Pinto llamó por teléfono.

—Voy saliendo, bebé. Espérame desnudita y con el guisado bien caliente.

Mi celular vibró cuando me estaba desnudando. El cuarto de Patricia es bastante sencillo. Una cama, dos mesitas de noche, una peinadora enorme, fea y nada más. Una cortina azul petróleo cubría la única ventana de la habitación. Hacía calor. Patricia encendió el ventilador de techo y una varita de incienso, algo que me pareció sumamente cursi, pero comprensible: debía evitar que el cuarto apestara a sexo cuando llegara su coronel.

Ella aún conservaba sus deliciosas carnes. Verla desnuda me devolvió la esperanza de tener servicio eléctrico cuando regresara a mi casa. Unas buenas tetas siempre te hacen olvidar los más terribles males. Estar encima de una hembra como Patricia vale la pena y siempre es mejor descargar algo de esperma dentro de un preservativo que en la regadera de mi apartamento.

Ella estuvo ausente. A pesar de que puse mi mayor esfuerzo en sacarla del marasmo en el que se encontraba, fue inútil. Sus besos, insípidos. Su cuerpo, inmóvil. Fue como cogerse un maniquí. Hacia el final de la faena, pude sentir que regresaba a la realidad. Una llamada entró en su celular. Ella estiró su brazo derecho para alcanzar el móvil y contestar. Supuse que era el coronel. Ella solo saludó y, con un sí colmado de cansancio, volvió al colocar el aparato en la mesa de noche. El hecho de que la llamaran mientras yo estaba sobre ella, embistiéndola, me causó una excitación paranormal y acabé diciéndole lo puta que era y lo mucho que me encantaba.

—¿Hay agua, verdad?

—Sí.

—Me voy a dar una ducha. Tengo días sin agua en mi casa.

—Sí, ya lo sé.

—¿Dónde boto esto?

—Dame acá, yo me encargo.

—Era él, ¿verdad?

—Sí, viene en camino. Estará aquí en media hora, o un poco más. Solo apresúrate y no te gastes toda el agua que me queda en el tanque.

—Él puede traer un camión cisterna solo para ti. Tiene poder.

—Sí, tiene poder.

Patricia se fue de la habitación y yo me di una ducha deliciosa.

Cuando salí a la sala del apartamento, ella entró al baño para arreglarse. Mi celular volvió a vibrar. Esta vez miré. Tenía dos mensajes del ancianato. Esta gente es realmente un dolor en el culo. No quise leer la pantalla y enterarme de otra maldita petición, otra mierda que pagar, otro problema que resolver.

—Me voy.

—Sí, me acaba de escribir que está por llegar.

—Muy rico el guisado. Tú, no tanto. Una lástima.

—Una verdadera lástima.

En ese momento entendí por qué el coronel de vez en cuando la golpeaba.

Nos despedimos como dos completos extraños. Bajé solo en el ascensor. Caminé por el hall de la planta baja y me crucé con un gordito que llevaba lentes oscuros y a duras penas arrastraba una maleta. El tipo se volteó un momento y gritó en dirección a la calle.

—A las diez. Me vienen a buscar a las diez.

Cuando salí del edificio, me encontré con TodoMoto.

—¿Gustavo?

—Alfonso, ¿y tú qué haces por acá?

—Estaba visitando a una amiga.

—Yo estaba de comisión.

—Pero, ¿ya estás libre? Llévame hasta mi casa.

Gustavo miró a sus compañeros. Ninguno respondió.

—Móntate.

En el camino de regreso, TodoMoto me echó el cuento de su trabajo con el Coronel Pinto, lo de la maleta y el chisme de que tiene una mujer allí, en el edificio donde nos habíamos conseguido. Preferí no comentar sobre Patricia. Toda la situación me causó gracia y me reí a carcajadas mientras Gustavo se preguntaba en dónde estaba el chiste.

Me dejó a las puertas del edificio donde vivo. Subí por el ascensor hasta mi piso y toqué el timbre tan solo para comprobar que seguía sin servicio eléctrico.

Recibí otro mensaje de texto, pero había centrado mi atención en la salud de Haier. Cuando entré en la cocina me percaté de que la situación empezaba a ser grave. Haier se descongelaba. Había un charco enorme debajo de ella. Me preocupé.

No te angusties. Entiendo que debes estar incómoda y molesta por esta situación, pero esto es algo que se escapa de mis manos. Prometí protegerte y ten por seguro que lo estoy haciendo. Este maldito gobierno me cortó el servicio de luz y hoy me enteré de que es una falla del sector. No eres tú sola. Seguro hay otras sufriendo esta calamidad. No tienes nada de qué preocuparte. Aguantar es la clave. Confiemos en que esta noche nos volverán a colocar el servicio eléctrico. El protector de picos y tu fortaleza te harán resistir este mal rato. Voy a secar el piso. Voy a vaciar tu bandeja. Voy a cuidarte. Entiendo que estés callada. Solo espero que los cubos y las botellas se hayan portado bien en mi ausencia. No sé si tengo velas. En el barrio hay luz. Malditos. La música otra vez. Deberían recibir una visita de

los hombres de negro. Disparos que acaben con la música, que acribillen sus postes de luz improvisados. Disparos que terminen para siempre con sus tanques de agua. Disparos que callen a sus niños descalzos y mugrientos, a sus mujeres putas, a sus niñas embarazadas, a sus borrachos y drogadictos, a sus ladrones y secuestradores, a sus padres ausentes, a sus madres solitarias.

Aguanta Haier. Resiste.

Otro mensaje de texto. Los cubos murmuraron algo sobre mi olor. Sabían que me había duchado en otro lugar. Un jabón distinto. Son como hienas esperando cualquier error para abalanzarse sobre mí y atacarme con sus burlas. Tengo que aguantar. Me fui a mi habitación. Cerré la puerta para no tener que escuchar sus risas, sus chillidos burlones, su plástica estupidez.

Me acosté sobre la cama, boca abajo para no ver nada más, con las manos en los oídos a fin de no escuchar la música que sonaba cada vez más fuerte, más alto. De pronto, una detonación me regaló el silencio que tanto anhelaba.

Luego otra y otra y otra y otra. El arrullo perfecto.

El celular repicó y Alfonso abrió los ojos. No le dio tiempo de contestar, pero pudo ver que tenía varias llamadas perdidas y una docena de mensajes de texto, todos del mismo número: el asilo.

Hizo un esfuerzo enorme por levantarse. Se sentó en el borde de la cama, escogió al azar uno de los mensajes y leyó.

Tenemos el penoso deber de informarle que la señora Alfonsina Pérez ha fallecido. Es urgente que usted, como su único familiar conocido, se presente lo antes posible en nuestras instalaciones para cumplir con los trámites pertinentes. Reciba de parte de la institución y del mío propio, nuestro más sentido pésame. Atentamente, Magaly.

Alfonso sintió un hastío infinito. Encargarse de la situación le provocó la acidez estomacal más poderosa que jamás había conocido. Buscó en el gabinete que tenía sobre el lavamanos a ver si le quedaban antiácidos masticables. Había tres pastillas. Se tragó las tres. Aún no llegaba la electricidad. Corrió hasta la cocina y se encontró a Haier completamente descongelada. Los cubos le comentaron que durante la noche la luz había hecho varios intentos, pero que todos fueron fallidos. Alfonso consoló a Haier.

—Hoy, más que nunca, vas a conocer el verdadero significado de la palabra resistir. Y no solo tú, sino todos en esta casa.

Alfonso tomó su celular y llamó a TodoMoto. Le explicó en pocas palabras la situación y quedaron en verse en veinte minutos. Salió del apartamento vistiendo la misma ropa que el día anterior.

TodoMoto llegó y le dio el pésame a Alfonso. Este no respondió. En el camino Gustavo se dio cuenta de que lo mejor era permanecer callado. Así lo hizo hasta que llegaron al asilo.

—Lo que necesites, amigo. Solo avísame.

Alfonso se bajó de la moto y caminó hasta la puerta azul del ancianato. El viejo que hacía guardia se apartó para dejarlo pasar. Así me gusta. Cruzó el patio y fue directo hasta la oficina de Magaly. Estaba sentada en su silla con los codos clavados en el escritorio y sus manos apoyadas en las sienes. Intentó recuperar la compostura al percatarse de la llegada de Alfonso, pero no pudo ocultar que la muerte de Alfonsina le había afectado.

—Señor Alfonso, intentamos contactarlo durante todo el día de ayer, desde el mismo momento en que comenzaron las complicaciones de su señora madre.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Dónde tengo que firmar?

—Espere un poco, señor Alfonso. Acá tenemos unos documentos que usted mismo nos dio el día que trajo a la señora Alfonsina a nuestra institución.

Alfonso no recordaba.

—En los documentos dice que la señora Alfonsina tiene una parcela en el cementerio general de la ciudad, junto a su esposo.

Qué maravilla, enterrarla y todo resuelto.

—Pero hay un pequeño problema. Tiene usted que buscar un ataúd y resolver el transporte hasta el cementerio.

—No. Eso lo van a resolver ustedes, o de lo contrario les dejo el cadáver acá.

—Señor Alfonso, por el amor de Dios.

—¿Ya pensó en cómo resolver la situación?

Alfonso permanecía de pie, bajo el marco de la puerta.

—Bueno, señor Alfonso. Somos una institución seria y jamás dejaríamos desamparado a un ciudadano de este país en una situación como esta. Tenemos en el depósito un ataúd que es del Señor Jiménez. Él aún no muere. Usted podría usar ese ataúd, comprometiéndose a traer otro lo antes posible. Con relación al transporte, precisamente tenemos una pequeña camioneta, algo usada, pero si tumbamos los asientos de atrás, creo que el ataúd cabrá. Un poco ajustado pero podrán llevarlo hasta el cementerio.

Magaly se sintió como una mujer íntegra. Una gerente capaz de resolver las situaciones más complejas y delicadas. Alfonso pensó que tenía un buen culo cuando la vio salir de la oficina para hacer todos los arreglos.

—Lo único lamentable es que a su difunta madre la colocaremos dentro del ataúd sin ningún arreglo especial.

No hace falta, está muerta.

Magaly confirmó que el ataúd estaba en el depósito. Regresó a la oficina e hizo la llamada para que vinieran los tipos del transporte. Luego, habló con la enfermera. Le ordenó que tuviera lista a la señora Alfonsina y que sus pertenencias le fueran entregadas a su hijo. Este firmó unos documentos en la oficina y le dijo a Magaly que esperaría afuera, en la panadería cercana; que le avisaran cuando todo estuviera listo para ir al cementerio.

Mientras se tomaba un café en la panadería, ocurrieron varios bajones de luz. Las caídas de tensión preocuparon a los dueños del local. Los clientes empezaron a pagar sus cuentas comentando que podría ser el aviso de otro apagón general. Luego de una hora, Alfonso recibió el mensaje del asilo. Todo estaba listo y lo esperaban para llevarlo al cementerio.

La camioneta estaba estacionada afuera. Los asientos de atrás habían sido tumbados y el ataúd, colocado de forma oblicua, cupo de manera perfecta. El chofer y su ayudante iban en los dos puestos de adelante Alfonso tendría que ir atrás. De algún modo, sentado o acostado, acompañaría a su madre en este, su último viaje.

Magaly lo detuvo para darle una bolsa con las pertenencias de su madre. Alfonso la tomó y se metió como pudo en la parte de atrás de la camioneta. Magaly cerró la puerta y antes de partir le dijo:

—No olvide traer el otro cajón lo antes posible.

Conforme la camioneta se alejaba, Alfonso supo que jamás regresaría a ese lugar, salvo para destruirlo.

El tráfico era infernal. La gente salía de las estaciones del metro como si la tierra los vomitara, harta de llevarlos por dentro. En cada curva Alfonso escuchó al cuerpo de su diminuta madre golpear el interior del féretro.

Llegar al cementerio fue una odisea de casi tres horas. Ubicado a las afueras de la ciudad, comenzaba en una explanada y luego se extendía hasta las faldas de un cerro. En la entrada el chofer presentó los documentos y el encargado del lugar le explicó cómo llegar a la parcela, además le comentó que enviaría a dos ayudantes adicionales para subir el ataúd.

¿Subir el ataúd?

La camioneta llegó hasta donde había carretera. De ahí en adelante debían seguir a pie. Con Alfonso eran cinco personas, pero él decidió que no iba a cargar. Había que subir unos ciento cincuenta metros hasta la parcela.

Hay que ser un hijo de puta para colocar un cementerio en un cerro.

Cantan las cigarras.

Mi madre me toma de la mano mientras observa cómo el féretro de mi padre se tambalea en los hombros de seis amigos de la familia. Llora desconsoladamente. Yo la veo taparse la cara con un pañuelo blanco. Sus lágrimas se confunden con las gotas de sudor que bajan desde su frente. ¿Cómo pudo haber pasado esto? Una señora se acerca, la consuela. Piensa en tu hijo, le dice. Ella agobia mi mano como si quisiera exprimir el zumo de la vida y dárselo a papá.

Caminé y empecé a subir la cuesta. Las tumbas y mausoleos se confundían con la polvareda del cerro amarillento.

Mi madre me jala con fuerza. Escucho a unos curiosos relatar el incidente en que murió mi padre. El chisme se regó por la ciudad. Intento de robo a mano armada. Se negó a dar sus pertenencias. Venía llegando a su casa, al final de la tarde, cuando suelen encender los postes de luz anunciando la noche. Yo lo esperaba para comer el pan dulce que traería, acompañado siempre de café con leche y queso rallado. Dos balazos en el pecho por negarse a entregar la merienda de ese día, por no desprenderse de su cartera llena de fotos tipo carnet y el vuelto en monedas que me serviría para jugar con mis canicas al día siguiente. Dos balazos en el pecho, murió instantáneamente. Eso decía el parte policial que leyeron a mi madre esa tarde, destrozada en el sofá mientras yo no entendía lo que sucedía y me decían que debía ser fuerte, el hombre de la casa.

Los que llevaban el ataúd de mamá sudaban como bestias de carga. Faltaba poco para llegar a la parcela.

Tras encontrar por fin el sitio destinado a mi padre, un hueco enorme, rectangular, los asistentes se colocan en círculo alrededor de la tumba mientras bajan el féretro, primero al piso y luego, con ayuda de unos mecates, dentro del hoyo. Solo se escuchan las chicharras y el llanto de mi madre, cada vez más doloroso en la medida que desciende el ataúd. No puede ser, nunca hay castigo, los asesinos siguen libres, maldito gobierno, qué dolor tan grande, una pesadilla, para muchos, para nosotros, dos disparos, una vida, cada día una vida, muchas vidas, la muerte anda libre, tenemos que soportar esto, resistir, soportar y resistir. ¿Y qué se hace con este vacío? ¿Qué hago con este niño? ¿Qué hago ahora conmigo?

El ataúd tocó fondo. Los ayudantes del cementerio, junto al chofer y su compañero, lo abandonaron en el hoyo. Luego, con una pala y usando unas tablas de madera que estaban tiradas en el suelo, continuaron la faena. .

Apenas la tierra deja de golpear el ataúd el personal del

cementerio sella el agujero. Solo se escuchan sus resoplidos y los sollozos de mi madre. Las chicharras hacen silencio, como si entendieran el dolor de una viuda. Mi padre queda ahí enterrado con las cigarras que aún esperan por salir a la vida. Alfonsina no habla hasta que llegamos a casa. Tú no has llorado nada, Alfonso. No, mamá. Tienes que soltar eso, hijo mío. No… mamá.

Al final, nadie quedó. El chofer y su compañero habían decidido irse antes de que el hueco estuviera completamente tapado, así que me tocó regresar a casa por mi cuenta, como un huérfano.

—¿Quién era? —llegó a preguntarme uno de los ayudantes del cementerio, luego de haber terminado su trabajo.

—Mi madre.

—¿Y usted no llora? —insistió incrédulo.

—No…

Alfonso caminó cuesta abajo hasta donde se había estacionado la camioneta y desde allí hacia la entrada del cementerio. Cuando llegó a la calle se dio cuenta de que algo estaba pasando. Los ríos de gente bullían enormes y el tráfico era una batalla campal. Fue entonces cuando llamó a TodoMoto.

—¿Dónde estás?

—En el cementerio general.

—Hay otro apagón nacional, Alfonso. Te voy a buscar.

—Te espero.

El día se iba con un cielo naranja y el escándalo de las bocinas de los vehículos. Gustavo no tardó en llegar.

—¿Cómo estás?

—Vamos a mi casa.

La moto corrió zigzagueando y Alfonso tuvo que agarrarse fuerte de la parrilla trasera. Gustavo no dejaba de tocar la bocina para que los vehículos y peatones pudieran verlo. La oscuridad poco a poco ganaba terreno en la ciudad y sólo las luces de los vehículos permanecían encendidas. TodoMoto decidió tomar un atajo en vez de la vía principal que lo llevaría por la autopista hasta la urbanización donde vivía Alfonso. Avanzó por las calles internas, con menos tráfico, pero más peligrosas por la misma razón. Poco transitadas, llenas de esquinas y cruces, exigían mayor concentración y estar alerta ante la aparición repentina de personas y vehículos que salían de la más absoluta oscuridad.

Al llegar, Alfonso se bajó de la moto y se acercó a TodoMoto.

—He estado pensando en algunas cosas, Gustavo. Aún no me he decidido, pero me gustaría saber si puedo contar contigo.

—Lo que sea, Alfonso.

—¿Cuánto te debo?

—Déjalo así.

TodoMoto encendió la moto y abandonó el sitio levantando su máquina como si fuese un corcel.

Alfonso acometió los once pisos maldiciendo en voz alta y sin poder ver nada. Se había agotado la batería de su celular. Entró en su apartamento y fue directo hacia la cocina para verificar el estado de salud de Haier.

¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

Ya no había agua en la bandeja inferior. Estaba completamente seca y despedía un olor extraño, a encierro. Alfonso empezó a sentir una pequeña opresión en el pecho.

No tengas miedo. Yo no tengo miedo. Este será tu primer

apagón. Allá afuera está GE. Ella pasó por esto en varias oportunidades. Si ella pudo superarlo, tú también lo harás. Voy a sacar lo poco que tienes dentro. Seguramente te incomoda y te hace sentir inútil. También voy a quedarme aquí para acompañarte.

Así lo hacía su madre, Alfonsina. Se sentaba en el borde de la cama y esperaba a que le bajara la fiebre mientras él alucinaba que sus muñecos se hacían grandes en el mueble y caminaban con sus ojos enormes y con una sonrisa que ahora, cual mueca espantosa, le producía un terror mortal. Conforme su madre lo arropaba para calmar los espasmos, su padre, acostado en su habitación, leía la prensa y de vez en cuando preguntaba cómo iba el muchacho. Va bien, hay que esperar que haga efecto la medicina. Alfonso sentía que la voz del padre le retumbaba en la cabeza, como si viniese de un cuarto lejano y el eco la trajese hasta su consciencia. Le palpitaban las sienes. Alfonsina le colocaba compresas frías en la frente hasta dormirlo con la canción perfecta. Una melodía de ángeles celestiales.

Palomita blanca,
copetico azul,
llévame en tus alas,
a ver a Jesús.

Tranquila Haier. Resiste. Esta canción te sanará.

Me despertó la algarabía de los cubos y de las botellas. Celebraban que había llegado la luz. Yo me había quedado dormido, sentado sobre el taburete, en el pequeño mesón de la cocina. Tenía un dolor en la espalda pero no le presté atención. Aún sentía esa sensación extraña en mi pecho. No era nada grave, era como una angustia infantil, la misma que sientes cuando sabes que te van a regañar por algo que hiciste y que el castigo será ejemplar. Odiaba esa premonición del desastre. Me puse de pie y, aguantando el dolor de espalda, enchufé a Haier. El sol entraba por el balcón y su reflejo en el piso me encandiló. Esperé a que el protector indicara que la tensión eléctrica era la correcta. Lo siguiente era escuchar el encendido del motor. La vuelta a la vida. La resurrección. Nada, seguía inerte. Abrí y cerré la puerta, varias veces. La desenchufé y la volví a enchufar igual número de veces. Nada sucedió. Ni siquiera encendía el pequeño bombillo que tenía adentro. Nada. La opresión en el pecho empezó a fastidiarme. Respirar de manera normal me incomodaba. Los cubos y las botellas seguían con la fiesta y los aullidos. Me acerqué y los empecé patear con fuerza mientras les gritaba que se callaran. Malditos inútiles. Insensibles. Brutos. Quedaron regados en el piso. Algunos de ellos, rotos. Las botellas gritaban adoloridas mientras sus tapas salían despedidas por los puntapiés que les había propinado durante unos minutos.

Cuando el silencio regresó a la cocina, volví con Haier y repetí el procedimiento de encendido. Ahora la acidez hizo su aparición. Tenía que buscar ayuda. Enchufé el celular y busqué en mi agenda algún número de teléfono que me diera luces para enfrentar la emergencia. Laura. Ella seguro conocía a un técnico de electrodomésticos. Ella, la perfecta ama de casa tendría la solución. Así que la llamé. Soporté otra vez sus reclamos, su necia manera de pedir explicaciones. Escuché en silencio y respondí con monosílabos mientras me contaba el chisme de que se había acostado con el esposo de su amiga del colegio. Al final, todas son putas. Tú también lo eres, Laura. Necesito el número de un técnico de neveras. Tuve que rebajarme para pedirle ayuda y ella aprovechó la ocasión para sentirse importante, necesaria. Laura no era solamente un par de tetas deliciosas, una follada legendaria. No. También tenía información. Valiosa. De vida o muerte. Copié el número y colgué. Volvió a llamar, pero yo estaba ya en cosas más importantes. El técnico me atendió y me dijo que vendría enseguida.

Aguanta Haier.

El tipo llegó y bajé a buscarlo en la planta baja. Me faltaba el

aire. Cuando lo encontré estaba junto a Yolanda. Ambos entraron al ascensor y subimos. Ella me saludó. No le respondí. El dolor en la espalda, la acidez y ahora la opresión en el pecho, me tenían completamente harto. Imposible enfocarme en sus enormes tetas. Llegamos a mi piso y entramos en el apartamento. Como pude le expliqué la situación al técnico y lo dejé a solas con Haier mientras esperaba en la sala. ¿Es grave? Deme un momento. En el barrio empezó a sonar la música. Al cabo de unos minutos el técnico salió de la cocina y se acercó hasta el balcón, donde fui en un intento por controlar los males que me aquejaban. Traía en la mano una cosa verde llena de circuitos. ¿Qué es eso? Se trata de la tarjeta de su nevera, amigo mío. Yo no era su amigo. Probablemente las constantes caídas y picos de tensión de los días recientes hicieron que la tarjeta se quemara por completo. ¿Y eso qué significa? Es como un infarto, amigo mío. Su nevera se jodió. ¿Por qué insiste? Yo no soy su amigo. ¿Pero no se puede hacer nada? ¿Se puede comprar una tarjeta nueva? No me haga reir, amigo. Me vuelve a decir amigo y le voy a cortar la yugular con la tarjeta que tiene en la mano. Esas tarjetas no se venden en el país. En caso de conseguirla, le va a costar tanto o más de lo que le costó la nevera. ¿No hay solución? No, no hay solución, amigo mío. Sal de mi casa, ahora mismo, antes de que cometa un crimen y acabe con tu vida, hijo de puta. Grité tan fuerte que el técnico palideció del susto. El tipo corrió hasta la puerta que permanecía abierta. Había olvidado cerrarla por la angustia que me invadía. Fui tras él para maldecirlo y cerrar la puerta. ¿Y ahora quién me va a pagar por todo esto?

Dile a Laura que te pague.

Me fui a la cocina, tambaleándome del dolor. Caí de rodillas, frente a Haier, inservible. Muerta. Como todo en esta casa. Como GE, como la secadora, como los cubos y las botellas. Otra despedida. Otro silencio. El dolor de la espalda y el suplicio de la acidez. Me tendí en el suelo. Hay que hacer algo. Tengo que hacer algo. Basta de resistir y de soportar. Que se acabe esta eternidad infame, esta repetición nefasta.

Tengo que soltar mamá. No puedo más.

LAS CHICHARRAS

En el centro de la plaza había un pedestal de mármol negro de dos metros de alto. Sobre el pedestal se erguía la escultura de un caballo que, levantado sobre sus dos patas traseras, cargaba sobre su lomo a un prócer nacional. Miles de heces de paloma la manchaban. El paso del tiempo y la ausencia de mantenimiento habían transformado la mierda en un barniz gris con vetas negras. El prócer tomaba con su mano izquierda las riendas del corcel, casi sin esfuerzo, mientras que su mano derecha, levantada apuntando hacia el cielo, blandía un arma que había desaparecido. Nadie sabía si era una espada o una lanza. Lo habían olvidado. Ahora era simplemente una mano que intentaba sujetar el aire y la mierda de las palomas. La placa que describía el nombre de la pieza y su autor, tampoco estaba. Había sido reemplazada por grafitis de todos los colores, por símbolos, por caligrafías sin sentido. El mármol negro resultaba propicio para dibujar.

El piso que rodeaba la estatua, otrora de adoquines, fue sustituido por placas de cemento rectangulares. El resto de la plaza lo conformaban jardines absolutamente abandonados. Solo quedaban dos árboles que hacían un esfuerzo enorme por no perecer. El suelo estaba repleto con los despojos de los indigentes que hacían vida en el lugar.

Cuatro calles rodeaban la plaza. Una era la avenida principal, por donde transitaban cientos de vehículos a diario. Las otras tres eran pequeñas y estaban atiborradas de negocios de comida, kioscos y edificios residenciales. En las esquinas se acumulaba la basura en enormes bolsas negras, a la espera de que el gobierno recordara enviar el camión que recogía los desperdicios.

Un perro custodiaba la estatua. Lleno de garrapatas y pulgas, se pasaba el día rascándose, enloquecido por el ataque incesante de sus huéspedes. Ladraba. Corría por la plaza como si estuviera poseído por el demonio de los perros. Ningún otro can podía acercarse a sus dominios. Luego de corretearlos por toda la plaza, los sometía a mordiscos. Ante la mirada de los transeúntes, vencedor, se acercaba hasta la estatua y meaba en el pedestal de mármol negro. De tanto recibir el orine del perro, la base de la escultura tenía un color amarillento y despedía un olor ácido, nauseabundo. A veces el animal se acostaba a pleno sol en el medio de la plaza. Le gruñía a cualquiera que pasara medianamente cerca. Los indigentes, que tenían su campamento debajo de uno de los árboles, lo alimentaban con las sobras de las sobras que ellos consumían.

Era un grupo de cinco personas: dos mujeres, dos hombres y un adolescente. Tenían una manta enorme amarrada a tres palos que

estaban enterrados en el suelo. El cuarto apoyo era el tronco de uno de los árboles. Debajo de la manta vivían, rodeados por un vertedero de basura. Ahí cocinaban, usando una olla enorme y leña. Ahí dormían, sobre unas colchonetas y en un sofá roto, sin patas. Ahí se drogaban, intentando escapar del dolor que produce la miseria y el olvido.

La plaza estaba a cuatro cuadras del edificio en donde Alfonso vivía.

Desde que murió Haier no he querido buscarle sustituta. Me parece una pérdida de tiempo salir a buscar otra compañera. Tan solo pensar en llamar a TodoMoto, para que contacte otra vez al hijo de puta de Camacho, me produce un hastío infinito. Camacho debería estar muerto. Entiendo que no puedo estar más tiempo sin un refrigerador. Los cubos y las botellas insisten en que debo tener uno. Cada vez que voy a prepararme el café, sé que titubean y temen tocar el tema. Con el pasar de los días no han tenido más remedio que hacerlo. Se han preocupado al verme en esta situación. Hediondo y usando la misma ropa interior. Sin comer, salvo algunas galletas y unos arenques enlatados que permanecían guardados en una de las alacenas. Algunas de las botellas se han atrevido a preguntarme si había visto a Patricia o a Laura. Los cubos me dicen que las llame. Argumentan que podrían ayudarme a salir del foso en el que me encuentro. Yo me preparo el café y me lo tomo en silencio, sentado en mi taburete mientras observo el cuerpo inerte de Haier. Le hablo. Le comento sobre la traducción y lo infinitamente aburrida que es. También le digo lo que tengo en mente. De esta idea que vengo construyendo desde que falleció y que guardo dentro de mí como si fuese el secreto más importante de la raza humana.

Alfonso no sale a jugar desde la muerte de su padre. Va al colegio en las mañanas. Al regresar, evita encontrarse con sus amigos que lo esperan charlando en el parque, debajo de los tubos en donde alguna vez hubo columpios. Pasa en silencio, caminando rápido, con su morral lleno de excusas y cuadernos.

—¡Alfonso, ven! ¿Qué te pasa?

Tengo muchas tareas que hacer.

Sus amigos saben que miente. Sin embargo no se atreven a preguntar. Los niños pueden llegar a ser muy crueles, pero cuando se trata de ser solidarios, hay una fuerza interior que los hace comprender. Entienden que Alfonso ahora no puede. Tal vez mañana. Probablemente en un mes. O quizás, cuando las cigarras dejen de cantar.

Su mamá lo recibe. Le pregunta por las tareas, por los exámenes, por los trabajos que hay que entregar. Sirve el almuerzo. En la televisión el noticiero está por terminar y dar inicio al bloque de telenovelas de la tarde. El niño come. La madre come. Al terminar, friegan los platos y recogen la mesa. Alfonsina se sienta frente al televisor y él se encierra en su cuarto. Solo entonces se quita el uniforme. Se acuesta en el piso en ropa interior, boca arriba, mirando el techo, dejando pasar el tiempo, a ver si algo cambia o, por el contrario, el espacio vacío que siente dentro de sí sigue creciendo, ocupándolo todo.

Busca, en el mueble que tiene junto a su cama, un juego de dominó y lanza las fichas en el suelo.

—Vas a romper las benditas fichas, Alfonso. Estoy cansada de decírtelo.

Google siempre responde. Mis dedos tipean con rapidez. Entonces aparecen sus respuestas. Miles. Dándome los detalles exactos. Explicándome, con la meticulosidad de un cirujano, lo que necesito saber para llevar a cabo mi plan. Al final de la tarde me acuesto en el piso frío. Así se relaja mi espalda baja luego de horas de estar sentado bajo la perenne amenaza de un lumbago. Mirando el techo, escuchando las cigarras que afuera cantan desaforadas, dejo pasar el tiempo.

—Alfonso, ¿me oyes? Te estoy hablando

Él no presta atención a su mamá. Se sienta y las fichas rectangulares se transforman en motos que se desplazan a toda velocidad por el piso de la habitación. Son personas que caminan sobre dos de sus vértices y viven historias de feroces combates. Ejércitos de motos y caballeros forcejeando en el medio del cuarto, entregados a batallas épicas que solo dan tregua cuando las nalgas de Alfonso se quejan de tanto estar sentado en el duro piso de granito.

Las horas pasan. Él, en su cuarto. Sus amigos, en la calle, de donde le llegan los gritos, las risas. Entonces sus batallas en la habitación se hacen más estridentes. Alfonsina sube el volumen de la televisión. La protagonista llora desconsolada, dos ejércitos se baten a muerte y afuera las cigarras luchan por hacerse escuchar. Los amigos de Alfonso se disparan con pistolas y ametralladoras, es un combate sangriento, en el medio de la calle, con palos de escobas y alguna rama que un árbol dejó caer sobre el pavimento.

Al principio el timbre sonaba y Alfonsina abría la puerta. Ahí estaba el pequeño Rafael Tomás, preguntando por Alfonso. Está en su cuarto, haciendo tarea, respondía ella para no herir los sentimientos del mejor amigo del niño. Luego, se acercaba hasta la habitación y abría la puerta sin avisar. Ahí estaba su hijo, tirado en el piso, semi desnudo, hablando solo, rodeado por algunos objetos: un vaso, los dominós, un par de zapatos, un trompo, una papelera y una pelota de béisbol.

Cuando sus amigos no fueron más a buscarlo a su casa, Alfonsina dejó de entrar al cuarto sin avisar y Alfonso nunca más salió a jugar.

Lo primero que se me ocurrió, fue preguntarle a Google: ¿cómo hacer una molotov?

Un millón setecientas mil respuestas, eso fue lo que apareció. Tenía mucha información que revisar. Me percaté de lo infinitamente ignorante que era en relación a los explosivos. Si quería llevar a cabo mi plan tendría que dedicarle mucho tiempo a la investigación. Eso me generaba un nivel de ansiedad muy desagradable. La primera impresión siempre es importante. En el caso de las bombas molotov, fue una absoluta desilusión.

Encuentre una botella de vidrio.

Introduzca en su interior algún combustible. Nafta, benceno, gasolina.

Coloque un trapo en la boca de la botella.

Encienda el trapo.

Arroje la botella contra el objetivo que requiere incendiar.

Todo el proceso me causó vértigo. El olor a gasolina me produciría una jaqueca infernal y tan solo pensar que el trapo no se encendería o que el yesquero se trabaría en la hora definitiva, me incitó un minúsculo ataque de pánico y una opresión en el pecho. Tuve que respirar despacio para calmarme. Tenía que superar esas dificultades biológicas. Llamé a TodoMoto para saber si podría conseguir la gasolina. Había una escasez atroz de combustible. Con la ayuda de Pinto, seguro podría resolverlo.

—¿Puedes conseguirme algo de gasolina?

—¡Coño! ¿Y eso?

—Ese no es tu problema. ¿Puedes o no?

—No me dicen TodoMoto por mi cara bonita. ¿Cuánto necesitas?

—Lo que se pueda.

Ahora tenía que pensar en el objetivo. Era obvio que debía buscar un lugar de fácil acceso, donde no hubiese personas laborando. No soy un asesino. Por ese motivo tomé la decisión de que atacaría en un fin de semana. Primero, haría una visita al lugar para conocer sus características. Me gustaba la idea de convertirme en un piromaníaco. Disfrutaría con la destrucción producida por el fuego. También sería muy divertido ver llegar a los bomberos y observar cómo intentarían sofocar el incendio, sin agua. La situación de escasez era muy aguda. Mis cubos y botellas de cinco litros estaban vacíos. Al bidón que tengo en la sala sólo le quedaba un sedimento ocre en el fondo. Yo había decidido no preocuparme por eso. Bastaba con no ducharme para que el problema estuviera resuelto. Solo me incomodaba el inodoro del baño. Estaba repleto de mierda y, por tal motivo, llevaba días cagando en hojas de papel periódico que embutía en pequeñas bolsas plásticas

destinadas al bajante de la basura. Había leído un comunicado de la junta de condominio en donde se quejaban de esa situación. La conserje estaba harta de entrar en el cuarto de la basura y encontrarse con la sorpresa de que mis bolsas habían estallado al caer en el barril que recibía los desperdicios. Solté una carcajada estridente cuando leí el comunicado. Estaba pegado con cinta adhesiva en el espejo del ascensor. Lo vi cuando bajaba a buscar comida en el negocio de El Portu. El hambre me hacía alucinar, abultando cada vez más mi deuda con Joao. También había una convocatoria para la realización de una movilización masiva. Se llevaría a cabo en protesta por la falta de agua, los apagones y otras carencias que me dio flojera leer.

Yo no iba a protestar. Yo me iba a vengar.

Solo necesitaba encontrar el lugar idóneo para el atentado. Pensé en el galpón aquel, en donde encontré a Haier. Pero era muy grande y una molotov no le haría absolutamente nada. También pensé en la oficina de reclamos de la compañía estatal de electricidad. La deseché de inmediato por estar en el centro de la ciudad, muy cerca de las oficinas del gobierno; probablemente estaría vigilada por funcionarios policiales. Tenía que ser un sitio en donde mi amada molotov hiciera estragos. Fue entonces cuando recordé la jefatura en donde estaba el chorro famélico para llenar los cubos. Era perfecta. Muy cerca de mi casa y abandonada. Con todo aquel papel, el fuego se consumiría con enorme placer.

Alfonso salió de su apartamento vestido con la bermuda desteñida y arrugada que usaba para dormir desde hacía semanas. Una franela en similares condiciones y los zapatos de goma sin trenzas, sin medias, precisamente aquellos que le había regalado Laura para algún cumpleaños. El ascensor se abrió y allí estaba Yolanda. Tenían semanas sin verse. La mujer se sorprendió, no solo ante lo desaliñado que se hallaba Alfonso, sino también por el espantoso hedor que despedía. Buscó en su cartera un pañuelo para taparse la boca y la nariz y aguantar las ganas de vomitar que le produjo semejante fetidez. Alfonso ni se inmutó. Le miró el escote, sus ojos avanzaron más allá, justo en medio de las tetas, atravesando el esternón hasta estrellarse en la pared del ascensor de la cual Yolanda se recostaba. El elevador abrió en dos pisos mientras bajaba, pero los vecinos, al percatarse de la presencia del loco del piso once, prefirieron no entrar y continuaron por las escaleras.

Yolanda salió a toda velocidad cuando el ascensor abrió en la planta baja. Alfonso pudo escuchar cómo tosía mientras se alejaba taconeando con fuerza. Afuera la esperaba el mismo tipo con el que discutió alguna vez. Ella lo saludó con un beso en la boca y luego se montó en la moto de alta cilindrada en la que vino a buscarla. Como iba de parrillera, el culo se le veía aún más grande, apretado dentro de un bluyín deshilachado. La puta con su cabrón. El tipo lanzó una mirada a Alfonso antes de encender la motocicleta. ¿Qué me ves? ¿Te gusto?

Muchas personas salían del edificio. También de las residencias cercanas. Iban con pancartas y carteles, pitos y cornetas. Alfonso estaba confundido. La algarabía era absolutamente atípica. Parecía que iban a un desfile de carnaval. En ese momento llegó TodoMoto con un envase lleno de gasolina.

—¿Qué está pasando, Gustavo? ¿sabes algo?

—Es la manifestación que estaba pautada para hoy.

Alfonso recordó la convocatoria pegada en el espejo del ascensor.

—Pero como ahora no sales y vives como un loco ermitaño, no te enteras de nada. ¿Qué te pasa?

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Hay varios puntos de encuentro. El más cercano es en la plaza. Desde ahí, supuestamente, pretenden ir al centro de la ciudad.

Se aproximaba la hora del mediodía. Los manifestantes llevaban gorras y algunas señoras iban con paraguas para protegerse del sol, como si fuesen a un picnic. Alfonso seguía sin entender todo el asunto. ¿Iban a protestar o a un festival musical callejero?

—Ahora no tengo dinero para pagarte por la gasolina.

—Tranquilo. ¿Para qué necesitas el combustible?

—Para hacerle caso a los cubos.

Gustavo se quedó sin palabras y se despidieron con un apretón de manos. Alfonso no sabía si subir hasta el apartamento a dejar el bidón con la gasolina o ir a pedirle fiado al portugués. El hambre le apretaba el estómago, así que decidió acercarse hasta la pollera.

El caudal de gente en la avenida era mucho mayor. Caminaban por el medio de la calle, exactamente igual a como lo hacían en los apagones, pero con otro talante. No iban cabizbajos, derrotados, sino gritando consignas en contra del gobierno. En el restaurante del Portu la gente se pertrechaba con agua mineral y bebidas energéticas para afrontar la jornada libertadora. Así la llamó una señora que estaba con su hija y su esposo, comprando en la barra, cuando Alfonso llegó.

—Mira Portu, yo sé que debo un realero, pero necesito medio pollo y un refresco.

La familia se apartó de inmediato. Alfonso parecía un indigente salido de algún basurero de la ciudad.

—Sí, me debes. De hecho, esta es la última vez que te fio, para ver si así te animas.

—¿Alguna vez te he dejado de pagar?

—Realmente, no. Pero dada tu situación y la del país, mejor ve buscando cómo hacerlo.

La familia pagó y se unieron al río de gente que iba rumbo a la plaza.

El Portu despachó la comida y Alfonso salió del local, caminando en sentido contrario a la masa humana que marchaba. Llegó hasta su edificio, subió hasta su apartamento, dejó la gasolina en la sala y se dispuso a comer en la cocina, sentado en su taburete. Se comió el medio pollo como una bestia. Lo despedazó con las manos. Al terminar se recostó sobre el mesón, eructó como un monstruo y cerró los ojos.

33

TodoMoto sorteaba a la muchedumbre, serpenteando entre decenas de personas que, vociferando, se dirigían a los puntos de concentración de la protesta. La moto iba, del asfalto a la acera y viceversa. Tocaba la bocina, pero era completamente inútil. El escándalo producido por los pitos y cornetas, los cánticos en contra del gobierno y los claxons de los automóviles se acumulaban en una masa sonora impenetrable.

El gobierno instaló una cantidad inusual de puestos de control en puntos neurálgicos de las vías con el único fin de impedir la llegada de los manifestantes al centro de la ciudad. Como a TodoMoto lo detuvieron en varias de esas alcabalas decidió desviarse por uno de los barrios más grandes de la urbe. Este se comunicaba con el suyo a través de una maraña incomprensible de pequeñas callejuelas que reptaban cerro arriba y desembocaban en la cima antes de bajar, nuevamente, por caminos similares, hasta su hogar.

En aquel barrio nadie se alejaba de sus casas. Por el contrario,

la gente regresaba ansiosa, utilizando el poco transporte público que prestaba servicio. Niños jugaban pelota en la calle, equipos de sonido soltaban música a todo volumen mientras grupos de personas conversaban en las puertas de las casas, bebiendo licor o arreglando un carro destartalado que tenía siglos sin encender. Las mujeres compartían chismes mientras los hombres lo miraban pasar, dejándole claro a TodoMoto que no era bienvenido.

Gustavo sabía que debía conducir con cautela, zigzaguear con pericia y, si fuese necesario, pedir permiso en las zonas angostas. Así ocurrió cuando un grupo de hombres, mostrando sus pistolas en la cintura, lo dejaron pasar, no sin antes proferirle un par de amenazas en esa jerga que TodoMoto entendía cabalmente desde su estancia en la cárcel.

Cuando por fin llegó a la cima, respiró más tranquilo. Desde allí podía verse toda la ciudad. Abajo, de algunos sectores se izaban columnas de humo negro. Se apresuró. Quería llegar hasta su casa, guardar la moto en el porche y abrazar a sus hijos para siempre. Un escalofrío, que no sentía desde el motín en el penal, recorrió su cuerpo.

Una curva hacia la izquierda, una pequeña cuesta de unos doscientos metros y ahí estaba su casa. Detuvo la moto y cuando se bajó para abrir el porche, escuchó a lo lejos una detonación. Guardó la moto y abrió la puerta de su casa. Sus dos hijos jugaban cartas en la pequeña sala. Sonó otra detonación. ¿Qué son esas explosiones, papá?, preguntó el hijo mayor. Nada, el gobierno debe estar celebrando. ¡Fuegos artificiales!, vamos a verlos en la platabanda, dijo el pequeño.

No. Vamos a ver la televisión.

—¿Para dónde crees que vas, Patricia?

—Pensaba salir un momento.

—Quiere decir entonces que no estás enterada de la manifestación convocada para el día de hoy.

—Sí, lo sabía.

—¿Y por qué coño vas a salir?

—Pensé que podía unirme a la protesta.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oíste.

—Sí, yo sé lo que oí. También escucho a los hijos de puta, allá abajo, reuniéndose para salir a la maldita marcha.

—¿Qué te pasa, Pinto?

—A mí no me pasa nada, mujer.

—¿Ya no soy tu mami?

—No te atrevas.

—Voy a salir.

—No. Te vas a quedar, si no quieres sentir lo que sentirán esos desgraciados.

—Tienes miedo, Pinto

—¿Escuchaste eso? La que debería sentir miedo eres tú…

Laura vistió a sus dos hijos, se puso una gorra y bajó para unirse a la manifestación. Llevaba a los niños tomados de la mano. Se quedaron un tiempo en la acera, justo en frente de su edificio, viendo pasar a la multitud. Sintió un orgullo inmenso al escuchar las consignas y los vítores de los que marchaban. Tenía algo de temor, así que prefirió caminar por la acera y permanecer en el borde del río de gente que, conforme avanzaba, crecía y se hacía más y más denso.

Caminó dos horas. La acera se colmó de manifestantes. Era muy complicado proseguir, sobre todo con dos niños. Cruzó en una esquina y se alejó buscando una vía paralela a la avenida principal. A dos cuadras encontró un quiosco que permanecía abierto. Una señora le vendió unos refrescos. Los niños, sentados en el brocal, calmaban su sed bebiendo las gaseosas cuando se escuchó la primera explosión. Las cigarras dejaron de cantar, esperando. Los niños seguían tomando a través de las pajillas. Sonó otra explosión, seguida de un murmullo bajo, grave, como el que produce la tierra durante un terremoto. Laura miró fijamente los ojos de la señora, intentaba comunicarse con el alma de la vieja, pero solo encontró el miedo reflejado en sus pupilas. Ambas miraron en dirección al origen de las explosiones. Una estampida de gente apareció en la esquina, como un maremoto que irrumpe violentamente en una pesadilla.

Laura le gritó a sus dos hijos y los levantó del suelo, tomándolos de la mano. Empezaron a correr, escapando de la desbandada de gente que se les acercaba. Las detonaciones se hicieron más seguidas. La gente gritaba desesperada, con los ojos enrojecidos, tosiendo, cayendo en el asfalto y en las aceras conforme se escuchaban otro tipo de detonaciones, más agudas, y el aire se volvía más espeso y viciado por causa del gas lacrimógeno.

Los hijos de Laura empezaron a llorar. Ella los llevaba a rastras, tratando de alejarse lo más posible de toda la situación. En una esquina se detuvo. Jadeaba. Intentó ubicarse. Mami me arden los ojos, no puedo respirar. Decidió seguir. Tenemos que resistir, le decía a sus hijos mientras le echaba agua en sus caritas enrojecidas. Las detonaciones se escuchaban lejos y una brisa fresca les permitió respirar mejor. Miró su celular. Pensó en Alfonso. Eran las cinco de la tarde. Las cigarras volvieron a cantar. Se sintió desolada. ¿Qué está pasando, mami? Nada, mi amor. Vamos, tenemos que seguir. Tenemos que aguantar.

Reanudaron el regreso. Los niños lloraban por efecto del gas, pero su madre tenía razones distintas.

Alfonso se despertó con el escándalo de los cubos. Le costó un poco recomponerse luego de la siesta vespertina sobre el mesón de la cocina. Los cubos gritaban y las botellas de cinco litros, angustiadas, le rogaban que bajara y averiguara qué estaba pasando. Les gritó que se callaran para poder escuchar con claridad. Las cigarras cantaban y, un poco más allá: detonaciones.

Caminó hasta el balcón. La música que tanto odiaba, los niños jugando en el tierrero, alguien cargando unos bidones de agua; todo normal. Lo que escuchaba venía de la avenida. Enseguida fue hasta la puerta de su apartamento y la abrió. Escuchó un rumor. Bajó por las escaleras. Se encontró a varias personas en las puertas de sus apartamentos, jadeando, sollozando. A medida que se acercaba a la planta baja, el murmullo que había escuchado se fue transformando en un alboroto donde se confundían gritos, quejas, maldiciones y llanto.

La planta baja era un campo de refugiados, había varios sentados en el piso, otros de pie, tosiendo, bebiendo agua y sudados; algunos estaban heridos. Alfonso pasó a través de ellos sin prestar la más mínima atención. En su cabeza solo había un deseo: saber de dónde provenía ese maravilloso caos.

Salió del edificio, caminó hasta la avenida y se dirigió a la plaza. Otra vez, iba en dirección contraria a la mayoría. Las personas corrían aterradas, alejándose de la zona de combate. Pasó al lado de la pollera del Portu. Estaba cerrada, al igual que todos los negocios ubicados a los lados de la avenida. Empezó a sentir una emoción desbordante. Su corazón bombeaba con fuerza y podía sentir cada latido en sus sienes. Empezó a correr. A medida que se acercaba a la plaza, el olor del gas lacrimógeno se hacía más fuerte. Aturdidas, las personas que escapaban lo miraban con ojos de asombro, trastabillando por la cantidad de escombros que se habían acumulado en el asfalto producto de la refriega. Se topó con la familia que había visto en la pollera. El hombre, sangrando por una herida en la cabeza, llevaba cargado a su hija, desmayada por los gases. Corría junto a su mujer que, descalza, lloraba aterrorizada.

A una cuadra de la plaza los manifestantes habían construido una barricada con palos y basura provenientes de los alrededores. Desde la barricada, un manojo de sujetos lanzaban piedras y bombas molotov a las fuerzas de seguridad del gobierno. Alfonso yacía de pie, en el medio de la calle, gozando con el espectáculo. La policía permanecía frente a la plaza, en una barricada cuya pared de cauchos ardía y derramaba una columna de humo negro hacia el cielo de la

tarde. Cuando los oficiales se vieron obligados a retroceder ante aquella nube tóxica, los manifestantes ensayaron la siguiente arremetida. Alfonso corrió con ellos hacia la plaza. Las bombas molotov explotaban en el asfalto, escupiendo llamaradas que salían del pavimento como lenguas de fuego. Se quitó la franela, la lanzó en la hoguera y permaneció de pie, quieto, frente al incendio. Varios hombres, armados con picos y palas, descuartizaban el piso de cemento de la plaza. De ahí sacaban piedras; municiones para cuando regresaran las fuerzas del gobierno. Otros se habían montado sobre el pedestal e intentaban derribar la estatua ecuestre. Un estallido de júbilo se escuchó cuando la escultura cayó al suelo separando al corcel del jinete. Los indigentes habían huido horas antes de que empezaran los enfrentamientos.

No pasó mucho tiempo cuando un piquete de policías, armados con escudos, embistió a los manifestantes. Una lluvia de bombas lacrimógenas y perdigones cayó sobre la plaza. Todos escaparon, menos el perro, que ladraba como un energúmeno, y Alfonso, que seguía de pie, clavada su mirada en el fuego. La policía se resguardaba a unos metros, observando el ritual del loco sin camisa. Un color naranja, negruzco, se extendía sobre la ciudad, anunciando un atardecer hermoso. Las cigarras, junto a otros insectos, volaban encima de las llamas y alrededor de Alfonso quien, con una sonrisa enorme, miraba el cielo. Era la primera vez que lloraba en años.

Corrí junto a mis primos. Salimos por la puerta trasera de la casa. Daba a un pequeño patio, algo descuidado, en donde había gallinas, algunos morrocoyes y árboles de ciruela. Éramos tres. Danilo iba primero, era el mayor y corría más rápido que nosotros. Después iba yo y detrás de mí, Darío. Danilo tenía el cuerpo enjuto y el cabello negro le tapaba los ojos. Darío era más fornido. Había salido con el cuerpo de mi tío, el hermano menor de mi papá. Vivían en una casa modesta que, para escapar del estrés de la ciudad capital, visitábamos apenas llegaban las vacaciones escolares.

Mis padres y yo dormíamos en una de las habitaciones sobre unas colchonetas, con un ventilador encendido para que los mosquitos nos dejaran en paz. Mi tío y mi tía dormían en otra habitación y mis primos en una tercera. Pasábamos dos o tres semanas de esparcimiento. Las mujeres cocinando, los hombres bebiendo y nosotros, los primos, recorriendo el campo virgen que nos rodeaba.

Alrededor del terreno había una pequeña cerca. La cruzamos arrodillándonos y gateando por debajo del alambre de púas. Luego se abría un espacio enorme lleno de un gamelote alto, árboles de mango, de tama-rindo y mucha plaga. Corrimos, apartando las hojas con las manos, lacerándonos los brazos hasta llegar a un pequeño arroyo. Ahí nos desnudamos y nos metimos en el mínimo caudal que había en esa época del año. Yo moría de vergüenza. La primera vez que vi a un hombre desnudo fue en ese cauce solitario. La primera vez que me masturbé, fue con ellos. Sentados en la ribera, dándonos con fuerza en nuestros minúsculos penes erectos, esperando botar algo más que esa baba transparente cuya salida nos hacía sentir tan felices y mal presagiaba un futuro de orgasmos.

Nos alejamos un poco hasta que encontramos a la burra. Mis primos, encantados, se follaron al mamífero montados sobre unas latas de leche vacías para poder alcanzar su grupa. Qué asco. Fue absolutamente repugnante. Se burlaron de mí. Me llamaron marica por no entrenarme como lo hacían los hombres de verdad. Toda la escena me causó náuseas. Yo me quedé quieto, viéndolos, apretando los dientes, deseando que la burra los pateara y los dejara inconscientes en el suelo mientras las hormigas los devoraban lentamente.

La última vez que fuí a esa casa, fue luego de lo de mi padre. Llegamos muy temprano al terminal de autobuses, mi mamá y yo, con nuestros bolsos de viajes, en busca del primer transporte al caserío. El trayecto era muy incómodo, lleno de curvas y una docena de paradas que lo hacían interminable. Alfonsina se quejó todo el tiempo,

maldiciendo al chofer, a los pasajeros y al país que le había arrebatado a su marido. Yo me enfermé desde que llegué. Estuve con fiebre varios días. Mi mamá me acompañó, como siempre. A veces, oía a mi tío hablando con ella. Le decía que yo era un muchacho débil. Le preocupaba que su sobrino le hubiera salido maricón. Mi mamá solo lo escuchaba. Mi tía tampoco hablaba.

Cuando por fin me sentí mejor, mi tío me sacó de la cama a empujones y me conminó a que saliera de la casa, a llevar sol, a que buscara a mis primos en el río. El día estaba completamente limpio. No había nubes en el firmamento y el sol gozaba calentando el campo con su calor abrasador. Recorrí el trayecto, sin pensar. Un sopor delicioso me envolvía junto al canto de las cigarras. Empecé a escuchar las risas de mis primos cuando faltaban pocos metros de aquel terreno, cubierto de un follaje seco, tupido. Me detuve y escuché unas voces femeninas. Decidí acercarme, sigilosamente, como si fuese un animal salvaje, gateando entre los matorrales. Observé a mis primos completamente desnudos, junto a dos muchachas que había visto alguna vez en el abasto en donde compraban las provisiones. También estaban desnudas. Las dos chicas, arrodilladas en el lecho del rio, le hacían sexo oral a mis primos que, de pie y abrazados como si fuesen compadres, disfrutaban de la felación. Yo permanecí inmóvil, sin respirar. Creo que una de ellas se percató de mi presencia porque pude ver cómo dejaba de mamar y le decía algo a Danilo.

—No importa, es mi primo, el mariconcito de la capital.

Darío empezó a buscarme, girando la cabeza, intentando encontrarme a través de la espesura. Las chicas continuaron con su tarea y la mirada de Darío se encontró con la mía. Movió la cabeza, como si tratara de enfocar mejor la vista para descifrar mi silueta entre las matas. Yo estaba bañado en sudor. Danilo insistió de nuevo, pero esta vez gritó tan fuerte que varios pájaros, que retozaban bajo el sol inclemente, alzaron vuelo.

—¡Sal, marica! ¡Sal de una vez!

Me quedé quieto y empecé a gatear hacia atrás, sin apartar la vista del cauce del río. Cuando ya no los vi más, me puse de pie iracundo y corrí rumbo a la casa. Sin hacer ruido entré por la puerta trasera y tomé una pequeña caja de fósforos que estaba sobre la cocina.

Entonces salí y regresé al río.

Lo primero fue buscar madera de balsa. En el parque esperaban Rafael y el resto de la pandilla. Tras cruzar la calle se internarían en el cerro para hallar varas livianas, con el grosor exacto. Conocían muy bien el terri-torio. De regreso al edificio con las varas, estarían listos para construir sus cometas.

En casa, papá esperaba con todas las herramientas. Pronto el mejor papagayo posible estaría en sus manos. Alfonso lo miraba fascinado. Mira bien para que aprendas. Algún día, si yo no estoy, deberás hacerlo tú solo y enseñarle a tu hijo.

Con pabilo y tres varas, armó la estructura de la cometa y luego, con papel ligero, el cuerpo. Ató una cola enorme, hecha con trapos y retazos de tela, en dos de los vértices inferiores y, por último, un rollo completo de pabilo que, tras unir en uno de sus extremos a la punta de la cometa, fue enrollado por la otra punta en un pequeño palo.

Alfonso besó a su papá y salió emocionado a mostrar la obra maestra. Sus amigos lo envidiaron al ver aquel portento de la ingeniería.

Cada uno con su cometa, cruzó de nuevo la calle y subió con el resto el cerro hasta dar con una explanada perfecta para elevar las naves. La brisa era maravillosa. Desde allí podía verse toda la avenida, el parque sin los columpios y el edificio donde vivía. Soltaron a sus creaciones y estas levantaron vuelo raudas, como que-riendo escapar de sus amos. El cielo se llenó de figuras hexagonales de distintos colores y tamaños, danzando al compás de los brazos de sus pilotos en tierra.

El papagayo de Alfonso se hizo cada vez más pequeño, un punto diminuto en el cielo malva de la tarde. Con fuerza, sostenía su pabilo, evitando tensarlo mucho para que no se rompiera. Los otros muchachos empeza-ron a recoger sus naves, jalando rápidamente sus cuerdas, pero Alfonso no. Él le regaló más pabilo a su cometa. El papagayo quería recorrer el mundo, viajar a través de nubes y zamuros. Escapar.

Cuando su papá se asomó a la puerta de la casa, silbó como siempre. Eran las seis de la tarde en punto. El niño lo escuchó y supo que era el momento de volver para contarle que su papagayo había emprendido la fuga. Lo había dejado ir, cortando el pabilo con los ojos llenos de lágrimas, mientras el sol se ocultaba detrás de aquel minúsculo esqueleto de papel.

Alfonso tardó en recordar que lo habían inmovilizado y lo habían llevado hasta un camión de la policía, donde se encontró de pronto rodeado de manifestantes esposados, sentados en el piso de la unidad militar. Cuando el comandante a cargo realizó la inspección para determinar a quiénes iban a extorsionar, de inmediato ordenó que liberaran al recogelatas que ensuciaba su camión. Este hijo de puta debe ser uno de los indigentes que vivía en la plaza, había dicho mientras bajaban a Alfonso, jalándolo por el cabello y lanzándolo contra el asfalto escombrado. ¡Vamos!, lárgate de aquí, había gritado un soldado mientras le propina un puntapié en la zona intercostal.

Entonces había salido corriendo, trastabillando, como si fuese un perro callejero, escapando de la jauría humana que lo ahuyentaba a patadas. Luego de atravesar la plaza, logró llegar a su edificio. Era medianoche. La planta baja estaba vacía. El silencio se resquebrajaba con el sonido de los grillos que parecían corear furiosos. Aún quedaban trazas de gas lacrimógeno.

Así que ahora comprendía al fin por qué le dolía el costado. Aún era temprano. Decidió levantarse y caminar hasta la sala, escapando del olor nauseabundo que salía del baño. El barrio estaba intacto. La música se escucha-ba claramente. Ante el telón perfecto del cielo azul, unos niños volaban papagayos.

Yo no iba a protestar. Yo me iba a vengar.

La salida no puede ser enconderse debajo del concreto que lo sepultó todo, ni gritar hasta que el sonido sea el canto desgarrado de una rama que se parte, mutilada por la poda constante a la que están sometidos, día y noche, intentando encontrar un motivo, una pista, una huella que seguir sobre el asfalto calcinante que se traga la suela de los zapatos de goma derretidos en un río de sangre hirviente que chorrea en meandros absurdos, como las callejuelas en donde la vida también se pierde detrás de paredes sin frisos, de marcos sin puertas y techos de zinc que rezan para no caer cuando la lluvia ácida decida por fin lanzarse al vacío, tratando de despojar a la piel de la costra que soporta tras miles de años de aburrimiento. Encontrar la pareja de vidrio que estalla sobre la fachada abandonada es tan solo un disparo que desaparece sobre la noche moribunda, es la lágrima insignificante que rueda por la mejilla del cerro hasta encontrarse con las alcantarillas llenas de los despojos de árboles raquíticos, es el llanto apagado del perro atropellado por las fuerzas del orden celestial, rolos y botas, sirenas y peinillas, chorros que destrozan la siembra del futuro que llega empapado de preguntas sin respuestas.

Esperar a que amanezca es la última esperanza, el bastión final de la certeza, despertar de una vez por todas del sueño impuesto, de botellas que lloran, cubos que ofenden y un cementerio lleno de protestas inútiles como tus neveras.

TodoMoto ha evitado bajar a la ciudad. A pesar de que todo parece normal, hay infinidad de puntos de control y los motorizados son blanco fácil de estos operativos. A lo largo de las principales avenidas y en todas las entradas a las autopistas que surcan la ciudad, hay militares custodiando y sobornando. Cualquier excusa es buena para detenerte a un lado de la vía, quitarte los documentos y luego esperar a que te canses y decidas pagar para que te dejen ir. Es una práctica generalizada. Las protestas recientes son la excusa ideal para que el gobierno active toda su fuerza represiva y corrupta. De esa manera se mantiene el orden y los efectivos que realizan estos operativos se llenan los bolsillos.

Gustavo decidió quedarse en su casa hasta que las cosas se calmaran. Durante las noches pudo observar la manera sistemática en que dejaban sin luz a los barrios vecinos. No era una buena señal. La oscuridad programada se había venido acercando cada vez más, probablemente a su barrio le tocaría el turno esa noche. Un signo inequívoco de que el gobierno entraría al gueto a cobrar cuentas.

Esa tarde había llamado a Alfonso en varias oportunidades. La última vez que lo vio fue cuando le entregó la gasolina. Lo halló bastante mal. El móvil de su amigo seguía desconectado. Ojalá no haya cometido una locura, pensó, mientras observaba, desde la azotea de su casa, cómo el apagón se acercaba. Tenía toda su atención puesta en el alumbrado público. En cualquier momento se encendería el poste que estaba a un lado de su casa, aquel desde donde se robaba la corriente eléctrica. Así estuvo, hasta que la azotea quedó a oscuras y escuchó a sus hijos que le gritaban desde el porche de la casa: papá se fue la luz.

Enseguida bajó, revisó los candados de la reja del porche y entró con sus dos hijos a su casa, cerrando muy bien la puerta de metal. Le dijo a los niños que se fueran detrás de la cortina y se quedaran allí, jugando sobre la cama. Buscó las velas que tenía guardadas debajo del fregadero. Encendió una y la llevó hasta donde estaban sus chicos, para que estuvieran iluminados. Encendió otra, la puso sobre la mesa y se sentó a esperar. Las risas de sus hijos no lograban calmarlo.

A lo lejos se escucharon las primeras detonaciones. Sabía que

esas distantes explosiones provenían de aquellas urbanizaciones donde la policía aún repelía a los manifestantes que protestaban en las calles. Había otras, sin embargo, que se escuchaban cada vez más cerca. Esas eran en su barrio. En las faldas del cerro recibían con balazos la visita de las fuerzas policiales y militares del gobierno. Para eso cortaban la luz. Los comandos entraban en sus vehículos blindados. Poco a poco, iban sometiendo a los hampones y antisociales que evitaban la subida de la policía. Allanaban locales comerciales y los hogares de los presuntos sospechosos de guardar armas, droga, explosivos u objetos robados en la ciudad. Las pesquisas no requerían ningún tipo de autorización. Simplemente tumbaban las puertas de los establecimientos y de las casas, repartiendo golpes y maldiciones.

Una marea de groserías, gritos y llanto subía desde la parte baja del cerro en la medida en que la policía, junto a los militares, iban conquistando cada callejón, cada escalera, cada rincón del barrio.

TodoMoto permanecía quieto, viendo cómo la vela se consumía lentamente. Afuera, familias y vecinos avisaban que el gobierno se acercaba, que estaban a la altura de la curva del quiosco de señor Manuel, justo donde compraba chucherías para sus hijos antes de llegar a casa. Pudo ver el reflejo de las luces multicolores de las patrullas. Entraban por una pequeña ventana que había al lado de la puerta reforzada con cabillas. Las luces co-rreteaban por las paredes y el techo formando extraños efectos que divertían a sus hijos al verlas desde la cama, por encima de la cortina que dividía la sala de la improvisada habitación.

El comando llegó hasta su calle. Hubo algunos intercambios de disparos. TodoMoto fue hasta la cama y encerró a sus hijos en el pequeño baño. No salgan. Los niños obedecieron y se quedaron sentados en el piso de la regadera. Afuera los disparos cesaron. Escuchó claramente las órdenes de quien estaba al mando del operativo en esa calle y sus adyacencias.

Apagó la vela del cuarto y también la que tenía sobre la mesa. Se sentó y aguardó. Tenía la esperanza de que no tocaran a su puerta, que siguieran de largo. No estaba nervioso, solo le preocupaban sus hijos. Solo eso.

Escuchó cómo varios vehículos pasaron muy rápido frente a su casa. Luego un grupo de motos. Cono-cía ese sonido. Es el mismo que hace la moto que él mane-jaba cuando sale de comisión con El Coronel. Revisó su celular. Aun tenía batería y busco el número de

Pinto para tenerlo listo en caso de que tuviera que hacer esa llamada. Oyó una voz gritar desde afuera.

—¡Abran esta mierda!¡Es la policía!

Gustavo abrió la puerta de su casa. Lo hizo des-pacio para evitar malos entendidos con los cuerpos de seguridad. Una luz potente de un vehículo blindado se encendió y lo cegó por completo. Cerró los ojos y subió su manos para que vieran que no estaba armado y que no implicaba un peligro para ellos.

—¡Abra la reja del porche, ciudadano!

Gustavo abrió y de inmediato un oficial lo inmovilizó.

—¿Está armado?

—No.

—¿Hay alguien más adentro?

—Mis hijos. Los encerré en el baño.

—¿Y por qué?¿Acaso cree que somos unos hampones?

Gustavo tenía las piernas abiertas y sus manos apuntando hacia el cielo.

—Vamos a entrar a tu casa.

—Mis hijos, no asusten a mis hijos.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Yo puedo acompañarlos.

—¡Quédate quieto!

—Está bien, está bien.

—¿Quién vive arriba? ¿De quién es esta moto?

—Arriba vive un matrimonio. Y esa es mi moto. Trabajo con ella.

—¿Qué coño eres? ¿mototaxi?

El que dirigía el operativo apareció y le ordenó a dos policías

que entraran a la casa. Así lo hicieron. Gustavo escuchó cómo tumbaban y rompían todo adentro. Escuchó los gritos de sus hijos.

—No pasa nada.

Gustavo se movió, como queriendo dejar la posición que tenía para entrar en su casa, pero no fue necesario. Vio salir a los policías con los dos niños.

—No pasa nada, niños. No pasa nada.

—Estaban en el baño, mi comandante.

El oficial a cargo miró a los niños y luego, con un gesto, ordenó que los dejaran libres. Corrieron a donde estaba su padre, quien seguía con las piernas abiertas y las manos apuntando hacia el cielo.

—No pasa nada.

El menor lloraba. El mayor miraba a su papá, buscando respuestas a un millón de preguntas y al odio que por primera vez sentía en su interior.

—¿Qué hacemos con la moto, mi comandante?

—La vamos a decomisar por estar estacionada en un porche, incumpliendo la ordenanza que prohíbe estacionar vehículos dentro de los hogares…

—No, no, por favor. Con ella trabajo y llevo a mis hijos a la escuela.

—Bueno, ¿qué podemos hacer?

—Si me permite, ¿puedo llamar a mi esposa para que no se preocupe? Hoy tenía que llevarle a los niños.

—Otro maricón sometido.

—Dale el celular para que llame.

—Gracias, oficial.

Gustavo tomó el móvil y llamó al Coronel.

Pinto fumaba un cigarrillo. Patricia permanecía a su lado, acostada, dándole la espalda. Su teléfono celular había sonado en dos oportunidades, pero él estaba con su amante a punto de tener un orgasmo. La primera vez lo dejó repicar hasta que dejó de sonar. Patricia le preguntó algo, pero él no le respondió. Tenía el rostro incrustado en el espacio que hay entre el hombro y el cuello de ella, jadeando, intentando prolongar, más de lo habitual, el coito con su amante. La segunda vez tomó el teléfono con su mano derecha y vio el nombre de Gustavo. Lo volvió a colocar sobre la mesa de noche y continuó con la faena. Esa pequeña interrupción modificó su erección, que había empezado a disiparse, por lo que entonces aprovechó para dar algunas embestidas finales y quedar como el semental que creía ser. Patricia simplemente yació inmóvil esperando a que El Coronel terminara, luego le dio la espalda. Pinto encendió el cigarrillo y en ese momento volvió a sonar el celular.

—¿Qué pasa Gustavo?

—Tengo un problema, mi coronel.

—Explícate.

—El gobierno se metió en el barrio y me quieren quitar la moto.

—Pásame al que está a cargo ahí.

—¿Qué pasa Pinto? —preguntó Patricia, aún de espaldas.

—Eso no es problema tuyo —le contestó Pinto, tapando el celular con la mano.

—¿Con quién hablo? —preguntaron desde el otro lado de la línea.

—Soy el coronel Pinto.

—¿Pinto?¿De cuál fuerza? Hay muchos Pinto en esta vaina.

—¿Con quién coño crees que estás hablando? Te dije que soy el coronel Pinto, de las fuerzas aerotransportadas, destacado en la comandancia general bajo el mando del General Ortiz.

—Disculpe mi coronel. Disculpe.

—¿Y quién coño eres tú?

—Soy el sargento segundo Olivares, encargado de esta operación.

—Muy bien Olivares. Me vas a dejar al ciudadano tranquilo. Vas a dejar a sus hijos tranquilos y vas a dejar la moto tranquila. ¿Te quedó claro, Olivares?

—Sí, mi coronel.

—Luego te vas a reportar a la comandancia mañana, a primera hora y vas a preguntar por mí.

—Sí, mi coronel.

—Ahora, pásame al ciudadano y me dejas un soldado frente al porche de esa casa toda la puta noche. ¿Estamos claros?

—Sí, mi coronel.

—No tienes porqué gritar —comentó Patricia.

—¿Gustavo?

—Gracias, mi coronel.

—Mira, ya hablé con el cabrón ese. No te van a joder más. Te van a poner un soldado en la puerta del porche toda la noche. Dime, ¿Te jodieron algo en tu casa?

—Aún no he visto, mi coronel. Estoy afuera con mis dos hijos.

—Bien. Entra y cierra todo. Revisa y mañana a primera hora me dices qué jodieron, con lujo de detalles.

—Gracias, mi coronel.

—Recuerda que tenemos otra comisión. Al mismo sitio, la misma mercancía y la misma discreción. ¿Estamos claros, Gustavo?

—Estamos claros, mi coronel.

Pinto le cortó la llamada y no pudo escuchar a Gustavo, quien le daba las gracias, otra vez.

—¿Ahora sí podemos dormir? —preguntó Patricia, acostada en posición fetal. Cada vez que se escuchaba una explosion a lo lejos, se estremecía y se acurrucaba más y más.

—No. Más bien me deberías preparar algo de comer —dijo, mientras le daba una nalgada y soltaba una risotada.

Aún no ha amanecido. Alfonso, despierto, se levanta de la cama y sale a caminar. Los mismos zapatos, sin medias, la misma bermuda que usa desde hace días y una franela que es un harapo mugriento. Ya no usa el ascensor. No soporta leer los mismos anuncios, una y otra vez, pegados en el espejo del elevador. Baja las escaleras. Esta vez cuenta los escalones, como si fuese una tarea pendiente que debe entregar a un profesor estúpido, uno de esos que manda asignaciones absurdas. Cuando va por el piso ocho, pierde la cuenta y vuelve a subir hasta su piso. Empezar otra vez. Uno, dos, tres. Intenta no fijarse en las paredes rayadas de la escalera, los mensajes de amor y los penes dibujados por niños precoces, de los que probablemente se masturban decenas de veces diarias. Duda si el entrepiso debe contarse como un escalón más. Decide que sí y prosigue. Hay zonas en donde los bombillos titilan, a punto de quemarse. En otras, no hay luz. Se roban los bombillos, así como también se roban las luces de emergencia. Ciento uno, ciento dos, ciento tres. Sigue bajando, concentrado en cada paso. Lentamente cuenta. Intenta controlar la ansiedad de querer llegar de una vez a la planta baja, pero debe terminar la tarea impuesta. Doscientos veinte escalones. La puerta que da al hall de la planta baja está abierta.

Entonces lo veo salir a la calle. El alumbrado público es patético. La calle está en penumbra y no hay nadie. No siente miedo. No siente nada, salvo esa ansiedad perenne que convive con él desde los sucesos de la barricada. El cielo ya no está negro. Empieza, poco a poco, a teñirse de azul petróleo mientras la luz del sol va pintando la mañana. Camina hasta la avenida. La ilu- minación mejora un poco, pero sigue siendo mediocre. Aún no transita ningún vehículo. Está absolutamente limpia. Horas antes, había sido un campo de batalla entre manifestantes y fuerzas policiales. Ahora todo está limpio. No hay piedras, ni escombros, ni cauchos quemados, ni basura, nada.

Alfonso sintió un dolor profundo en la sien. La confusión que sentía era devastadora. Acaso lo que había sucedido era una pesadilla, una mala jugada de su mente, harta ya de tanta ingenuidad e ignorancia. Se dirigió hacia la plaza. Pudo escuchar como un autobús se acercaba. El alumbrado público se apagó y alcanzó a ver cómo el cielo clareaba mientras la gente empezaba a salir de los edificios con una sincronía digna de una colonia de termitas. Había llegado el día. Los postes de luz apagados así lo indicaban y la presencia de los autobuses, que iban apareciendo en mayor número, lo confirmaba.

Un gallo cantó a lo lejos. Era inverosímil que un gallo viviera en algún apartamento. Seguro se encontraba en el barrio, al aire libre, comiendo del suelo árido, cubierto por la enredadera de tuberías de aguas negras. En el barrio también despertaban, ponían la maldita música que tanto detestaba, bajaban por los escalones hechos de tierra hasta llegar a la avenida y se unían a la manada hambrienta.
Pero él no formaba parte de esa migración. Él era un pordiosero, un recogelatas, un indigente, un drogadicto, un loco desadaptado, un ladrón, un tipo de la calle, un pobre diablo. Así lo miraban todos y de la misma manera lo ignoraban. La normalidad se imponía. La cotidianidad yuxtapuesta sobre la miseria de todos. Sé que intentaba entender la situación. Lo que pasó fue un sueño terrible. Pensó que el hedor a gasolina en su apartamento lo había drogado, produciéndole alucinaciones espantosas, de lenguas de fuego y muerte. No podía ser de otra manera. Confundido, observaba cómo todos se montaban en los autobuses, o caminaban apurados para tomar alguna moto taxi o llegar hasta la estación del metro más cercana.

Se acercó a la plaza. Ahí estaban los indigentes, desayunando de la basura que habían conseguido durante su recolección nocturna. Ahí estaba el perro, ladrándole a todo el mundo, lamiéndose la carne viva. Ahí estaba el pedestal vacío. Ahí estaba yo. El prócer con su corcel había desaparecido, el resto estaba como siempre. Un gran acto de magia se había llevado a cabo y para todas las personas que por ahí transitaban, no pasaba de algo normal. Alfonso intentaba buscar pruebas que demostraran que todo era un montaje. Un ardid de limpieza. Una farsa burda y denigrante. Pensó en la prensa. Seguro los periódicos relataban los hechos de manera clara. Se acercó hasta un quiosco y miró los titulares de los principales diarios de circulación, apilados sobre una mesita de madera. La inflación, una final de fútbol, un matrimonio, un certamen de belleza, los premios de la lotería, un accidente automovilístico y la inauguración de un centro comercial. En ninguna parte se hablaba de gases lacrimógenos y perdigones. Ni de redadas, ni de presos. Ni una sola palabra. La puntada en la sien se había transformado en una jaqueca cruel y demoledora. Cerraba los ojos para soportar el embate de la indignación y el dolor que nacía en el centro mismo de su caja craneana; un temblor que se expandía hasta llegar a su frente y sienes. Se agarraba la cabeza con sus dos manos y, apretando, intentaba controlar las olas de dolor. Estaba mareado y su visión se nublaba. Sin rumbo, siguió caminando y se encontró con varios de esos personajes que pasan sus vidas en la calle, mendigos tendidos en el suelo pidiendo limosna, revisando las bolsas de basura abiertas en el medio de la acera, compartiendo los tesoros que ahí se encontraban con sus perros muertos de hambre.

El mediodía lo sorprendió en el centro de la ciudad. Le dolían

los pies. ¿Cómo podían caminar tanto esos locos, nómadas de la ciudad? Se sentó a descansar de cuclillas, en un rincón hediondo a orine, en la fachada de un edificio gubernamental enorme y monolítico. Permaneció ahí, viendo a los trabajadores que salían a almorzar en los restaurantes cercanos, con sus carnets de empleado guindando en alguna parte, evidenciando lo mucho que pertenecían al mismo rebaño. Luego regresaban, atiborrados de carbohidratos y gaseosas. Unos se quedaban fumando a las puertas de la institución y otros subían para terminar su jornada. Él permanecía invisible, mimetizado entre las colillas y la acera negra de tanto soportar el hollín y la mugre. La ciudad entonces entraba en una especie de descanso. En las calles solo permanecían aquellos que no tenían trabajo y deambulaban como zombies sin hogar.

Al emprender el retorno se detuvo en un colegio. Escuchó la campana que anunciaba la hora del recreo, pero el patio permaneció vacío. Los niños, sudados, hace rato que habían terminado de jugar a policías y ladrones. A lo lejos se escuchaba el chirriar metálico de los pupitres arrastrados contra el piso por los estudiantes. Era tiempo de volver.

El recreo había terminado.

La epifanía es un cortocircuito que termina con la pureza de cualquier pensamiento que se arrastraba aún dentro de tus más profundas cañerías, acaso llegaste a pensar alguna vez que era posible transitar inerme sin sufrir el más mínimo impacto en la consciencia que aturdida intenta a toda costa permanecer en silencio, quizás a la espera del momento oportuno en que todo lo de afuera se derrumbe un poco más adentro, llenando las avenidas a pedazos y a cada rincón de la ciudad que se burla de los intentos por domar el quejido monstruoso que hace vida y crece y engorda dentro un traje verde oliva desteñido y sudado de tanto transpirar miseria. La opresión en el plexo no va a desaparecer preguntándole a Google ni deambulando entre las infinitas colas de cuerpos silentes, llagados de tanto estrujar la piel en vagones que no van ninguna parte, solos, después de haber lanzado el coraje por la borda y encontrarse abandonados en el medio de un lipa hinchada de tanto beber angustia y olvido, justo ahí en donde el barro se te incrusta y te hace arrastrar los pies hinchados hasta las baldosas del nido abandonado, atestado de amasijos de metal. Artefactos inservibles.

En el ascensor había una hoja de papel bond, como siempre, pegada en el espejo, avisando que el agua la pondrían a las cuatro de la tarde. Alfonso no la leyó cuando llegó exhausto tras su caminata por la ciudad. Cayó en el piso, al lado del bidón y de GE. Allí durmió hasta que lo despertó el gorgoteo que anunciaba la llegada del agua. Se quedó un rato escuchando, para ver si el sonido desaparecía, si era una falsa alarma o, simplemente, estaba soñando. Por el contrario, se hizo más fuerte, como la tos de un tuberculoso terminal.

El grifo del lavamanos escupía un líquido de color amarillento, que salpicaba el baño entero. El del fregadero de la cocina tenía meses que no se usaba, al igual que el de la ducha. Los espasmos de la tubería se convirtieron en un temblor constante hasta transformarse en el grito agudo de un chorro de agua que salía disparado, golpeando el lavamanos que poco a poco empezaba a llenarse.

Alfonso se puso de pie y caminó hasta el baño. La fetidez era abrumadora. El tanque del retrete ya se había llenado. Cerró el grifo y le dio a la manija del inodoro. Era tal la cantidad de mierda acumulada que debió hacerlo en varias oportunidades. Cuando ya estaba limpio, se desvistió y se metió en la ducha. Al abrir la llave de la regadera, el agua salió con fuerza, golpeándolo directo en la frente. No le importó. Se quedó allí, dejando que el agua corriera por todo su cuerpo. Se sentó de cuclillas y permaneció inmóvil mientras el agua besaba su nuca.

Así lo bañaba Alfonsina, cuando el agua llegaba por fin. El niño de pie, con las manos sobre la pared, el agua cayendo, tibia, sobre su cabeza, y la madre que le restregaba con fuerza el cuerpo con la espuma recién forjada del jabón entre sus manos. Con una esponjita, que Alfonso odiaba porque raspaba su piel, lo limpiaba completo. Le daba la vuelta para frotar su espalda y sus nalgas. Abre las piernas, decía, mientras le frotaba los muslos y las pantorrillas. Después le pasaba la esponja por el pecho y la barriga y, con sus propias manos, le enjabonaba la cara. Alfonso aguantaba la respiración y cerraba los ojos para que no le picaran. Aguanta, le decía Alfonsina. Abierto el grifo, el líquido lo bañaba de placer. Quítate tú el jabón, Alfonso, decía, conforme secaba sus manos con una toalla y salía del baño, dejando al niño consigo mismo para que terminara el trabajo. A solas, aquellos minutos eran puro disfrute. ¿Cuánto duraría esa felicidad? ¿Para siempre?

Considerando que el agua limpia la mugre que llevo encima desde hace años, purifica todos los pecados acumulados en esta historia escrita como un tatuaje indeleble en cada rincón de la

memoria, por favor santifica con tus ojos esta existencia intútil, necia, repetitiva y banal.

De golpe, el chorro de agua empezó a hacerse más débil. Nada es para siempre. Alfonso cerró la llave y salió del baño. Fue hasta la cocina, empapado. Se dispuso a llenar todos los cubos y botellas de cinco litros. Primero los enjuagaba, luego los colmaba hasta el tope. Callados, los cubos, las botellas, dejaban que trabajara en silencio. Recurriendo a un cubo se dedicó a hacer varios viajes para llenar el bidón que estaba en la sala. La música del barrio se confundía con los gritos de los vecinos que, apurados, también completaban sus reservas. Apenas rebosó el bidón, tuvo tiempo para colocar ese último balde en la cocina. El hilo de agua se había hecho cada vez más fino. Luego fue solo aire. Una exhalación larga y grave. El último suspiro de una vida.

Caminó hasta su cuarto y buscó en el clóset su ropa más decente, esa que usaba cuando iba a cobrar los pagos por sus traducciones. Había un solo pantalón guindado en un gancho. El resto de la ropa estaba tirada en el piso del clóset, o arrumada en unas gavetas colocadas en la parte inferior derecha del armario. Encontró una camisa, manga larga. No pudo hallar la correa, tampoco las medias. Se puso el pantalón y se calzó un par de mocasines que no usaba desde el día del apagón en el subterráneo.

Caminó hasta la cocina y se sentó en su taburete, al lado de Haier. Quería decirle algo, pero no lograba articular palabra. En ese momento se percató de que no sentía dolor en la espalda, ni la acidez estomacal, ni la opresión en el pecho que lo martirizaba desde hace días. Se puso de pie y le besó la puerta del refrigerador. Los espectadores en la cocina estaban perplejos: Alfonso se había vuelto loco.

Fue hasta la sala e hizo lo mismo con GE. Abrió la reja del apartamento y salió. Llamó al ascensor, pero nunca llegó. Mientras bajaba por las escaleras vio su vida proyectada en las paredes repletas de grafitis. Jugaba con sus canicas en el parque sin columpios, elevaba papagayos con el sol quemándole la piel, hacía sombras con su padre, corría detrás de la casa de sus tíos, comía ciruelas hasta hartarse, mataba lagartijas con sus primos, gritaba por los cuerazos de su madre, tosía con la fiebre alta, jugaba en su cuarto, abría regalos en navidad, patinaba con Rafael, besaba a una niña en un jardín, intentaba comprender el largo, oscuro e inefable camino hasta la planta baja.

Salió del edificio y caminó por la avenida. El día caía rendido frente a un ocaso que otra vez incendiaba al cielo. Las cigarras cantaban, enardecidas, recibiendo a Alfonso que, sin apuros, emprendía la marcha.

El perro de la plaza lo recibió como si fuera su amo. Moviendo la cola corrió a su encuentro. Alfonso lo ignoró. Los indigentes lo vieron con indiferencia. Se acercó hasta el pedestal, como pudo se montó y se mantuvo de pie, en el mismo sitio en donde alguna vez estuvo la estatua ecuestre de un prócer olvidado. Desde allí podía ver a las personas corriendo detrás de los autobuses. La avenida bullendo con motos, vehículos de todo tipo y bocinas que intentaban ser maldiciones de los conductores. Se arremangó la camisa, tragó saliva y las cigarras callaron. Le daban permiso. Era su momento, por fin.

Considerando

Que estoy aquí, intentando no mirar la minúscula grieta que se dibuja en el concreto y por donde emanan cientos de hormigas que vienen a saquear mi desayuno, mientras observo cómo las imágenes se estrellan en la mancha vidriosa de sus pupilas cuando de reojo me miran, asumiendo que no estoy aquí, haciéndose la estúpida idea de que no les importo, de que no soy quién para denunciarlos, que no tengo voz ni voto para venir ahora, luego de esta pesadilla de gases malolientes, a juzgarlos desde este pedestal que se yergue más antiguo que el monolito al cual remeda, sin bestias que relinchan, sin próceres que admirar, con mi mano extendida señalándolos, como quien avisa para que no pises la mierda del perro o anuncia que allá viene el autobús o la fatiga, cuando no la mueca del mal aliento que me toca reconocer desde hace años, en el espejo que mi rostro empaña con la misma faz de mi difunto padre, pálido, demacrado, en fin, ¿muerto?

Considerando

Que me sangran las encías de tanto rumiar lo poco que te ha servido mentirle a tus dioses, suplicando que alcancen las reservas ya veremos de qué, hasta el día en que te despidan, se agote el compromiso, termine la tarde o dejes de respirar y, con un puntapié, sometas al espíritu que, hincado, de rodillas, penitente, sube a regañadientes los escalones porque si bien escuchaste el mismo silbido que yo escuché, el mismo llamado al origen de todas las cosas, solo yo respondí y por eso estoy aquí, vacío e inerme, mirándome parado allá arriba en el pedestal.

Considerando

Que es inutil aguantar, resistir, posponer abrir los ojos otra vez, sentarse en el borde del fiordo, pisar las capas de polvo sobre el granito frío, arrastrarse hasta la manada, admitir el rebaño en cada rostro, vestirse para la ocasión, fingir alguna clase de existencia allí donde yace el sedimento muy en el fondo de tus cubos, pertenecer a algo y dudarlo, efímero como el orgasmo, el llanto, la risa, el abrazo. Permanente el dolor, un tatuaje asustado.

Considerando

Que la bestia quiere devorarme, que para eso tiene sus calles, sus guetos, sus esquinas, sus alcantarillas, sus aceras manchadas de escupitajos, sus avisos luminosos publicitarios restaurados a punta de mentiras, su basura que disfruta en las manos de un chiquillo hambriento y el olor a bolsa negra en mis paredes cuando llega el apagón.

Considerando

Que estoy cansado, que mi voz se pierde en sus andenes, por donde avanzan más ciegos y solos que la canica cuando la perdí una tarde entre unos matorrales, sosteniéndose conmigo del mismo tubo oxidado, que tú también los ves, les gritas, te paras frente de cada uno de ellos, esperando atisbar algo, lo que sea, para así comprobar que la expectativa será traicionada, que la teoría es falsa, que el hoyo negro dentro de mi pecho es una mancha en mi camiseta, tan solo un poco de café derramado que me permite, tal vez, y digo solo tal vez porque tu mirada continúa, caer en cuenta de que tu pabilo está roto como un hilo de saliva y yaces fuera de mi alcance.

Considerando

Que tengo hambre, que alimentarme es subversivo, que nos vigila la vecina y el portugués, que le huelo mal a las mascotas y a los imbéciles por igual, que me conocen los dueños de las bombas lacrimógenas y los responsables envidian mi semen derramado y estos alaridos con los cuales salpico al aire mandando a callar al recién nacido que llora en el piso doce, porque no hay leche, porque no alcanza el amor para arrancar de cuajo el primer odio en el jardín del Edén.

Considerando

Que no hay manera de resolver, ni el acertijo ni los bostezos expelidos por exactamente la misma tubería, como tampoco tienen forma de encontrar la salida del laberinto de pasillos en los automercados con anaqueles desiertos, que de nada sirve salir más temprano de cacería disfrazados, que no confortan ya los zapatos de goma nuevos, que dormir hasta tarde más nunca será lo mismo que olvidar y la herida es lo que no acaba.

Considerando

Que ya limpié la madriguera, que cerré para siempre la pasta dental, que no escucharé al cerro quejarse porque se derrite a pedazos, que nunca más pisaré las conchas de bala, que no volveré a ver los pezones erectos y las vulvas inundadas, que no cargaré el agua bendita para el bautismo cotidiano, que no mentiré con monosílabos, que no ayudaré al próximo hijo de puta, venga o no armado, y que no sentiré el bloque en mi pecho.

Ciudadanos, pongo a la orden mi cargo.

Alfonso alzó su brazo derecho y movió su mano, como si se despidiera de un tren que parte para nunca más volver. Bajó del pedestal y recibió gustosamente las lamidas del perro de la plaza. Recordó luego haber lanzado las llaves de su apartamento en una montaña de desperdicios, justo al lado del hogar improvisado de los indigentes.

—¡Bravo!

—Esta vez te quedó maravilloso.

—Deberías ser presidente, no, mejor candidato.

Alfonso se sentó junto a ellos.

—No sé…¿Qué hay para cenar?

Las cigarras volvieron a cantar.